
LA
Redención
DEL VIUDO
ITALIANO
EVA FERREIRA

LA Redención DEL VIUDO ITALIANO

EVA FERREIRA

Todos los derechos reservados. © Eva Ferreira, 2025.

Este libro no puede ser reproducido, en todo o en parte, ni registrado en, ni transmitido por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del editor.

El contenido de este libro es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o son utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene responsabilidad sobre el uso que pueda hacerse de la información contenida en este libro. Las opiniones expresadas en el mismo son del autor y no reflejan necesariamente las del editor.

Una novela romántica contemporánea ambientada en Italia, con padre soltero gruñón, una mujer libre que transforma todo a su paso, y un niño que roba corazones. Perfecta para quienes creen que hasta el corazón más roto puede volver a amar... cuando encuentra su hogar.

Él juró no volver a amar. Ella llegó con una sonrisa capaz de desarmar hasta el corazón más endurecido.

Ugo Romano no es un hombre de muchas sonrisas. Propietario de una posada frente al mar en Sorrento, padre soltero de un niño que es su mundo y guardián de cicatrices que nadie ve, vive en silencio entre los muros de la responsabilidad… y la culpa por errores del pasado.

Hasta que una huésped luminosa y sin pretensiones llega a su vida sin buscar nada… y acaba encontrando todo.

Con su sensibilidad, su fuerza callada y una luz que incomoda e encanta, Chiara Bianchi comienza a ocupar los espacios que Ugo cerró durante demasiado tiempo. Pero ella también arrastra sus propias sombras. Y cuando el pasado de ambos amenaza con salir a la superficie, lo que parecía un verano inolvidable se convierte en la posibilidad de una vida entera.

Él nunca creyó en nuevos comienzos.

Ella jamás imaginó ser el hogar de alguien.

Pero a veces, hay que mirar más allá de las sonrisas y las cejas fruncidas… para que el corazón decida quedarse.

Una historia intensa sobre cicatrices, promesas y redención. Para quienes creen que incluso el corazón más renuente… puede ser

sanado por amor.

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
EPÍLOGO



CAPÍTULO 1

El sonido de las olas se mezclaba con el canto lejano de las gaviotas. El aire salado de Sorrento se colaba por la ventana entreabierta, pero apenas sentía la brisa fresca de la mañana. La claridad se filtraba por las cortinas, anunciando que otro día había comenzado.

Siempre la misma rutina.

Para mí, todos los días empezaban igual: demasiado temprano, con poco descanso y esa sensación constante de ir siempre a contrarreloj, apagando fuegos. Solo que el incendio que ardía dentro de mí no tenía cómo ser sofocado.

Me levanté despacio, sintiendo el cuerpo tan pesado como si cargara con fardos invisibles. El peso de vivir una vida que jamás había planeado.

Pasé la mano por el rostro y solté un suspiro largo. La verdad es que la vida me había pasado por encima. Y por más que intentara mantener la compostura, cada día era una lucha por encontrar algún tipo de equilibrio.

Giovanni seguía dormido, su pequeño cuerpo enredado entre las sábanas. Parecía tan sereno, tan inocente… Y al verlo así, una punzada de culpa me atravesaba el pecho.

Él lo era todo para mí. Y, al mismo tiempo, el mayor recordatorio de que la vida puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

Cada día intentaba ser el padre que él merecía. Pero, ¿cómo puede alguien roto criar a un niño entero?

Amar a mi hijo era lo único que tenía sentido. Pero el miedo a fallarle me consumía.

La verdad es que no sabía cómo ser padre.

No solo.

Por más que lo intentara, sentía que estaba fracasando.

Mi *nonna* Aurora ayudaba en todo lo que podía, y tenerla cerca era un alivio. Pero no me parecía justo cargarla con esa responsabilidad, aunque ella insistiera en que todo estaba bien.

Giovanni necesitaba más de lo que yo podía ofrecer. Y, sinceramente, no sabía cómo equilibrar todo eso. El trabajo me devoraba el tiempo entre el restaurante, la heladería, el café y la pensión. Apenas si podía respirar. Y, aun así, me refugiaba en el trabajo, porque era lo único que sabía hacer bien.

Miré una vez más a mi bambino y me obligué a salir del cuarto, dejando la puerta entreabierta. Cada mañana era una especie de adiós. Cada vez que salía a trabajar, era como si una parte de mí se quedara atrás con él.



El aroma del café recién hecho inundaba la cocina, y supe que mi *nonna* ya estaba allí, como cada mañana.

Entré en la estancia y la encontré de pie, removiendo el café con calma. Su cabello gris recogido en un moño flojo, los movimientos meticulosos como siempre. Parecía inmune al paso del tiempo, pero yo sabía que detrás de ese rostro sereno también se escondía el peso de los años y de las responsabilidades.

—¿Has dormido bien? —pregunté, sentándome a la mesa.

Soltó una risa leve.

—Mejor que tú, seguro.

No respondí. Acepté la taza que me acercó y bebí un sorbo caliente, intentando ahuyentar el cansancio.

—Te preocupas demasiado por ese bambino, Ugo.

Fijé la mirada en el líquido oscuro, absorbiendo sus palabras.

—No tengo otra opción, *nonna*. Es todo lo que tengo.

¡Y todo lo que puedo perder!

—Necesitas algo más que eso —suspiró Aurora, pero su mirada era firme—. Necesitas ayuda.

— Si vas a hablar otra vez de una niñera... — Ya sabía adónde nos llevaría esa conversación. ¡Siempre al mismo lugar!

Pero la idea de una mujer entrando en nuestras vidas me resultaba insoportable.

No otra vez.

No después de Camila.

— Giovanni necesita más que un padre ausente y una abuela agotada. Lo sabes bien.

Siempre dábamos vueltas al mismo asunto: contratar una niñera. Alguien que cuidara de Giovanni mientras yo intentaba mantener el control de mi vida y de los negocios.

— No quiero otra mujer cerca de mi hijo —. El tono salió más cortante de lo que pretendía, pero Aurora no se dejó intimidar.

No quiero que él sienta la misma decepción que yo.

— No es sano que crezca aislado, Ugo. El niño está lleno de vida, todo lo contrario a ti. Necesita conectar con la gente.

Sabía que tenía razón. Giovanni era un niño alegre, siempre buscando interacción, con una sonrisa capaz de iluminar cualquier lugar.

Apreté la mandíbula, clavando los dedos en la taza.

Camila también parecía estar llena de vida. Y me arrastró al infierno.

Su recuerdo todavía me quemaba por dentro.

Había sido un iluso, enamorado... de Valentina. Y Camila supo cómo aprovecharse. Me atrapó en su red, manipuló todo para encajar en mi vida y me ató con mentiras y un embarazo inesperado.

Lo intenté. Dios sabe cuánto lo intenté.

Pero no se puede construir un hogar sobre manipulaciones y resentimientos.

Al final, se fue. Y yo quedé atrapado entre la culpa y el alivio que jamás admití sentir.

— No puedo confiar en nadie, *nonna*. La última vez que lo hice, lo perdí todo.

— No todas las mujeres son como Camila —. Aurora me tocó el brazo con ternura.

No respondí.

Porque en el fondo, no estaba seguro de poder creer en eso.



Odiaba admitirlo, pero la verdad era que mientras recorría mis negocios, las palabras de *nonna* no dejaban de resonar en mi cabeza.

Solo que no podía deshacerme del miedo.

No sabía cómo confiar.

Al llegar a la pensión, saludé a los empleados y revisé las reservas del día. Todo estaba en orden, como siempre. Me enorgullecía la forma en que llevaba mis negocios: meticuloso, atento a cada detalle.

La mañana transcurrió como cualquier otra: trabajo, hojas de cálculo, preocupaciones. Era el único lugar donde aún sentía que tenía el control.

Estaba firmando unos documentos en el mostrador de recepción cuando una voz femenina irrumpió en el ambiente, ligera, despreocupada. Como un rayo de sol colándose en una casa oscura.

Mi pecho se tensó antes de que pudiera comprender por qué.

Levanté la mirada justo a tiempo para ver a una joven entrar por la puerta principal de la pensión, y su sonrisa iluminó todo a su

alrededor. El cabello castaño le caía en ondas sobre los hombros mientras hablaba con uno de los recepcionistas, irradiando energía.

A Giovanni le habría encantado.

Con solo verla, supe que era el tipo de persona con la que mi hijo adoraría estar: alegre, optimista, exactamente lo opuesto a mí.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Los músculos se tensaron, como si mi piel reconociera un peligro antes incluso de que mi conciencia pudiera definirlo.

La última vez que bajé la guardia con alguien así, mi vida se convirtió en una pesadilla. Entonces, ¿por qué no podía apartar la vista de ella?

La observé desde lejos, sin moverme. Estaba haciendo el check-in, entregando su pasaporte y riéndose de algo que el recepcionista dijo. Ni siquiera notó mi presencia, lo cual, por alguna razón, me tranquilizó.

Había algo en ella que me molestaba. Tal vez era la ligereza con la que se movía, como si el mundo fuese un lugar amable. Como si no supiera que ciertas promesas se esconden tras sonrisas bonitas.

Sentí un sabor amargo en la boca.

Ignórala, Ugo. ¡Vuelve a tus papeles!

No tenía sentido prestarle atención.

Ya sabía cómo acababa eso: mujeres hermosas, sonrisas brillantes... todo eso solo significaba problemas.

Giovanni ya había sufrido bastante, y yo estaba decidido a proteger a mi hijo. Nadie volvería a entrar en nuestras vidas para jugar con nuestros corazones.

Pero mientras firmaba el último documento, no pude evitar la incómoda sensación de que, por más que tratara de resistirme, aquella desconocida ya formaba parte de nuestro destino.

Y eso, más que cualquier otra cosa, me inquietaba profundamente.





CAPÍTULO 2

El viento traía consigo el olor del mar, salando mi piel mientras arrastraba mi maleta por el camino empedrado. El sol de Sorrento caía ardiente sobre mí, dorando los tejados y haciendo que los colores de las flores colgadas en los balcones parecieran aún más vivos.

Por un momento, me detuve y cerré los ojos. Inspiré hondo, llenándome los pulmones de ese aire ligero y cítrico. Limón siciliano y brisa marina.

Eso era.

La sensación que había venido a buscar.

¡Libertad!

Pero, por más que la brisa me envolviera y el calor del verano italiano intentara calentarme por dentro, había un frío arraigado en mí. Algo que no se derretía.

Había dejado todo atrás. El trabajo, la rutina asfixiante, las expectativas que me apretaban el pecho hasta dejarme sin aliento.

Pero, ¿y si el verdadero problema no era la vida que había abandonado? ¿Y si era yo misma?

Sentí esa presión familiar en el pecho. La misma que me había perseguido los últimos meses. La misma que pensé que desaparecería en cuanto pusiera los pies en suelo italiano. Pero allí estaba. Pegada a mí.

Tragué saliva y seguí caminando. Sorrento era mi nuevo comienzo, y me negaba a dejar que las sombras del pasado me siguieran por mucho más tiempo.

—¡Ah, Sorrento! —suspiré para mí misma, mirando a mi alrededor.

Mi padre siempre hablaba de este pueblo con tanto cariño… De cómo las canciones italianas se colaban por las callejuelas al caer la noche, y cómo el atardecer era diferente a cualquier otro en el mundo. Y ahora por fin entendía por qué. Había magia en este lugar. Los edificios antiguos, las flores en los balcones, los limoneros dispersos por los jardines… Era como entrar en una pintura en la que siempre había querido vivir.

Era como si cada detalle gritara "bienvenida" para mí.

Pero por mucho que el entorno me acogiera, algo dentro de mí seguía distante, desconectado. Sabía que este pueblo, por encantador que fuera, no podía curarme del todo.

Hablaba italiano con fluidez porque papá insistió en que mi hermana y yo lo aprendiéramos desde niñas. Y menos mal, porque Brasil ya quedaba atrás y yo estaba dispuesta a lanzarme de lleno a mi aventura italiana.

Sorrento era mi primera parada. O quizás la última. La verdad era que aún no lo sabía. Todo lo que sabía con certeza era que no quería volver a mi antigua vida.

Había pasado años consumida por una rutina agotadora. Trabajar en el mercado financiero de São Paulo parecía el sueño perfecto al principio: estabilidad, carrera, dinero. Pero todo aquello me había pasado factura. A mis veinticinco años, estaba exhausta. Mis relaciones, mis amistades, incluso mi salud habían quedado en segundo plano, mientras me hundía en plazos y reuniones interminables.

Hasta que ya no pude más.

—¡Basta! —recuerdo haber dicho, mirándome al espejo tras una noche sin dormir y otro día idéntico al anterior.

Había algo dentro de mí que no lograba recuperar. Decidí, en ese instante, que necesitaba un cambio. Renuncié, lo dejé todo y compré un billete a Italia, en busca de aquello que realmente importaba.

Papá siempre decía que, cuando la vida pierde el rumbo, volver a las raíces es el mejor camino. Pero yo sabía que lo que buscaba iba más allá de un nuevo comienzo: era una forma de enfrentar lo que nunca había podido superar.

En cuanto giré la última esquina y vislumbré la pensión, el corazón me dio un vuelco. Sonreí para mí misma. Esto era justo lo que necesitaba. O al menos, eso quería creer.

La fachada tenía una belleza clásica, con grandes ventanas y contraventanas verdes. Macetas llenas de flores enmarcaban la entrada, y un cartel de madera tallada con el nombre del lugar se balanceaba suavemente con la brisa.

Pensión Romano.

Apreté con fuerza la empuñadura de mi maleta.

Aquí es. ¡El primer paso de mi nueva vida!

Y por más que quisiera convencerme, un leve escalofrío recorrió mi cuerpo. Como si estuviera al borde de un precipicio. Esa extraña sensación de que algo grande estaba a punto de suceder… y no sabía si estaba preparada.

Entré por la puerta principal y de inmediato me sentí envuelta por un ambiente familiar y acogedor. La Pensión Romano era de ese tipo de lugares que te hacen querer quedarte más tiempo del que planeaste.

—¡*Buongiorno!* Bienvenida a la Pensión Romano. ¿En qué puedo ayudarla? —preguntó el recepcionista con una simpatía genuina que me hizo sentir cómoda al instante.

—*Buongiorno* —respondí, ya sintiéndome en casa al hablar el idioma local—. Tengo una reserva. Chiara Bianchi.

Él comenzó a buscar mi reserva en el sistema y, mientras tanto, dejé que mis ojos recorrieran el vestíbulo de la pensión. El lugar tenía una atmósfera encantadora y rústica, con muebles de madera, flores frescas en jarrones y una luz suave que entraba por los amplios ventanales.

Era el tipo de sitio que te hacía preguntarte cómo habría sido tu vida si las cosas hubieran tomado otro rumbo. Tal vez, en otra realidad, habría entrado allí con la vida ya resuelta… con una idea clara de mi futuro. Pero aún estaba a la deriva, intentando encontrar mi camino.

Y entonces lo vi.

O mejor dicho… lo sentí primero.

Una presencia.

Mis ojos lo encontraron al otro lado de la sala y, por un instante, olvidé cómo se respiraba. Estaba de pie, concentrado en unos papeles sobre el mostrador. Sujetaba un bolígrafo con fuerza, la mandíbula tensa.

Ese hombre pertenecía a aquel lugar. Pero, al mismo tiempo, parecía completamente fuera de sí. Como alguien que había construido muros demasiado altos.

Había algo oscuro en él… que me resultaba peligrosamente familiar.

Un dolor escondido.

Una prisión invisible.

Y por algún motivo inexplicable, quise saber qué era lo que lo mantenía atrapado.

Mis ojos se deslizaron por su figura y sentí una chispa de algo que no quería nombrar. Esa clase de sensación que te hace querer mirar otra vez, aun sabiendo que no deberías.

Él no me vio.

Pero yo sí lo vi.

Alto. Imponente. Hombros anchos bajo una camisa de lino, los puños arremangados dejando ver unos antebrazos fuertes, y el cabello oscuro ligeramente despeinado. Había algo en su expresión que parecía esculpido en piedra. Serio. Concentrado. Como si cargara el peso del mundo sobre sus hombros, pero no permitiera que nadie lo notara.

¿Quién será él?

Ese aire de autoridad que desprendía lo hacía aún más intrigante.

Durante un instante, me sentí atraída por su presencia, casi como si estuviera frente a un misterio que no sabía que deseaba descubrir. Pero rápidamente sacudí ese pensamiento, recordando que había venido en busca de algo completamente distinto.

Me había prometido una nueva vida, lejos de complicaciones, y no necesitaba dejarme envolver por un desconocido, por muy irresistible que me pareciera.

—Aquí tiene, señorita Bianchi —dijo el recepcionista, devolviéndome de golpe a la realidad.

Parpadeé.

Recordé dónde estaba.

Recordé por qué había venido.

—Voy a preparar su check-in enseguida.

Sonreí y le entregué mi pasaporte, intentando volver a centrarme en lo que realmente estaba haciendo allí. Pero la imagen del hombre junto al mostrador seguía ocupando mi mente. Tal vez era el contraste entre su expresión cerrada y la ligereza que sentía en todo Sorrento.

Sabía que no se había percatado de mi presencia. Tenía la mirada clavada en los papeles, como si el mundo a su alrededor no existiera, y una parte de mí se sintió aliviada por ello.

—¡Listo! Todo está confirmado —dijo el recepcionista, entregándome la llave—. Su habitación está en el primer piso, con vistas al jardín. Espero que disfrute de su estancia.

—Muchísimas gracias —respondí, tomando la llave y lanzando una última mirada al hombre antes de dirigirme hacia las escaleras.

Seguía allí, ajeno, atrapado en lo que fuera que estuviese haciendo.

Durante un instante, me pregunté cuál sería su historia. Pero enseguida aparté la curiosidad y volví a concentrarme en el motivo por el que estaba allí.

Y sin embargo, sabía que algo había cambiado.

Y por mucho que intentara ignorarlo, una parte de mí ya lo había sentido.

Aquel hombre... que ni siquiera sabía que yo existía... estaba a punto de poner mi vida patas arriba.





CAPÍTULO 3

El clic de la llave en la cerradura no trajo el sonido satisfactorio del desbloqueo. La giré hacia un lado, luego hacia el otro. Nada. Fruncí el ceño e intenté de nuevo, sintiendo cómo la frustración empezaba a hervir.

—¿En serio? —murmuré para mí misma, apoyando la frente contra la puerta.

Tal vez era el cansancio, o los nervios de estar en un lugar nuevo estaban afectando mi capacidad para lidiar con una simple cerradura.

Suspiré hondo, recogí la llave y bajé las escaleras con pasos rápidos, preguntándome si estaba haciendo algo mal. Al llegar a la planta baja, la recepción estaba vacía.

El recepcionista que me había atendido antes ya no estaba a la vista y, por un instante, me quedé parada allí, sin saber si debía llamar a alguien. Antes de que pudiera decidirme, una voz suave rompió el silencio.

—*Buongiorno*. ¿Puedo ayudarla?

Me giré y me encontré con una señora de cabello gris recogido en un moño elegante, cuyos ojos castaños brillaban con una calidez genuina. Sus manos delicadas organizaban un manojo de llaves detrás del mostrador.

—*Buongiorno.* —Sonreí, sintiéndome inmediatamente cómoda —. Mi llave no funciona… tal vez esté haciendo algo mal.

Ella soltó una risa ligera, de esas que solo tienen las personas que han vivido mucho.

—Ah, esas cerraduras antiguas tienen personalidad propia — dijo con una chispa divertida en la mirada—. Pero no se preocupe, cara mia. Yo lo soluciono.

—¡Muchas gracias! —exhalé, aliviada.

—Soy Aurora. Bienvenida a la Pensión Romano.

Aurora. Su nombre le quedaba perfecto.

—Encantada de conocerla, Aurora —respondí, sintiendo algo acogedor al decirlo—. Mi padre siempre hablaba maravillas de Sorrento, y ahora entiendo por qué.

Su sonrisa se amplió.

—Ah, así que tienes raíces italianas. ¡Eso explica tu pronunciación impecable! ¿Tu padre era de aquí?

—Sí. Creció en este pueblo, pero se mudó a Brasil siendo muy joven. Siempre quiso que mi hermana y yo conociéramos nuestras raíces, pero creo que me ha llevado un poco más de tiempo cumplir ese deseo.

Los ojos de Aurora se llenaron de una ternura que me desarmó.

—A veces tardamos un poco en encontrar el camino de regreso. Pero estás aquí ahora, y eso es lo que importa.

Sus palabras me tocaron más de lo que deberían.

Por un momento, quise creer que estaba justo donde debía estar.

—Ven —me hizo un gesto para que la siguiera—. Vamos a asegurarnos de que tu habitación esté en orden.

Seguí a Aurora por un pasillo decorado con cuadros antiguos y fotografías en blanco y negro de Sorrento. Las imágenes mostraban calles empedradas, barcos anclados en el puerto, mujeres italianas con vestidos largos y hombres sonriendo frente a cafés antiguos.

Había historia en esas paredes.

Había raíces.

Y, por alguna razón inexplicable, sentí que debía prestar atención a cada detalle.

—Administro la pensión junto con mi nieto, Ugo —comentó Aurora con naturalidad mientras subíamos las escaleras—. Siempre está por aquí, organizando todo. Un hombre ocupado, con demasiadas responsabilidades para alguien de su edad.

El tono de su voz llevaba un toque de preocupación mezclado con un cariño profundo.

—Parece un trabajador entregado —comenté, con curiosidad.

—Ah, sí —Aurora soltó una risita baja—. "Entregado" es una palabra amable para describir a Ugo. Pero a veces necesita un pequeño empujón para recordar que hay más en la vida que solo trabajo.

Había algo implícito en aquellas palabras que despertó aún más mi curiosidad.

Si su nieto era tan eficiente como ella lo pintaba, debía de ser de esas personas que se lo toman todo demasiado en serio… como yo solía ser. Esperaba, al menos, que no fuera tan estresante como mis antiguos jefes en São Paulo.

—Vamos a ver si esta llave hace las paces contigo —dijo Aurora al detenerse frente a la puerta de mi habitación y probar con otra llave. La cerradura giró sin resistencia.

—¡Listo! Ahora entra y dime si todo está a tu gusto.

Empujé la puerta con suavidad y aspiré profundamente al ver el interior.

La habitación tenía un encanto irresistible. Las paredes en tonos suaves de arena, los muebles de madera oscura relucientes, la colcha blanca impoluta y el balcón de cristal abierto hacia un jardín soleado, donde los limoneros se mecían con la brisa.

Caminé hasta el balcón y dejé que el sol calentara mi piel.

—¡Qué lugar tan hermoso! —murmuré, dejándome envolver por el ambiente.

Aurora sonrió, satisfecha.

—Sorrento tiene una manera muy particular de atrapar a la gente, Chiara. Ten cuidado o podrías no querer marcharte nunca.

Reí, pero había una verdad oculta en sus palabras. Después de tantos meses intentando encontrarme, tal vez estaba por fin en un lugar del que no quería huir.

—Servimos el café de la tarde en el patio a las cinco, si te apetece unirte a nosotros —dijo Aurora, dando un paso atrás, lista para dejarme sola—. Estoy segura de que a Giovanni le encantará conocerte.

—¿Giovanni?

El brillo en sus ojos se intensificó.

—Mi bisnieto. Tiene cinco años y es la alegría de mi vida.

—Debe de ser una monada. Me encantará conocerle.

Sería un contraste delicioso con todo lo que había dejado atrás.

Después de que Aurora se marchara, me dejé caer sobre la cama y cerré los ojos un instante. El colchón era mullido, el ambiente perfecto, y por primera vez en mucho tiempo, sentí que podía relajarme de verdad.

El problema era que relajarse significaba pensar.

Y pensar me llevaba a lugares que prefería evitar.

Mi mente volvió al momento en que decidí dejarlo todo en Brasil. No fue una decisión fácil. Dejar un trabajo estable, una vida estructurada, parecía una locura para muchos, incluida mi familia. Pero sabía que si seguía por ese camino, acabaría perdiéndome a mí misma.

Sorrento parecía el lugar perfecto para empezar de nuevo, para descubrir quién era realmente, sin toda la presión y las expectativas que solían asfixiarme. Pero lo que no esperaba era sentir una conexión tan intensa con este lugar, como si realmente estuviera justo donde debía estar.

Me levanté y volví al balcón, inspirando el olor a mar y flores frescas.

Fue entonces cuando oí una voz. Firme. Profunda.

Lo bastante grave como para erizarme la piel.

La puerta de la habitación estaba entreabierta, y el sonido venía del pasillo. Al principio, solo capté palabras sueltas en italiano. Pero había algo en esa voz que me obligó a detenerme.

Autoridad. Peso.

Caminé despacio hasta la puerta, sin darme cuenta de que contenía la respiración.

—*Nonna*, no tienes que preocuparte por eso —decía la voz, en un tono bajo, pero cargado de algo contenido, como si cada palabra estuviera cuidadosamente dosificada—. Ya te he dicho que está todo bajo control.

Aurora respondió con un tono suave, como quien intenta apaciguar una tormenta invisible. Se hizo un silencio de varios segundos. Y entonces, pasos firmes resonaron en el pasillo.

Mi corazón se aceleró.

Debe de ser Ugo…

Todavía no había visto al famoso nieto, pero algo en aquella voz profunda me inquietaba.

Por un impulso que no entendí, retrocedí antes de que pudiera verme y cerré la puerta con suavidad, apoyando la frente contra la madera.

No había venido a Sorrento para enredarme en la vida de otras personas. Mi objetivo era centrarme en mí misma. En mi nuevo

comienzo.

Pero, incluso mientras intentaba repetirme eso, su voz seguía resonando en mi mente.

No lo vi.

Pero ya lo sentía.

Y, de alguna manera, eso parecía aún más peligroso.





CAPÍTULO 4

La risa de Giovanni resonaba por el jardín, ligera y despreocupada, rompiendo el silencio de la mañana como un rayo de sol atravesando nubes cargadas.

Debería estar concentrado en los pedidos del restaurante. Había proveedores que contactar, inventario que revisar y empleados que supervisar. Pero, en cambio, mi mente insistía en aferrarse a ese sonido.

La alegría de mi hijo. Algo tan simple y, al mismo tiempo, algo que temía perder en cualquier momento.

Con el bolígrafo entre los dedos, dirigí la mirada hacia la ventana y lo vi ahí fuera, corriendo por el césped con el balón en los pies. Uno de los empleados de la pensión jugaba con él, riendo de los torpes intentos del niño por regatear. Mi *nonna* estaba sentada en uno de los bancos de piedra, observando la escena con esa mirada serena y llena de ternura que solo ella poseía.

Aurora adoraba a Giovanni con una devoción incuestionable, y sabía que, sin ella, ya me habría derrumbado hace tiempo.

Pero, ¿hasta cuándo estaría ella aquí para mantener todo en pie?

Entrecerré los ojos, sintiendo la tensión acumularse en los hombros. Cada día que pasaba, mi abuela parecía más cansada. Sus movimientos eran más lentos, sus suspiros, más profundos.

¿Y lo peor? Fingía no verlo.

Porque admitir que mi abuela estaba envejeciendo, y que más temprano que tarde tendría que enfrentar el hecho de que Giovanni solo me tendría a mí, era algo para lo que todavía no estaba preparado.

Solté un suspiro profundo, dejando el bolígrafo sobre la mesa y pasándome las manos por la cara. El cansancio me estaba devorando. El peso de las responsabilidades era aplastante, y lo peor era que nadie parecía entenderlo.

Aurora lo intentaba. Pero incluso ella, con toda su sabiduría, pensaba que la solución era simplemente confiar en alguien.

Pero yo ya había aprendido esa lección de la peor manera.

Cerré los ojos por un segundo, intentando alejar los recuerdos. Pero siempre estaban ahí, a flor de piel, esperando cualquier resquicio para arrastrarme de nuevo.

La forma en que Camila me atrapó en aquella trampa. Cómo usó a Giovanni como moneda de cambio para mantenerme bajo control. Las manipulaciones, las mentiras. Y luego… la traición.

Abrí los ojos, forzando el aire a salir lentamente de mis pulmones.

Nunca debería haber confiado en ella. Nunca debería haber creído que un matrimonio infeliz podía funcionar por el bien de mi hijo.

Pero al final, fue el destino quien tomó la decisión por mí. Camila se fue. Y todo lo que quedó fue un niño de cinco años que creía que el mundo era un lugar seguro… porque aún no sabía cuánta suciedad podían esconder los adultos.

Me pasé las manos por el cabello, intentando contener la tormenta dentro de mí.

Solo quería que Giovanni fuera feliz. Que creciera sin cargar con los fantasmas del pasado. Pero, ¿cómo podía protegerlo de todo, si el mundo se empeñaba en recordarme que no tenía control sobre nada?

Su risa sonó aún más fuerte fuera, y volví a levantar la vista.

Giovanni tenía ese don. El de encontrar luz donde yo solo veía oscuridad.

¿Pero y si un día esa luz se apagara?

El pensamiento me hizo levantarme de golpe. Recogí los papeles esparcidos sobre la mesa y empecé a organizarlos sin enfoque, intentando convencerme de que mi prioridad ahora debía ser el restaurante.

—¡Ugo! —Entonces, mi abuela llamó mi nombre.

Me detuve a medio movimiento y miré hacia la puerta abierta. Aurora estaba allí, una sonrisa discreta en los labios, pero con esa mirada cargada de paciencia infinita que siempre conseguía incomodarme.

—Necesito un minuto de tu tiempo —dijo, cruzando los brazos —. Pero te prometo que no voy a hablar de niñeras.

—Eso es un alivio —solté un suspiro cansado.

Ella rió por lo bajo y entró, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Cómo está Giovanni? —pregunté, antes de que dijera nada más.

—Como siempre. Alegre. Curioso. Jugando al balón y convenciendo a Marcello de dejar el trabajo para jugar con él —sus ojos brillaron—. Deberías pasar más tiempo con él.

—Paso tiempo con él.

—No del modo en que él necesita.

—*Nonna*… —Fruncí el ceño, sintiéndome a la defensiva.

—No te estoy criticando, Ugo —me interrumpió con voz suave —. Sé que haces lo mejor que puedes. Pero también sé que te escondes detrás del trabajo para no enfrentarte a lo que realmente sientes.

—¿Y qué es lo que realmente siento? —Tragué saliva.

Ella me observó durante un largo momento antes de responder.

—Miedo.

Apreté la mandíbula.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Claro que lo sé —se acercó y me tocó el brazo con suavidad —. Tienes miedo de fallarle a Giovanni. Miedo de confiar. Miedo de perder el control.

Aparté la mirada, sintiendo el peso de la verdad en sus palabras.

—Solo quiero protegerlo —murmuré, sin darme cuenta de que estaba hablando.

Nonna apretó suavemente mi brazo.

—Lo sé. Pero proteger a alguien no significa aislarlo del mundo.

Dejé escapar un suspiro pesado, pasándome una vez más la mano por la cara.

—¿Alguna sugerencia brillante que no implique una niñera?

—No —respondió ella con una leve sonrisa—. Pero creo que el universo puede encargarse de eso.

—¿Qué significa eso? —fruncí el ceño.

Antes de que pudiera responder, Giovanni entró corriendo en el despacho, jadeando y con las mejillas sonrojadas.

—¡Papà! —Se detuvo frente a mí, los ojos brillando—. ¡La chica nueva de la pensión habla italiano perfectamente!

—¿Chica nueva? —Arqueé una ceja.

—¡Sí! La *nonna* estaba hablando con ella. ¡Y dijo que su papá nació aquí!

El estómago se me revolvió sin razón aparente.

Aurora solo sonrió, lanzándome una mirada enigmática antes de volverse hacia su bisnieto.

—Vamos a buscar algo de beber antes de que te deshidrates, *piccolo*.

Giovanni asintió con entusiasmo y salió tirando de la mano de mi abuela.

Me quedé allí de pie un momento, sintiendo cómo algo inquietante se asentaba dentro de mí. Por alguna razón, tuve la extraña sensación de que mi vida estaba a punto de cambiar de una manera que no había previsto.

Y odiaba los cambios.

La puerta del despacho se abrió con un leve chirrido, interrumpiendo mis pensamientos, y Marcello entró con una bandeja de frutas frescas. El aroma dulce de los higos y las naranjas se mezcló con el olor del café que se enfriaba sobre mi mesa.

—¡*Buongiorno*, Ugo! —saludó animado, mientras dejaba la bandeja sobre el mostrador de mármol—. ¿Ya decidiste el menú del fin de semana?

Lo miré sin mucha paciencia, aún digiriendo la conversación con mi abuela.

—Sí. Mantendremos los platos típicos que les gustan a los turistas. Pero quiero que uses solo ingredientes locales. Algo que haga brillar a Sorrento.

—Siempre exigente. Un perfeccionista incorregible —tomó una ciruela de la bandeja y le dio un mordisco, saboreándola con gusto—. Y hablando de lo que hace brillar a Sorrento... La *nonna* Aurora me ha contado que tenemos una huésped interesante en la pensión. Una brasileña.

—¿Brasileña? —mi mirada se estrechó al instante.

—Sí. Llegó ayer. Al parecer tiene raíces italianas. Estaba charlando con Aurora sobre la ciudad, y por lo que escuché, habla un

italiano perfecto.

Permanecí en silencio un instante, intentando recordar a la mujer que vi en la recepción. Cabello castaño cayendo en ondas suaves sobre los hombros. Una sonrisa fácil en los labios. Ese aire liviano de quien no carga demasiado peso.

Sí, la recordaba. Pero no había prestado atención.

O al menos eso quería creer.

—No me fijé —mentí, tomando uno de los papeles de la mesa y fingiendo que necesitaba revisarlo.

Marcello rió, negando con la cabeza.

—Claro que no te fijaste. Tú nunca te fijas —tomó otra fruta y la mordió, observándome con una mirada astuta—. Pero… esta parece diferente.

—¿Diferente? —mi mandíbula se tensó.

—Ya sabes —se encogió de hombros—. No es como esas turistas que vienen aquí solo para publicar fotos bonitas en las redes sociales y cócteles al atardecer. Parece... auténtica.

—No me interesa quién llega a la pensión, siempre que no traigan problemas —mi paciencia empezaba a agotarse.

—Ah, Ugo… deberías ser menos cascarrabias —suspiró, como si yo fuera un caso perdido.

—Y tú deberías hablar menos.

Ignoró mi irritación y esbozó una sonrisa traviesa.

—Una mujer interesante puede ser justo lo que necesitas.

Solté una risa seca.

—No necesito a ninguna "interesante", Marcello —apoyé las manos sobre la mesa, mirándole con seriedad—. Solo quiero que Gio esté bien. Sin distracciones.

Me observó durante un momento, como si estuviera a punto de decir algo importante. Pero al final solo suspiró y negó con la cabeza.

—Te proteges tanto, *amico*. Algún día quizá entiendas que hay una gran diferencia entre protegerse… y encerrarse.

—Voy al pueblo —me alejé de la mesa y cogí el móvil—. Tengo algunos lugares que supervisar.

—Ten cuidado con las brasileñas, Ugo —Marcello rió por lo bajo—. Tienen una energía diferente.

Puse los ojos en blanco y salí por la puerta trasera del restaurante, ignorando el comentario. Pero mientras cruzaba el jardín, sintiendo el calor del sol sobre mi piel y la brisa salada del mar, sus palabras seguían resonando en mi mente.

"Parece diferente."

No importaba. Diferente o no, ya sabía cómo acababan esas historias. Mujeres bonitas, sonrisas encantadoras, promesas de algo nuevo.

Al principio, siempre parecía lo correcto.

Después, era solo caos.

Y yo ya había vivido suficiente caos para toda una vida.





CAPÍTULO 5

No debería estar aquí.

Tenía otras cosas que hacer, lugares a los que ir. Pero, por algún motivo, mis pasos me llevaron hasta la recepción de la pensión antes de que siquiera me diera cuenta.

Y fue entonces cuando la vi.

Estaba allí, de pie junto al mostrador, conversando con mi abuela.

Al principio fue solo un detalle. Una huésped cualquiera, alguien de paso, alguien a quien no necesitaría recordar dentro de unas semanas. Pero entonces, algo en la forma en que reía... ligera, despreocupada, como si el mundo no cargara con pesos insoportables… captó mi atención por demasiado tiempo.

Su cabello castaño caía en ondas suaves sobre los hombros, y hablaba con entusiasmo, gesticulando con las manos, los ojos brillando con una energía casi exagerada para esa hora del día.

Debería haberme dado la vuelta y seguir con lo mío. Pero, por supuesto, el universo parecía disfrutar poniéndome a prueba. Al

girarme para salir discretamente, choqué con la esquina de una de las sillas de madera cerca del mostrador.

El ruido contra el suelo resonó por todo el ambiente, y antes de que pudiera corregir mi error, sus ojos se encontraron con los míos. Sentí esa mirada. No como una observación superficial, sino como si intentara ver más allá de lo que yo permitía mostrar. Y eso me incomodó más de lo que debería.

No dijo nada. Simplemente parpadeó y desvió la vista hacia mi abuela, continuando la conversación.

Bien. Mejor así.

Sin embargo, antes de que pudiera escabullirme, *nonna*, siempre atenta a mis movimientos, me lanzó una sonrisa satisfecha:

—¡Ah, Ugo! Ven aquí, querido. Quiero presentarte a nuestra nueva huésped.

Cerré los ojos por un segundo, intentando reunir paciencia antes de acercarme.

—Ugo, te presento a Chiara Bianchi —anunció, animada—. Chiara, este es mi nieto, Ugo Romano. Él administra la pensión... y otros negocios del pueblo.

Chiara.

El nombre provocó algo extraño en mi pecho.

Era la huésped que vi ayer. La mujer que entró sonriendo, llena de energía, y que decidí ignorar deliberadamente. Pero ahora, viéndola de cerca, ignorarla parecía mucho más difícil de lo que quería admitir.

—Mucho gusto, Ugo —dijo, extendiendo la mano con una sonrisa natural.

Tuve que respirar hondo antes de estrechar su mano brevemente.

La piel era suave... y cálida.

—Encantado —murmuré, soltándola demasiado rápido.

Si Chiara lo notó, no lo demostró. Mantuvo la sonrisa y desvió la mirada, volviendo a enfocarse en mi abuela.

—Aurora me estaba contando cosas sobre Sorrento —comentó —. Aún no he visto nada, pero ya estoy completamente encantada.

—¡Ah, entonces Ugo podría ser tu guía! —exclamó *nonna*, y mi cuerpo se tensó de inmediato.

¿Qué?

—*Nonna*... —la advertí con voz baja, pero cargada de intención.

Pero mi abuela, en el auge de su terquedad, ignoró completamente mi tono.

—Él conoce cada rincón del pueblo —continuó, animada—. Y hace tiempo que no lo veo salir por algo que no sea trabajo.

Chiara pareció sorprendida por la sugerencia repentina, lanzándome una mirada breve.

—No quiero molestar... —dijo, educada, aunque era evidente que tampoco esperaba que aceptara.

—Y no molestas —aseguró *nonna*, sonriendo como si todo ya estuviera decidido.

Por un momento, Chiara me observó con curiosidad, como si intentara adivinar cuál sería mi reacción.

Y fue en ese instante que lo sentí.

Esa chispa.

La maldita sensación incómoda de que había algo en ella que me atraía justo cuando lo único que quería era mantener la distancia. Y sabía exactamente cómo terminaba eso.

Mujeres como Chiara eran como tormentas de verano. Llegaban, lo desordenaban todo, y después se iban.

Y yo no estaba interesado en más caos en mi vida.

—Tengo trabajo —corté, mi voz saliendo baja y firme.

Ella sostuvo mi mirada por un instante, antes de que una pequeña sonrisa se dibujara en la comisura de sus labios.

—Lo entiendo —respondió, sin insistir.

No hubo sarcasmo. Ni decepción. Solo aceptación. Y por algún motivo, eso me molestó aún más.

—Ugo es un hombre muy ocupado —suspiró *nonna* con dramatismo, cruzándose de brazos—. Pero estoy segura de que acabaréis coincidiendo por ahí. El pueblo no es tan grande.

—Eso espero —dijo Chiara, y algo en su tono sonó como un desafío velado.

O quizá solo era mi imaginación.

—¿Has visto a Giovanni hoy? —preguntó mi abuela, cambiando de tema.

—Sí —la expresión de Chiara se suavizó de inmediato—. Estaba jugando en el jardín esta mañana, pero no quise interrumpir.

Algo en mí se tensó.

—Gio es un niño educado. Sabe que no debe molestar a los huéspedes.

Chiara parpadeó, como si no esperara mi tono seco. Pero en lugar de retroceder, algo brilló en sus ojos.

—Estoy segura de que sí —su voz era ligera, pero con una firmeza sutil—. Pero a veces, las mejores interacciones ocurren cuando dejamos que la espontaneidad nos guíe.

Mi mandíbula se endureció. Sabía lo que estaba haciendo.

No era un ataque directo, ni una verdadera confrontación. Solo una provocación discreta, una forma de poner a prueba mis límites. ¿Y lo peor de todo? Por un breve instante, me vi considerando lo que acababa de decir.

Pero antes de que pudiera responder, *nonna* aplaudió suavemente.

—Bien, no quiero robarte más tiempo, Chiara. ¡Disfruta de tu día!

—Por supuesto. Gracias por la bienvenida, Aurora. —Entonces se volvió hacia mí—. Ugo.

Asentí en respuesta, manteniendo el rostro impasible.

Chiara no dijo nada más. Simplemente se alejó, caminando hacia la salida de la pensión. Y aunque desapareció por completo, el efecto de su presencia seguía ahí.

Solté un largo suspiro y me pasé la mano por el pelo.

—Podrías haber sido más amable, querido —*nonna* rió por lo bajo a mi lado.

—Podría hacer muchas cosas —crucé los brazos, sintiendo cómo crecía la irritación—. Pero no le veo el sentido.

Ella solo sonrió.

—Ya veremos, querido. Ya veremos.



Necesitaba aire. Distancia. Cualquier cosa que me hiciera dejar de pensar en la forma irritantemente fácil en que esa mujer se había infiltrado en mis pensamientos.

Chiara Bianchi.

Solo un nombre. Una huésped cualquiera. Pero, por algún motivo, el sonido de ese nombre seguía resonando en mi cabeza.

Pasé por el Caffè Romano, en el centro del pueblo. El aroma a café recién hecho, mezclado con el dulzor del espresso al limone, siempre me brindaba un tipo de consuelo que no encontraba en ningún otro sitio. Saludé a los empleados con un leve gesto y pedí un café para llevar antes de seguir caminando sin rumbo por las calles empedradas.

Y entonces la vi.

Al principio, pensé que era solo una coincidencia. Chiara estaba parada frente al escaparate de una tienda de recuerdos, sosteniendo un collar de nácar entre los dedos mientras sonreía a la vendedora, que le explicaba algo con entusiasmo.

La ignoré, girando la esquina para dirigirme a la Gelateria Romano, cerca de la Marina Piccola. Momentos después, mientras esperaba que Fabrizio me sirviera un helado, mis ojos fueron atraídos de nuevo.

Y allí estaba ella.

Esta vez caminando despacio por la calle, observando todo a su alrededor como si cada detalle fuese un nuevo descubrimiento. Negué con la cabeza, centrando mi atención en el helado que Fabrizio me tendía. Lo tomé sin decir palabra y salí del local, respirando hondo.

Pero no pasó mucho tiempo hasta que volví a verla.

Chiara estaba sentada al aire libre en una cafetería, hojeando lo que parecía ser una guía de viajes, los pies cruzados y balanceándose suavemente en el aire. Parecía completamente inmersa en la lectura, mordiendo levemente su labio inferior en concentración. Pasé junto a ella sin reducir el paso. Pero para ese entonces, ya no podía fingir que era casualidad.

¿Por qué demonios sigo cruzándome con esta mujer?

No creía en el destino. Nunca lo había hecho. Pero había algo extraño en todo esto. Como si el universo se empeñara en restregarme en la cara que, por más que intentara mantenerme alejado, algo siempre me arrastraría de nuevo hacia ella.

Y fue entonces cuando lo comprendí:

La estaba siguiendo.

No a propósito. O al menos eso era lo que intentaba decirme. Pero, de algún modo, mis pasos siempre me llevaban a donde ella estaba.

Y entonces, cuando cayó la noche y las luces cálidas de los restaurantes comenzaron a iluminar el pueblo, vi a Chiara sentarse sola en uno de los restaurantes más acogedores.

Esta vez, no la ignoré.

Me detuve al otro lado de la calle, apoyándome discretamente en una pared de piedra. El restaurante estaba lleno: familias cenando, parejas brindando al ritmo de una música suave. Chiara estaba sola. Sonreía al camarero mientras hacía su pedido, conversando con naturalidad. Pero entonces, cuando él se alejó, sus ojos vagaron por el local.

Y fue ahí cuando lo vi.

Una fracción de segundo.

Una sombra cruzó su rostro al observar a una familia unas mesas más allá. El padre cortaba el filete para su hijo pequeño mientras la madre reía con algo que el niño había dicho. Chiara desvió la mirada y tomó su copa de vino. Bebió un sorbo con lentitud, pero la sonrisa que había en sus labios un minuto antes, ya no estaba.

Esa mujer, que hasta ahora solo irradiaba energía y ligereza, parecía diferente en ese momento. Callada. Reflexiva. Quizá incluso… solitaria. Terminó de cenar sin prisa, pagó la cuenta y salió caminando hacia la playa.

Mi mandíbula se tensó.

No debería seguirla...

Pero la seguí.

Acompañé sus pasos a cierta distancia, sin entender del todo qué demonios estaba haciendo.

La playa quedaba a pocos minutos. No era grande, pero era perfecta para quien buscara un momento de tranquilidad. Era tarde, y el lugar estaba prácticamente desierto. Las olas golpeaban suavemente la arena, en un vaivén constante.

Chiara caminó hasta acercarse al agua y se sentó en la arena. Y entonces, para mi sorpresa, se llevó las manos al rostro.

Me quedé paralizado.

¿Está llorando?

Mi primera reacción fue dar un paso al frente. Pero me detuve.

¿Qué estoy haciendo?

No conocía a esa mujer. No sabía por qué estaba allí, sola, en ese momento. No tenía derecho a entrometerme.

Y, aun así...

Allí, bajo la luz tenue de la luna, Chiara no era la mujer sonriente que jugaba con los vendedores, ni la turista entusiasta con su guía de viajes. Era solo una mujer… sintiendo algo que parecía demasiado grande para contener.

Y aunque no quisiera admitirlo, verla así me incomodó.

No me gustaba la fragilidad. No sabía cómo lidiar con eso. Porque la fragilidad significaba que, en algún momento, alguien podía decepcionarte.

Debería haberme marchado.

Pero me quedé. Solo observando, manteniendo una distancia prudente.

Hasta que, después de un rato, se levantó y comenzó a caminar de regreso a la pensión.

Y yo hice lo mismo.

Seguí sus pasos desde lejos, asegurándome de que llegara bien.

Cuando la vi entrar en el edificio y desaparecer por las escaleras, solté un suspiro largo, sintiendo un nudo extraño en el estómago.

Tengo que parar con esto.

Pero entonces, al llegar a casa, vi que las luces del cuarto de Giovanni, justo frente al mío, estaban apagadas. Fruncí el ceño, caminé hasta allí y abrí la puerta con cuidado.

Nonna siempre lo acostaba temprano, y normalmente ya estaba desparramado en su cama, los juguetes olvidados a su alrededor.

Pero hoy, no estaba.

Fui entonces al cuarto de *nonna*, sabiendo que lo encontraría allí. Y efectivamente, Gio estaba acurrucado en su cama, abrazado a la almohada.

Solté un suspiro silencioso, apoyándome en el marco de la puerta. Estaba creciendo tan rápido... Y sabía que pronto llegaría el momento en que tendría que admitirlo. Gio necesitaría ir al colegio. Conocer a otros niños. Abrirse al mundo.

La idea de esa realidad me aterraba más que cualquier otra cosa.

Porque significaba que no podría protegerlo para siempre.

Pero, por ahora...

Cerré la puerta con suavidad, dejándolo dormir tranquilo con mi abuela.

Antes de irme a mi propia habitación, lancé una última mirada por la ventana, hacia la pensión.

Sin entender del todo por qué.

Pero sin poder evitarlo.





CAPÍTULO 6

Su nombre seguía resonando en mi mente.

Ugo Romano.

Desde el momento en que mi mano tocó la suya en aquella recepción, supe que había algo ahí. Algo no dicho, no evidente... pero absolutamente presente.

A lo largo de mi vida me había cruzado con muchos tipos de hombres. Algunos expansivos, otros misteriosos, otros arrogantes. Pero Ugo era distinto. Había una energía contenida en él, como si estuviera sujetando algo con demasiada fuerza todo el tiempo.

La forma en que mantuvo la conversación al mínimo, sin molestarse en ser más que cortés, me hizo sonreír por dentro. Ugo claramente no hacía ningún esfuerzo por resultar simpático. Pero lo que captó mi atención no fue su brusquedad —he lidiado con hombres mucho peores en el mundo financiero—. Lo que me intrigó fue cómo parecía empeñado en mantener las distancias... pero al mismo tiempo, no podía evitar observarme.

Quizá solo era mi imaginación… un simple juego mental mío.

Pero cuando rechazó la sugerencia de Aurora de acompañarme a conocer el pueblo, su respuesta fue tan inmediata que casi pareció un acto reflejo. Como si la sola idea de pasar tiempo conmigo le resultara insoportable.

Y, por alguna razón, eso me divirtió.

Creo que tienes razón, Aurora. Tal vez sea interesante cruzarme con tu nieto por el pueblo.

Pero en aquel momento, tenía cosas más importantes que hacer que intentar descifrar a Ugo Romano. Mi primer día oficial en Sorrento había comenzado, y tenía toda la intención de disfrutarlo.



El sol caía con fuerza cuando salí de la pensión, pero la brisa que venía del mar hacía que el calor fuera soportable. Me puse las gafas de sol y me dejé llevar por las calles del pueblo, guiada por los sentidos en lugar de un itinerario planeado.

Las calles empedradas me llevaban por callejones estrechos, donde tendederos de ropa colorida ondeaban entre los balcones. El olor a pan recién horneado se escapaba de una panadería artesanal, y por un momento, consideré entrar a comprar algo. Pero entonces, mis ojos se posaron en un pequeño mercado callejero y la curiosidad ganó.

Los puestos estaban cargados de frutas vibrantes, quesos curados y hierbas frescas. Una señora vendía frascos de *limoncello* casero, sonriendo con calidez a cada cliente que pasaba.

— *Assaggia, signorina!* —dijo un señor de grandes bigotes, ofreciéndome un trozo de higo seco.

—*Grazie!* —Sonreí, aceptándolo.

El sabor dulce explotó en mi boca, y por un instante, me permití simplemente disfrutar la sensación. Pequeñas experiencias como esa eran las que hacían especial un viaje.

Seguí explorando, dejando que mis pasos me guiaran sin prisa. En una esquina, vi una librería de viejo que parecía tener más libros apilados de lo que ese espacio minúsculo podía soportar. Entré, atraída por el inconfundible aroma del papel envejecido.

El hombre tras el mostrador me lanzó una mirada atenta, como si intentara adivinar si era una turista más o alguien que realmente apreciaba las historias. Pasé los dedos por algunos lomos, reconociendo títulos en italiano, inglés e incluso francés.

Tomé un ejemplar de una novela clásica italiana y hojeé algunas páginas antes de decidir llevármelo.

—*Un'ottima scelta, signorina.* —El librero sonrió, envolviendo el libro con cuidado.

Le di las gracias y salí con la pequeña bolsa de papel en la mano, sintiendo una satisfacción inesperada.

Mi siguiente parada fue un café encantador con mesas al aire libre. Elegí un sitio a la sombra y pedí: un cappuccino y una sfogliatella crujiente. Mientras esperaba, saqué la guía de viaje de mi bolso y comencé a hojearla. Levanté una ceja al ver una página destacando los principales atractivos de Sorrento, incluyendo la Piazza Tasso, el Chiostro di San Francesco y la Villa Comunale.

—Esos lugares pueden esperar...

Quería conocer Sorrento por lo que realmente era. Su cotidianidad, sus pequeños detalles.

Y fue entonces cuando sentí un leve escalofrío en la nuca. Una sensación extraña, como si me estuvieran observando.

Miré a mi alrededor de forma instintiva, pero nadie parecía prestarme atención. El café estaba lleno de vida, con locales y turistas mezclándose. Respiré hondo, descartando la impresión como fruto de mi mente inquieta.



Más tarde, cuando el sol empezó a descender, decidí buscar un restaurante para cenar. Elegí un local pequeño con una terraza encantadora, decorada con luces suaves y macetas de romero. Escogí una mesa cerca de la barandilla de hierro, desde donde podía observar cómo el pueblo adquiría un tono dorado bajo las últimas luces del día.

El camarero se acercó y pedí: un plato de gnocchi alla sorrentina y una copa de vino. Mientras esperaba, me permití relajarme. Pero entonces, mis ojos se detuvieron en una escena que me tomó por sorpresa:

Una familia sentada a unas mesas de distancia.

El padre cortaba un trozo de carne para su hijo pequeño, que balanceaba los pies en la silla, emocionado con la comida. La madre reía por algo que el niño había dicho, y toda la imagen parecía sacada de una película.

Sentí un nudo en la garganta. Aparté la mirada, pero la sensación permaneció.

Tomé mi copa de vino y bebí lentamente.

No debería sentirme así. Ya lo había superado.

Pero a veces… todavía dolía.



Después de cenar, en lugar de volver directamente a la pensión, dejé que mis pasos me llevaran hasta la playa.

La arena estaba fría bajo mis pies descalzos. La luna se reflejaba en la superficie del mar como un espejo roto en fragmentos centelleantes. El sonido de las olas rompiendo rítmicamente contra la costa era casi hipnótico, una invitación al silencio que tanto necesitaba.

Me senté cerca del agua, abrazando las rodillas contra el pecho. El viento nocturno traía consigo el olor a sal y brisa marina, mezclado con el aroma lejano de alguna hoguera encendida en un rincón apartado de la playa.

Cerré los ojos y respiré hondo.

Y entonces, sin previo aviso, sentí las lágrimas correr por mis mejillas.

No era un llanto desesperado. Ni sollozos incontrolables. Solo una tristeza silenciosa y densa, de esas que se instalan en el pecho como si siempre hubieran estado allí, esperando un momento de distracción para hacerse notar.

Casi tuve eso... Casi fui una de esas mujeres del restaurante, riendo junto a su hijo. Pero el destino no lo permitió.

El vacío que creía haber dejado atrás me encontró allí, en una playa de Sorrento, y no tuve fuerzas para rechazarlo. Me cubrí el rostro con las manos, dejando que el dolor saliera. Solo por un instante. Solo para aliviar el peso que llevaba dentro. Porque la verdad era que, por mucho que quisiera reinventarme, algunas cicatrices nunca desaparecen del todo.

Me quedé allí durante minutos que parecieron horas, escuchando el murmullo del mar y dejando que el viento se llevara parte del dolor. Cuando por fin levanté el rostro, me sequé las lágrimas con los dedos y respiré hondo.

Aurora mencionó a Giovanni varias veces. Pero nunca habló de su madre.

Fruncí el ceño, pensativa.

La forma en que hablaba de su bisnieto estaba llena de amor, pero también de algo más. Un tipo de cuidado que iba más allá de lo común. Y Ugo... bueno, Ugo no parecía ser un hombre que permitiera a cualquier mujer entrar en la vida de su hijo.

¿Qué pasó con la madre del niño?

Me mordí el labio, reflexionando.

No debería importarme. Pero de alguna manera, ese hueco en la historia de la familia Romano me intrigaba. Quizá era solo cosa mía, y estaba proyectando mi propio pasado en los demás, viendo ausencias donde no había ningún misterio.

Suspiré, sacudí la arena de mi vestido y me puse de pie. Ya era tarde. Mi cuerpo pedía descanso, y mi mente necesitaba un alivio

que solo un baño caliente y una cama mullida podían ofrecer.

Regresé a la pensión caminando despacio, sintiendo el viento enredarse en mi cabello. Y aunque no me di cuenta del todo, algo dentro de mí había cambiado.

Tal vez fuera el alivio de haber llorado después de tanto tiempo.

O esa extraña sensación de que, sin saberlo, alguien me había estado observando esa noche.

Y aunque intentara convencerme de que solo era una impresión mía, el escalofrío en mi piel decía lo contrario.

Descansa, Chiara. Mañana será otro día.





CAPÍTULO 7

El aroma a café recién hecho y pan recién horneado llenó el aire en cuanto pisé el jardín de la pensión. La brisa matinal traía consigo el perfume cítrico de los limoneros, haciendo que el ambiente resultara aún más acogedor.

Había pocas mesas ocupadas en el patio exterior. Algunas por parejas que desayunaban tranquilamente, intercambiando miradas perezosas mientras saboreaban sus croissants y espressos. Otras por turistas entusiastas, planeando el día entre mapas y guías de viaje.

Elegí una mesa bajo la sombra de una pérgola cubierta de enredaderas floridas. El sol aún no apretaba, y la mañana tenía ese frescor revitalizante que hacía que todo pareciera más liviano.

Respiré hondo, sintiendo una extraña paz llenarme el pecho. Tal vez era el efecto de Sorrento. O quizá solo la satisfacción de despertar en un lugar donde no tenía que correr a ninguna parte.

—*Buongiorno, signorina* —una empleada se acercó con una sonrisa amable—. ¿Qué le gustaría tomar?

—Un cappuccino, por favor. Y algo ligero... ¿quizá un *cornetto*?

—Excelente elección. ¡Ahora mismo lo traigo!

Asentí, y mientras esperaba, dejé que mis ojos recorrieran el jardín. Los limoneros se extendían en una danza armoniosa, sus ramas levemente inclinadas por el peso de los frutos amarillos. Había algo reconfortante en estar allí, rodeada de esa sencillez.

Pero entonces, algo más allá de los árboles y las mesas llamó mi atención: la casa.

Ya había notado la propiedad junto a la pensión el día anterior, pero no le había prestado demasiada atención. Ahora, observándola con calma por primera vez, me di cuenta de que no era solo un anexo... era un hogar.

La puerta se abrió.

Giovanni fue el primero en salir, con pasitos rápidos y alegres. Justo detrás, apareció Ugo, y mi respiración vaciló por un instante.

El hombre malhumorado de la recepción parecía distinto bajo la luz suave de la mañana. El ceño fruncido seguía ahí, pero había algo más... una dulzura en sus gestos, un tono más cálido en su voz al hablar con su hijo.

—¿Vas a portarte bien y ser un buen chico hoy? —le preguntó, acomodando los rizos castaños de Giovanni con los dedos.

—¡Sí, papà! —respondió el niño con entusiasmo.

Ugo sonrió, sin la dureza que yo había visto antes.

No fue una gran sonrisa, ni exagerada. Pero fue real.

Un nudo inesperado me apretó la garganta. Parecía un padre presente y protector. Y por un instante, me pregunté cuántas personas conocían ese lado suyo. Cuántos veían más allá de esa fachada seria y hermética, y percibían lo que yo estaba viendo ahora.

Pero entonces, la escena cambió. Ugo se agachó a la altura de su hijo y le dijo algo que no alcancé a oír. Giovanni bajó la cabeza, pateando una piedrecita junto a sus pies.

No quería que su padre se fuera.

Esa constatación me golpeó de forma inesperada.

Aunque no pudiera escuchar las palabras que intercambiaban, era evidente que Giovanni quería que Ugo se quedara. Y por más que él intentara suavizar la despedida, había una carga emocional allí.

—¡Vamos, Gio! ¡Vamos a desayunar! —Aurora apareció en el patio en ese momento, llamando a su bisnieto con una sonrisa dulce.

El pequeño vaciló un segundo, los ojos aún fijos en su padre. Ugo le revolvió el pelo con ternura y le dijo algo en voz baja. Entonces, Giovanni asintió despacito y caminó hacia Aurora, que lo recibió con un abrazo cálido antes de guiarlo hacia dentro.

Seguí observando mientras Ugo permanecía allí un instante más, mirando la puerta por donde había entrado su hijo.

Y entonces, levantó la vista. Su mirada se cruzó con la mía.

Fue solo un instante de contacto visual. Pero suficiente para que un escalofrío me recorriera la espalda. Había algo indescifrable en aquellos ojos. No apartó la mirada de inmediato. Ni yo.

Solo cuando su expresión volvió a cerrarse, recuperando esa máscara impasible que ya empezaba a reconocer, solté el aire que no sabía que estaba conteniendo. Ugo se giró y cruzó el jardín con paso firme. Lo seguí con la mirada hasta que desapareció.

Había algo en ese hombre que despertaba mi curiosidad. Parecía tan rígido, tan inaccesible. Había una dureza en sus ojos,

como si estuviera constantemente luchando contra el mundo... y quizás, contra sí mismo.

Conocía bien esa sensación. Ya había sentido el peso de las obligaciones y las expectativas abrumadoras. Por eso, aunque apenas me hubiera dirigido la palabra y se mostrara algo brusco, pude notar que había más de lo que dejaba ver. Algo que me hacía desear descubrir qué se escondía tras esa fachada dura.

Pero yo había venido por mí. Mi tiempo en Sorrento sería mi cura personal, el momento para reconectarme con quien realmente era.

Eso significaba que debía dejar de pensar en hombres malhumorados, ¿verdad?

Además, seguramente tenía esposa.

El pequeño Giovanni tenía madre, obviamente.

Esa casa era donde vivían. Entonces... ¿dónde estaba la señora Romano? ¿Por qué no había una mujer en la puerta despidiéndose también del marido?

¿Por qué estoy pensando en eso? ¡No es asunto mío!

Me concentré en mi café, ignorando la extraña inquietud que seguía vibrando dentro de mí.



Sorrento estaba aún más hermosa bajo el sol del mediodía. Mientras caminaba por las calles empedradas, observando a los turistas y locales en tiendas y restaurantes, sentía una mezcla de

emoción y paz. Era el lugar perfecto para empezar de nuevo y, por fin, vivir la vida que yo deseaba.

No había plazos ajustados, nadie esperando un informe mío a las cinco de la tarde, ni correos frenéticos que responder.

Ahora, todo lo que necesitaba hacer era... existir.

Y en ese momento, eso implicaba explorar cada rincón de esta encantadora villa.

Pasé junto a una *gelateria* con una fachada colorida y un aroma delicioso. No pude resistirme y entré, decidida a regalarme un buen postre. La fila era corta y, mientras esperaba mi turno, escuchaba las voces alegres de los niños y las risas de los turistas.

Sorrento tenía ese poder. Aquí, todo parecía más ligero.

Cuando llegó mi turno, la dependienta me sonrió. Era una chica joven, con un acento local encantador.

—¿Qué vas a querer?

—Un helado de pistacho, por favor —respondí animada, ya totalmente contagiada por el ambiente del lugar.

Mientras ella preparaba mi *gelato*, eché otro vistazo alrededor. El sitio era sencillo, pero acogedor, y las vitrinas exhibían una variedad de sabores que me prometí volver a probar. Tomé mi helado, le agradecí y salí a la calle, saboreando cada cucharada.

Seguí mi paseo por el pueblo, absorbiendo todo a mi alrededor. Cada rincón de Sorrento parecía contar una historia. Pequeñas tiendas de recuerdos, cafés con mesas al aire libre, familias charlando en voz alta... todo tan distinto del ritmo agobiante que

había dejado en Brasil. Aquí, el tiempo parecía fluir de otra manera, como si la gente estuviera en sintonía con la naturaleza, sin prisas.

Tras caminar un rato, vi una plaza con una fuente en el centro. Era el tipo de lugar que solo ves en las películas, con bancos de piedra y árboles frondosos que ofrecían sombra fresca. Decidí que sería mi rincón por unos minutos, un buen lugar para descansar y reflexionar.

Sentada en el banco de piedra, observé a la gente pasar. Estaba sola, pero no me sentía sola y, de algún modo, eso era liberador. Durante tanto tiempo me definieron las expectativas de los demás: ser exitosa, responsable, el ejemplo perfecto. Pero ahora, lo único que necesitaba ser era... yo misma.

Y por primera vez en mucho tiempo, eso era suficiente.

Cerré los ojos por un instante, sintiendo el calor agradable del sol filtrándose entre las hojas. Había algo reconfortante en ello, que me hacía sentir, aunque solo fuera por un momento, parte de ese flujo suave de la vida.

Fue entonces cuando unas risas infantiles cortaron el aire.

Abrí los ojos y giré la cabeza. Un niño corría por la plaza con una pelota entre los brazos, y mis labios se curvaron automáticamente.

¡Giovanni!

El pequeño corría sin rumbo, riendo alto mientras apretaba la pelota contra el pecho. Sus rizos castaños saltaban con cada paso, y su energía desbordaba como si el mundo entero fuera un parque por explorar.

Esa alegría despreocupada era contagiosa.

Lo observé unos momentos, hasta que se detuvo de repente y se volvió hacia mí. Sus ojitos curiosos me estudiaron por un instante. Luego, con la naturalidad inocente de los niños, sonrió y se acercó.

—¡*Ciao*!

Solté una risita suave, divertida por su desparpajo.

—*Ciao, piccolo*.

—¿Tú eres la chica nueva de la pensión de mi *bisnonna*? —inclinó la cabeza, estudiándome con esa curiosidad tan propia de los cinco años.

—Sí, soy yo —sonreí—. Me llamo Chiara.

Sus ojos brillaron al reconocer el nombre.

—*Nonna* dijo que hablas italiano muy bien. Pero mi *papà* no lo cree.

Arqueé una ceja. Ah, así que Ugo Romano no confía fácilmente en los elogios. ¡Qué sorpresa!

—Lo hablo desde pequeña —expliqué—. Mi *papà* nació aquí en Sorrento.

—¿Entonces tú también eres un poquito italiana? —frunció el ceño, como si procesara la idea.

—Se podría decir que sí —reí con suavidad.

Pareció satisfecho con mi respuesta y, sin ningún reparo, se sentó a mi lado en el banco, sujetando la pelota con sus manitas.

—¿Te gusta Sorrento? —preguntó con tanta naturalidad que parecía más una conversación entre viejos conocidos que un primer encuentro.

—Me encanta —miré a mi alrededor—. Es un lugar precioso.

—Sí, es muy guay —asintió, sus rizos moviéndose con él—. Pero a veces la *nonna* dice que corro demasiado.

—¿Y tú corres mucho? —me mordí el labio para no reírme.

—¡Sí! —se encogió de hombros, como si fuera obvio.

Mi risa escapó antes de poder contenerla.

—¿Y tu *papà*? ¿Corre contigo? —La pregunta salió sin pensar, pero su reacción fue inmediata.

La sonrisa de Giovanni no desapareció del todo, pero se atenuó un poco. Giró la pelota entre sus dedos antes de responder:

—Mi *papà* trabaja mucho.

La forma en que lo dijo, tan simple... tan acostumbrado a la idea, me apretó el pecho.

—¿Y tu mamà? —pregunté, antes de poder detenerme.

Giovanni parpadeó, como si no entendiera del todo la pregunta. Luego, respondió con naturalidad:

—Mi mamà vive en el cielo.

El aire pareció escaparse de mis pulmones. Esperaba muchas respuestas. Pero no esa. Por un momento, no supe qué decir. Pero entonces las palabras simplemente surgieron:

—La mía también.

Hubo un breve silencio entre nosotros. No fue incómodo, ni raro. Solo un entendimiento silencioso entre dos personas que sabían, aunque en edades muy distintas, lo que era perder a alguien que debería haber estado allí para siempre.

Giovanni me miró con sus grandes ojos castaños, llenos de una sabiduría que parecía demasiado profunda para un niño tan pequeño. Luego, simplemente asintió. Así, sin más.

Pero antes de que pudiera decir algo más, una presencia se impuso en el aire.

El instinto me hizo alzar la vista.

Y allí estaba él.

Ugo Romano.

Parado a pocos metros, los brazos cruzados y la expresión dura, como si me hubiera sorprendido haciendo algo que no debía.

Su mirada pasó rápidamente de Giovanni a mí.

No parecía enfadado. Pero desde luego, no parecía satisfecho.

—Giovanni. —Su voz era firme, aunque no áspera—. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy conversando —respondió el pequeño, girándose con una sonrisa inocente.

La tensión en los hombros de Ugo se intensificó. Sus ojos se encontraron con los míos y, por un instante, no hubo palabras. Pero sí algo más... una chispa.

Y la sensación de que la conversación que estaba por venir... no sería tan tranquila como esta.





CAPÍTULO 8

La presencia de Ugo Romano fue como una sombra densa que cayó sobre mí en el momento en que sus ojos fríos se cruzaron con los míos.

Giovanni seguía a mi lado, sujetando la pelota contra el pecho, inocente ante el torbellino silencioso que se formaba entre su padre y yo. Pero yo lo sentí. El peso. La barrera. La tensión hecha de todo lo que él no decía.

—Giovanni. —Su voz era firme, controlada—. ¿Qué te he dicho sobre alejarte de Marcello para hablar con desconocidos?

El pequeño encogió los hombros, su entusiasmo anterior desinflándose como un globo pinchado. Sus grandes ojos expresivos se alzaron hacia su padre.

—Lo siento, *papà*... yo solo... —Vaciló, mordiéndose el labio antes de completar, casi en un susurro—: La *bisnonna* dijo que la chica nueva era guapa y amable. Solo quería una nueva amiga.

El pecho se me encogió. Hubo un instante de silencio. Solo un segundo. Pero en él, vi a Ugo parpadear lentamente, los músculos de

su mandíbula tensándose como si intentara procesar lo que su hijo acababa de decir.

—Gio... —suspiró, pasándose la mano por el cabello, claramente luchando por mantener la calma.

No me metí. No tenía derecho a interferir en cómo educaba a su hijo, y mucho menos quería crear tensión delante del niño. Pero tampoco podía ignorar el hecho de que Giovanni ahora me miraba como si hubiera cometido un error terrible, y eso no me parecía justo.

Así que, al ver sus ojitos brillando como si las lágrimas estuvieran a punto de caer, me incliné un poco y le sonreí suavemente.

—Eh... no hiciste nada malo. —Mi voz fue baja, tranquilizadora —. Fue muy amable por tu parte querer ser mi amigo.

Giovanni sorbió la nariz discretamente, pero pareció menos triste. Ugo, en cambio, me dirigió una mirada dura.

—Tiene que entender que no puede confiar en cualquiera. — La forma directa en que lo dijo encendió algo dentro de mí.

—Estoy de acuerdo. Los niños deben tener precaución. — Mantuve mi tono neutral, pero sin retroceder—. Solo creo que ser educado con los demás y crear vínculos no es ningún delito.

—No tienes hijos, ¿verdad? —Sus ojos se entrecerraron ligeramente.

La pregunta me tomó por sorpresa.

—No. —Podría haber mentido, pero no vi sentido en ello.

—Entonces no puedes entenderlo. —Su tono dejó claro que, para él, mi opinión valía menos solo porque no era madre, y eso hizo que la sangre me hirviera.

—No soy madre. Pero sí fui niña, y sé que los niños necesitan sentirse seguros... y queridos. —Crucé los brazos e incliné un poco la cabeza, estudiándolo con una mirada firme—. Hacer amigos forma parte de eso. Tu hijo solo se acercó a mí porque me vio hablar con Aurora en la pensión. No soy una completa desconocida.

Hubo un breve instante en que algo que no pude descifrar pasó por sus ojos.

Ugo soltó un suspiro profundo y se agachó hasta quedar a la altura de Giovanni.

—Gio, ¿hacemos un trato?

El pequeño se limpió la nariz con el dorso de la mano antes de asentir.

—Puedes ser amigo de la signorina Chiara... —Ugo me lanzó una mirada rápida antes de continuar—. Pero prométeme que no volverás a alejarte del tío Marcello cuando vengas a la plaza, ¿vale?

—¡Sí, papà! ¡Lo prometo! —Los ojos de Giovanni se iluminaron al instante.

El niño se lanzó a los brazos de su padre, que lo acogió sin dudar, envolviéndolo en un abrazo firme y natural, como si aquel fuera su lugar más seguro en el mundo. Giovanni enterró el rostro en el cuello de Ugo, y el hombre cerró los ojos por un instante, su gran mano deslizándose entre los rizos del niño con una ternura que me pilló desprevenida.

Era algo instintivo. Genuino. El peso que él llevaba encima parecía desaparecer en ese breve instante en que nada importaba más que el hijo en sus brazos.

Y aquello me conmovió más de lo que debería.

Porque, por muy rígido, reservado y aparentemente inaccesible que fuera Ugo, con Giovanni era todo lo contrario.

Una parte de mí se preguntó cómo sería si se permitiera ser así con el resto del mundo.

Después de unos segundos, Ugo soltó al niño y se puso de pie nuevamente, volviendo a mirarme.

—Gracias por tener paciencia con él. —Las palabras salieron despacio, como si pesaran en su lengua.

Como si dar las gracias no fuera algo que hiciera con facilidad.

Incliné la cabeza, analizándolo por un momento.

—No tienes que agradecerme. Giovanni es un niño encantador.

Hubo otro silencio entre nosotros. Pero este fue distinto. Denso.

Algo invisible pero palpable, flotando en el aire entre mí y aquel hombre que parecía cargar el mundo sobre los hombros.

Entonces, Ugo desvió la mirada, su expresión regresando a esa dureza habitual.

—Si necesitas algo en la pensión, habla con Aurora.

Fue todo lo que dijo antes de girarse y marcharse con Giovanni a su lado.

No retrocedí. No bajé la mirada.

Solo me quedé allí, observándolos alejarse.



El sol ya comenzaba a inclinarse en el cielo, y la brisa que venía del mar hacía la tarde más fresca. Mientras caminaba por las calles empedradas, sentía que el día había sido más intenso de lo que esperaba. Solo quería llegar, darme una ducha y relajarme un poco antes de decidir qué hacer por la noche.

Mis pasos se deslizaban con naturalidad sobre las piedras antiguas del pueblo, mientras mi mente seguía procesando lo ocurrido en la plaza. El enfrentamiento con Ugo, la mirada que cruzamos, la forma en que protegía a su hijo con uñas y dientes…

Aunque comprendía su actitud, me molestaba que pareciera ver el mundo en extremos. O eras una amenaza, o no lo eras. Ninguna zona gris. Ninguna posibilidad de equilibrio.

Y yo sabía, por experiencia propia, que vivir así acababa pasando factura.

Al entrar en la pensión, encontré a Aurora en recepción, organizando algunos papeles sobre el mostrador. Pero algo en su semblante me hizo frenar. Parecía exhausta. Sus movimientos eran más lentos de lo habitual, y de vez en cuando llevaba discretamente la mano a la espalda, masajeando la zona con una ligera arruga de incomodidad en la frente.

—¿Está todo bien, Aurora?

Alzó la vista hacia mí, y el cansancio se suavizó un poco al verme.

—Ay, querida… sí, solo una pequeña molestia. Estar de pie tanto tiempo no le sienta bien a mi espalda, pero es parte del trabajo.

La forma en que minimizaba el malestar me incomodó. Mi mirada se deslizó hacia sus manos, que presionaban con suavidad la zona lumbar, como intentando aliviar el dolor.

—Si quiere, puedo ayudarla —ofrecí, procurando no parecer invasiva—. Trabajé con masoterapia antes de cambiar de rumbo profesional. Sé cómo aliviar dolores musculares.

Aurora me observó durante un momento, como sopesando la propuesta, y luego sonrió, asintiendo despacio.

—Eres un encanto, Chiara. Hace mucho que no me permito ese tipo de cuidado… Pero sí, acepto. ¿Qué te parece si vamos a mi casa? Será más cómodo allí.

—Por supuesto, vamos. —Me alegré de que no rechazara la oferta por pura cortesía.

Cogió un manojo de llaves y me guió por la pensión hasta la casa contigua.

Al entrar, percibí que el espacio era acogedor y bien cuidado, con muebles de madera oscura y una decoración tradicional. Fotografías antiguas adornaban las paredes del salón, y un aroma cítrico flotaba en el aire. Mi atención se desvió brevemente hacia los detalles: un portarretratos con una foto de Giovanni sonriendo, otro de Ugo en un evento formal.

Había huellas de una vida plena allí.

—Ven, querida, vamos a mi habitación.

Seguí a Aurora hasta el dormitorio, que reflejaba su personalidad: sencillo, pero acogedor. La cama estaba impecablemente hecha y una butaca cerca de la ventana revelaba que ese era su refugio.

—¿Tiene alguna crema para masajes?

Señaló una cómoda donde había varios frascos. Los revisé rápidamente y elegí uno que podría servir. No era el ideal, pero haría lo posible con lo que tenía.

—Puede quitarse la blusa y acostarse boca abajo en la cama, Aurora. Así podré trabajar mejor la musculatura.

—Sabes lo que haces —rió suavemente, moviendo la cabeza.

—Solo un poco —sonreí, esperando a que se acomodara.

Cuando por fin comencé a deslizar los dedos sobre sus hombros y espalda, sentí cuán tensos estaban sus músculos. Empecé con un movimiento suave para estimular la circulación antes de aumentar la presión gradualmente.

—Santo cielo… —suspiró con alivio—. ¡Esto es maravilloso!

Reí por lo bajo.

—Parece que acumulas mucha tensión aquí —presioné un punto cerca de la base de la espalda, notando la rigidez.

—Ay, querida, con esta vida tan agitada, no es de extrañar —su voz sonaba relajada—. La pensión exige mucho de mí, pero no me importa. Empezamos este lugar con tanto amor...

—¿"Empezamos"? —pregunté, curiosa.

—Mi marido y yo. —Había un tono nostálgico en su voz—. Falleció antes de que Giovanni naciera. Pero seguí adelante, por el

bien de la familia.

—Lo siento mucho, Aurora. —Mis manos continuaron el movimiento, absorbiendo aquella información.

—La vida nos quita a personas queridas, pero también nos da a otras a las que amar. —Su tono era suave.

Seguí con el masaje, bajando un poco más hacia la zona lumbar.

—Y además de la pensión, cuidas también de Giovanni… imagino que debe ser agotador.

—Sí, pero nunca ha sido una carga. —Sonrió levemente—. Ugo perdió a sus padres siendo muy joven. Mi marido y yo lo criamos como a un hijo más.

—No lo imaginaba... —La revelación me tomó por sorpresa, y mis dedos se desaceleraron brevemente.

—No suele hablar de ello. —Aurora suspiró—. Pero creo que eso marcó mucho la persona que es hoy.

La forma en que lo dijo me hizo pensar en la rigidez de Ugo, en cómo parecía llevar siempre un peso invisible sobre los hombros.

—Entonces Giovanni… solo os tiene a vosotros dos.

—Sí. Desde que nació.

¿Y su madre...?

Un nudo se formó en mi garganta, pero no insistí. Simplemente seguí con el masaje hasta sentir que sus músculos ya no estaban tan tensos. Al cabo de un rato, terminé y me aparté, permitiendo que Aurora se incorporara despacio.

—¡Chiara, tienes manos de oro!

—Me alegra que te haya gustado. —Sonreí, satisfecha de haberla ayudado.

—Ven, querida. Déjame prepararte una infusión. —Se levantó, visiblemente más aliviada que antes.

La cocina de Aurora era acogedora, con armarios de madera oscura y un aroma cálido de hierbas secas colgando junto a la ventana. Pequeños detalles daban al espacio un aire vivido: una frutera repleta de limones frescos sobre la mesa, un reloj de pared que hacía un tic-tac suave y constante, y tazas de cerámica decoradas con motivos florales apiladas junto a la tetera.

Aurora se movía con soltura por el lugar, eligiendo una bolsita de té de una pequeña caja de lata. Sus dedos ágiles tomaron algunas hojas secas de manzanilla e hinojo, echándolas en el agua caliente con un gesto experto.

—Nada como una buena infusión para relajarse después de un día agitado. —Sonrió, removiendo suavemente el té con una cucharilla—. Este es uno de mis favoritos. Me ayuda a dormir mejor.

—¿Te gustan las infusiones naturales? —Apoyé los codos sobre la mesa, observándola con curiosidad.

—Siempre me han gustado. —Aurora se giró, trayendo dos tazas humeantes y dejando una frente a mí—. Pero reconozco que nunca me he dedicado a ello como debería. Con la pensión, Giovanni y… bueno, otras responsabilidades, mi tiempo siempre ha estado ocupado por otras prioridades.

Tomé un sorbo y cerré los ojos brevemente. El calor suave descendió por mi garganta, trayendo un confort inesperado.

—¿Y cuando Gio empiece el colegio? ¿Te sacarás más tiempo para ti?

Aurora soltó una risa baja, soplando su taza.

—Ay, querida… cambiar los hábitos no es fácil. Pero quizá sí. Ya me han dicho que debería aprender a pensar más en mí misma. —Me lanzó una mirada cómplice antes de añadir—: Tú, por ejemplo. Pareces ser muy buena en eso.

—Depende del punto de vista. —Sonreí de lado, jugueteando con el borde de la taza entre los dedos.

—¿Y a qué te dedicas en Brasil, Chiara? Sé que tienes manos de hada para los masajes, pero imagino que esa no es tu profesión principal.

Suspiré, inclinando ligeramente la cabeza mientras pensaba en mi respuesta.

—Trabajaba en finanzas. Planificación estratégica, inversiones… ese tipo de cosas.

Aurora alzó las cejas, visiblemente sorprendida.

—¡Vaya! Interesante. ¿Y cómo alguien que se dedica a números y estrategias sabe tanto sobre aliviar dolores musculares?

Solté una risa nasal.

—Antes de graduarme, trabajé durante bastante tiempo como masajista. Fue así como pagué la universidad. —Tomé un sorbo del té, sintiendo el calor reconfortar mi garganta—. Era algo que realmente me gustaba, pero cuando terminé los estudios, acabé optando por el camino que consideré más... seguro.

Esa no era exactamente la palabra correcta, porque con la masoterapia también tenía una buena fuente de ingresos. La verdad era que elegí un camino más... ambicioso. Pensando únicamente en ganar más dinero en un periodo relativamente corto.

Aurora me observó con atención, como si analizara algo más allá de mis palabras.

—¿Y ese camino más seguro te hizo feliz? —La pregunta fue tan directa que me dejó sin palabras por un instante.

—Tenía sentido en ese momento. —Desvié la mirada, dejándola vagar por las cortinas que se mecían suavemente con la brisa nocturna.

Aurora no insistió. En lugar de eso, se levantó y fue hasta una de las gavetas del armario, sacando un álbum con la tapa desgastada.

—Ya que hablamos de caminos… quiero mostrarte algo. —Volvió a la mesa, colocando el álbum ante nosotras y abriendo las páginas con un cariño casi reverente.

La primera foto mostraba a un Ugo muy joven, no más de seis o siete años, sujetando un balón de fútbol con una sonrisa tímida. Su cabello era un poco más largo y los rizos despeinados le daban un aire travieso.

—Qué pequeño era… —murmuré, sonriendo sin querer.

Aurora rió suavemente, los ojos brillando con nostalgia.

—Siempre fue más serio que los demás niños, pero tenía un corazón enorme.

Las siguientes páginas mostraban más fotos de él creciendo. Ugo en la adolescencia, ya más reservado, pero con una mirada intensa que parecía ver más allá de la cámara. Había una foto en particular en la que aparecía junto a un hombre mayor, que supuse era el difunto marido de Aurora.

—¿Ugo perdió a sus padres siendo niño?

Aurora suspiró, deslizando los dedos por una de las fotos.

—Sí… mi hijo y mi nuera murieron cuando él aún era un crío. Mi marido y yo lo criamos lo mejor que pudimos.

—Eso explica muchas cosas… —Volví a mirar la imagen de Ugo de niño.

Aurora asintió, pero no profundizó más.

Pasamos algunas páginas más, y entonces los rostros comenzaron a cambiar. Giovanni apareció en las siguientes fotos, primero como un bebé de pocos meses, luego ya gateando y sonriendo a la cámara.

—Son idénticos. —Sonreí, comparando una foto de Giovanni de bebé con una de Ugo a la misma edad.

—Oh, sí. —Aurora rió—. Esa misma carita de enfado cuando algo no les gusta.

Seguí hojeando, hasta que noté algo extraño. Las fotos mostraban a Giovanni en diferentes etapas de su infancia, siempre junto a Aurora, Ugo o incluso Marcello, pero… faltaba algo:

La madre.

Ninguna foto de una mujer embarazada o sosteniendo al bebé.

Ningún retrato de una familia completa.

Hasta que finalmente, encontré una.

Era una imagen más antigua, algo distinta a las demás. Ugo sostenía a Giovanni recién nacido, junto a una mujer de cabello oscuro y rasgos delicados. Ella sonreía, pero había algo en su mirada que parecía… distante.

—¿Es la madre de Gio? —Toqué la foto suavemente, sintiendo un nudo formarse en el estómago.

Aurora guardó silencio durante un largo rato antes de responder:

—Sí. Se llamaba Camila. —Su tono había cambiado. Más bajo. Más cargado.

Algo había sucedido allí, algo que claramente estaba grabado en los ojos cansados de Aurora. Pero antes de que pudiera preguntar nada, el sonido de voces masculinas en la entrada de la casa nos interrumpió.

La puerta se abrió y, segundos después, Giovanni entró corriendo a la cocina.

—¡*Bisnonna*! —El niño sonrió al ver a Aurora, pero luego sus ojos se encontraron con los míos—. ¡Chiara! ¡Estás aquí!

Y justo después, otra presencia llenó la cocina. Ugo apareció en el umbral, su mirada se fijó en mí al instante. Su cuerpo se tensó y su expresión se endureció.

Por primera vez, vi algo más allá del ceño habitual: incomodidad.

—Habéis vuelto pronto… —Aurora cerró el álbum discretamente.

Pero Ugo no respondió de inmediato. Su mirada seguía clavada en la mía, como si intentara decidir si mi presencia allí le agradaba o no.

Y por la forma en que su expresión se volvió aún más tensa…

Ya conocía la respuesta.





CAPÍTULO 9

El control se me escapaba de las manos.

Lo sentía con cada paso que daba, con cada risa despreocupada de Giovanni resonando por la plaza, y con cada mirada inocente que le dirigía a Chiara Bianchi, como si ella ya formara parte de algo que nunca planeé que le perteneciera.

No era la primera vez que mi hijo hacía amistad con facilidad. Pero había algo distinto en esta ocasión que me incomodaba más de lo que debería. Giovanni no era del tipo que se acercaba a cualquiera así como así. Observaba, analizaba, y solo después decidía si dejaba entrar a alguien en su pequeño mundo.

Pero con ella…

Con ella fue inmediato.

Podía verlo en la forma en que Gio miraba a Chiara, como si ya existiera un entendimiento silencioso entre los dos. Como si, instintivamente, supiera que podía confiar en ella.

Eso debería tranquilizarme. Pero en lugar de eso, solo me irritaba.

Crucé los brazos, observando la escena desde lejos. Giovanni reía mientras corría con el balón en los brazos, el rostro iluminado por esa felicidad genuina que solo un niño puede sentir. Giró sobre sus pies y se detuvo al verme, los ojos brillando.

—¡*Papà*! —gritó, acercándose con pequeños saltitos de emoción—. ¿Podemos invitar a Chiara a jugar con nosotros?

Mi mandíbula se tensó al notar con cuánta naturalidad la incluía en la ecuación. Ella seguía sentada en el banco, con una expresión tranquila en el rostro y esa chispa de curiosidad en la mirada.

Aquello me provocó una tensión desagradable en el pecho.

—Otro día. —Mi voz fue firme, pero sin dureza—. Ahora tengo que resolver unas cosas en la heladería.

Los hombros de Giovanni cayeron un poco, pero asintió sin protestar.

Me agaché y pasé la mano por su cabello, que ya estaba más largo de lo habitual. Le gustaban sus rizos, y aunque Aurora decía que daban trabajo, ninguno de nosotros tuvo el corazón para contradecirlo.

—¿Qué te parece si vienes conmigo y tomamos un helado?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —Sonrió de oreja a oreja y salió corriendo de nuevo hacia la plaza, pateando la pelota con entusiasmo.

Solté el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

Cuando me incorporé, mis ojos volvieron a Chiara. Ella aún me observaba, pero no de una forma intrusiva. Era… atenta. Como si intentara leerme.

La incomodidad se instaló en mi pecho como un nudo. No me gustaba que me analizaran. Y mucho menos que intentaran ver más allá de lo que yo estaba dispuesto a mostrar.

Chiara parpadeó lentamente, como si reflexionara sobre algo, y luego apartó la mirada, enfocándose de nuevo en Giovanni. Y por algún motivo inexplicable, ese gesto tan simple me molestó aún más.

Me giré y caminé hasta Marcello, que observaba todo con los brazos cruzados y una sonrisita divertida.

—No deberías dejar que se acerque a los huéspedes. —Mi voz salió más áspera de lo que pretendía.

Marcello rió por lo bajo, sacudiendo la cabeza.

—¿Relajarte? ¿Te suena? La chica parece buena con los niños y Giovanni necesita más interacción. Lo sabes.

—No quiero que se encariñe con cualquiera que aparece por aquí. —Mi tono era cortante, pero Marcello ni se inmutó.

—¿Y si resulta ser la niñera que tanto necesitas, eh?

—Muy gracioso.

Encogió los hombros, soltando el humo de su cigarrillo con lentitud.

—Mira, tío… lo entiendo. Pero siempre estás a la defensiva. Giovanni es un crío. Los críos hacen amigos. No puedes protegerlo de todo para siempre.

—Si supieras lo que es perderlo todo, pensarías diferente. —Mis manos se cerraron en puños a los lados del cuerpo.

Marcello guardó silencio un instante. Luego soltó un suspiro largo.

—Buena suerte con eso, Ugo. —Apagó el cigarro y se alejó, pero sus palabras se quedaron conmigo.

Porque, en el fondo, sabía que tenía razón. No podía encerrar a Giovanni en una burbuja para siempre.

Pero eso no significaba que quisiera verlo crear lazos con alguien que pronto desaparecería.

Y Chiara Bianchi desaparecería. Era una turista… de paso. Y cuando se fuera, se llevaría consigo ese pequeño pedazo de afecto que Giovanni ya le había ofrecido sin darse cuenta.

Mis ojos se cruzaron con los de ella una vez más.

Chiara seguía observando a Giovanni jugar, la comisura de los labios ligeramente curvada, como si la escena ante ella fuese pura y sencilla. Parecía… cómoda allí.

Como si ya perteneciera a ese momento.

Y fue entonces cuando entendí el verdadero motivo por el que todo aquello me incomodaba tanto.

No era solo por Giovanni.

Era porque, por un instante…

Una parte de mí también lo deseó.



No quería pensar en ella.

Y sin embargo, mientras caminaba con Giovanni hacia la Gelateria Romano, sentía una irritación latente por lo ocurrido en la plaza.

El peso de aquella conversación no se iba de mi cabeza. La facilidad con la que Giovanni se abrió con Chiara al decir que su madre estaba en el cielo. La naturalidad con la que la incluyó en su juego con el balón.

¿Y lo peor? La forma en que ella me miró.

No fue con juicio.

Ni con lástima.

Fue con algo peor: curiosidad.

Y odié la idea de que pudiera estar intentando entenderme.

—¡*Papà*! —Giovanni tiró de mi mano, devolviéndome al presente—. ¡Quiero dos sabores! ¿Puedo elegirlos?

—Vale. Pero sin hacer lío.

Sonrió emocionado y corrió hasta el mostrador de la heladería, donde Fabrizio ya nos saludaba con un gesto.

—¡Ugo! ¡Giovanni! ¿Lo de siempre?

—¡Sí! —respondió Giovanni antes de que pudiera siquiera abrir la boca.

Fabrizio rió y empezó a preparar nuestros pedidos. Me apoyé en el mostrador, crucé los brazos, pero mi mente seguía en la plaza.

Seguía con ella.

Solté el aire despacio.

No era la primera vez que mi hijo se encariñaba con alguien. Así son los niños. Pero sabía que, al final, lo único constante en su vida éramos nonna y yo. Y eso era suficiente… Tenía que ser suficiente.

—¿Ugo?

—¿Hum? —Parpadeé, dándome cuenta de que Fabrizio me hablaba.

—Dos bolas para el bambino y una para ti. —Le entregó a Giovanni su helado de chocolate y stracciatella, y luego me pasó el mío—. Tienes cara de estar agotado. ¿Demasiado trabajo en la pensión?

—Como siempre.

Sonrió de medio lado, como si esperara esa respuesta.

—¿O será otra cosa? —Su mirada brilló con diversión—. ¿O alguien?

—No empieces, Fabrizio. —Mi expresión se endureció.

—Ah, entonces es eso… —Se encogió de hombros, riendo—. Me han dicho que tenemos una bella huésped en la Pensión Romano.

Mi mandíbula se tensó.

¡Marcello seguramente había estado esparciendo chismes en el grupo del personal!

—No es nada. —Tomé mi helado, listo para cerrar la conversación—. Giovanni, vamos.

Mi hijo me siguió feliz, lamiendo su helado sin preocuparse por nada. Yo, en cambio, no lograba quitarme de encima el malestar. Mientras Giovanni disfrutaba de su helado con esa satisfacción inocente, mi mirada quedó fija en el vacío, con los pensamientos atrapados en algo que no quería nombrar.

Mi mandíbula se tensó mientras mordía el cucurucho con más fuerza de la necesaria.

¿Qué era lo que más me molestaba? ¿El hecho de que Giovanni se hubiera encariñado tan rápido con Chiara? ¿O el hecho de que, por un instante, yo también quise que formara parte de aquel momento en la plaza?

Porque eso fue lo que pasó, ¿verdad?

Cuando Giovanni preguntó si ella podía jugar con nosotros, algo dentro de mí dudó antes de negarme. Algo pequeño, casi insignificante. Pero real.

Suspiré con fuerza, frotándome la frente. Giovanni, ajeno al torbellino en mi mente, me miró con esos ojos grandes y curiosos.

—Papà, ¿no te gusta tu helado?

—Está rico. —Parpadeé, volviendo al presente.

Él sonrió satisfecho y volvió a concentrarse en su helado. Lo observé en silencio. Parecía que fue ayer cuando lo tuve por primera vez en brazos, tan pequeño, tan frágil.

La primera vez que Gio probó un helado, aún era un bebé regordete y sonriente, con los ojos llenos de curiosidad y los deditos manchados de chocolate. La risa que soltó al descubrir aquel sabor frío y dulce me hizo sentir algo indescriptible.

Entonces Camila lo tomó en brazos, besó su cabecita y dijo que era lo más perfecto que había creado…

Y luego me amenazó con irse y no dejarme volver a verlo nunca más.

¡No sigas por ese camino, Ugo!

Pero era imposible no pensar. No recordar.

Respiré hondo, alejando esa memoria con un nudo incómodo en el pecho.

—¿*Papà*?

—¿Hum? —Levanté la mirada.

—Estás serio.

—Solo pensaba. —Parpadeé unas veces y forcé una sonrisa.

Giovanni frunció el ceño, pero enseguida volvió a distraerse con el helado.

No era nada.

Nunca más permitiría que otra mujer se acercara como lo hizo Camila. Nunca más dejaría que usaran mi amor por Giovanni para manipularme.

Terminé mi helado al mismo ritmo que Giovanni devoraba el suyo. Cuando miré a un lado, vi su carita llena de helado, los dedos pegajosos y una mancha de stracciatella derritiéndose por su muñeca.

—¡Mira cómo estás, *piccolo*! —suspiré.

—¡Me manché todo, *papà*! —Giovanni abrió una sonrisa traviesa, alzando las manos hacia mí.

—No me digas. —ironizé, sacando una servilleta y comenzando a limpiarle la cara.

Se rió, retorciéndose un poco, pero se quedó quieto lo suficiente como para dejarme terminar.

—Mejor así. —Le pasé una última servilleta por las manos y la tiré al cubo más cercano—. ¿Listo para irnos a casa?

—¿Puedo ir sobre tus hombros?

Ya debería saberlo.

Cada vez que volvíamos caminando a casa, Gio pedía subirse a mis hombros.

Aunque había crecido, seguía siendo lo bastante pequeño como para cargarlo sin esfuerzo.

—¡Vale!

Su sonrisa se ensanchó antes de escalar mi cuerpo con agilidad en cuanto me agaché, sujetándose con fuerza cuando lo levanté y acomodé sus piernecitas alrededor de mi cuello.

—¿Estás cómodo?

—¡Sí! —rió, aferrándose a la parte superior de mi cabeza—. ¡Vamos, caballito!

Resoplé, pero me levanté y comencé a andar, fingiendo pequeñas trotecitas como si fuésemos un caballo de verdad. Gio soltó una carcajada fuerte, y esa risa fue suficiente para aliviar parte del peso que llevaba en el pecho.

Al menos hasta que llegamos a casa.

Al alcanzar el porche, bajé a mi hijo con facilidad para que volviera al suelo. Giovanni corrió hacia la puerta, empujándola con entusiasmo antes de entrar.

—¡*Bisnonna*!

Lo seguí, pero cuando alcancé la entrada de la cocina, mi cuerpo se tensó al instante.

—¡Chiara! ¡Estás aquí! —la saludó Giovanni con euforia.

La incomodidad me golpeó como un puñetazo directo al estómago.

¿Qué diablos hacía esa mujer dentro de mi casa?

Mi mirada fue directa hacia Chiara. Estaba erguida en la silla, los hombros levemente rígidos, como si hubiera notado mi reacción al verla allí.

—Volvieron temprano… —*Nonna* cerró discretamente el álbum de fotos y luego miró a Giovanni con una sonrisa cálida, dando suaves palmadas en la silla a su lado—. ¡Llegaste justo a tiempo, *piccolo*! ¿Qué tal un baño antes de cenar?

Giovanni hizo un puchero, pero asintió, ya acostumbrado a la rutina establecida por su *bisnonna.*

—¿Puedo llevar mi dinosaurio?

—¡Por supuesto!

Gio salió disparado por el pasillo, desapareciendo hacia el baño antes de que pudiera llamarlo. Y entonces, la cocina quedó en silencio.

La mirada de Chiara se cruzó con la mía por un instante antes de desviarse hacia Nonna:

—Gracias por el té, Aurora. Ya me voy. —Se levantó, dejando la taza sobre la mesa con delicadeza.

—Oh, querida, no hace falta que te vayas con prisa. —Aurora nos miró a los dos, claramente notando el ambiente tenso.

—No quiero molestar. —Ajustó el tirante de su vestido y dio un paso hacia la puerta. Me hice a un lado para que pudiera pasar.

En cuanto *nonna* fue hacia el baño para atender a Giovanni, acompañé a Chiara hasta la puerta, pero la intercepté justo cuando salía al porche.

—Espera un momento.

Ella se detuvo. Pero no se giró para mirarme. Y por alguna razón, eso me irritó más de lo que debería.

—¿Qué es exactamente lo que quieres? —Mi voz salió baja, pero cargada.

—¿Perdón? —Se volvió hacia mí, frunciendo ligeramente el ceño.

—Primero te acercas a mi hijo. —Crucé los brazos, manteniendo la expresión impasible—. Y ahora estás dentro de mi casa con mi abuela, revisando el álbum de mi familia. ¿Qué estás tramando?

Parpadeó, como si no pudiera creer lo que estaba insinuando.

—¡Tienes que estar bromeando!

—No suelo bromear con este tipo de cosas.

Chiara finalmente me miró, y lo que vi en sus ojos me tomó por sorpresa. No era rabia explosiva. Ni irritación exagerada. Era algo más silencioso… dolido. Como si mis palabras la hubieran herido más de lo que pretendía.

Pero tragó saliva y alzó el mentón, manteniendo la compostura.

—Estaba allí por Aurora. No por ti.

—No sé cuáles son tus intenciones, pero...

—¡Dios mío! ¿De verdad crees que todo gira en torno a ti? —Me interrumpió con una risa incrédula, pasándose una mano por el rostro antes de encararme con firmeza—. Le ofrecí ayuda a tu abuela porque le dolía la espalda. Pasé tiempo con ella porque quise. Porque fue agradable. No porque esté tramando algún plan maestro para meterme en tu vida.

Abrí la boca, pero me quedé sin argumentos. Y entonces continuó:

—No te preocupes, señor Romano. Ahora que veo que mi presencia te molesta tanto, tendré cuidado de mantenerme alejada. —Chiara se dio la vuelta y salió apresuradamente hacia la pensión, los hombros rígidos, el paso firme.

Quise llamarla.

Quise decirle que estaba exagerando.

Pero la verdad era que… no sabía cómo lidiar con esta cosa entre nosotros.

Me quedé allí parado, observándola desaparecer por la entrada de la pensión, y todo lo que quedó fue una rabia sin nombre ardiendo en mi pecho, y no sabía cómo arrancarla de dentro de mí.

¿Qué coño es esto?

Chiara Bianchi acababa de aparecer en mi vida y parecía estar colándose cada vez más en mi mente...

Y simplemente no podía evitarlo.





CAPÍTULO 10

El vapor de la olla subía lentamente, llenando la cocina con el aroma familiar de salsa de tomate fresco y albahaca. Era un olor que solía reconfortarme, pero hoy, todo lo que sentía era el peso incómodo de la culpa acumulándose sobre mis hombros.

Nonna estaba de espaldas a mí, removiendo la salsa con esa paciencia suya, como lo hacía cada noche. Su cuerpo se movía con la naturalidad de quien repitió aquel ritual durante años, pero noté la rigidez en sus hombros. La misma rigidez que Chiara percibió. La misma que la llevó a ofrecer ayuda.

Y yo la traté como a una intrusa.

Suspiré con fuerza, bajando a Giovanni de mis brazos para que se sentara en una de las sillas.

Mi hijo estaba de buen humor, completamente ajeno a la tormenta que me sacudía por dentro.

—*Papà*, ¿puedo contarle a la *bisnonna* lo del partido en la plaza? —me preguntó con los ojos brillantes de emoción.

—Claro, hijo.

—Parece que habéis tenido una tarde animada —dijo Aurora girándose hacia nosotros con una sonrisa cálida.

—¡Fue genial! ¡Metí un gol! Y ¿sabes quién también estaba allí, *bisnonna*?

Sabía perfectamente a quién iba a mencionar.

—¡Chiara! —siguió Giovanni, gesticulando con entusiasmo—. Estaba allí y habló conmigo. Y luego llegó papà y…

Se detuvo un instante, mirándome como si dudara si continuar o no. Entonces simplemente sonrió y volvió a jugar con los cubiertos.

Nonna, sin embargo, notó la vacilación. Sus ojos se posaron en los míos, evaluándome con esa mirada que siempre sabía que había algo más bajo la superficie.

—Chiara parece una joven encantadora. —dijo con naturalidad, aunque algo en su tono me puso en alerta.

Apreté la mandíbula.

—*Nonna*, usted nunca ha traído huéspedes a casa.

Ella arqueó las cejas, como si mi comentario fuese casi absurdo.

—Eso es verdad. Pero nunca tuve una huésped que se preocupara por mí al punto de ofrecerme ayuda al verme incómoda.

Me pasé la mano por la cara, sintiendo un nudo formarse en el estómago.

—Entonces fue usted quien la invitó.

—Por supuesto. —cruzó los brazos—. ¿Qué creías? ¿Que se coló a escondidas?

No respondí. Porque, en el fondo, eso era exactamente lo que había pensado.

Nonna soltó un suspiro pesado.

—Ugo, hijo, tienes que entender que no todo el mundo viene con dobles intenciones. Chiara fue amable. Solo eso.

Lo sabía. Lo veía. Pero aun así, me incomodaba.

—Es una huésped, *nonna.* Gio no puede encariñarse con alguien que se marchará.

—Tiene cinco años. —replicó, negando con la cabeza—. ¿Sabes lo que pasa cuando un niño de esa edad se encariña con alguien? Aprende. Crece. Y recuerda lo que fue bonito, no lo que fue temporal.

Guardé silencio ante un argumento tan contundente. *Nonna* se giró de nuevo hacia la olla, su voz más baja, más cuidadosa:

—No puedes mantenerlo cerrado al mundo, Ugo. Y tampoco puedes cerrarte tú.

Estaba cansado de oír eso.

Pero el cansancio no venía de la repetición.

Venía del hecho de que, en el fondo…

sabía que tenía razón.

—¿Chiara te ha dicho a qué se dedica? —intenté cambiar de tema, aunque me di cuenta de inmediato de que seguía poniendo a Chiara como el centro de nuestra conversación.

Aurora soltó una risita suave, como si supiera exactamente lo que yo estaba intentando hacer y notara lo inútil de mi intento.

—Sí. Se dedica al mercado financiero. Pero antes de eso, trabajó como masajista terapéutica. Dijo que pagó la universidad así.

—¿Masajista? —arqueé una ceja.

—Y por eso supo exactamente dónde presionar en mis músculos para aliviar el dolor. ¡Qué manos de ángel tiene esa ragazza!

Entrecerré los ojos, dándole vueltas a la información.

Chiara Bianchi. Finanzas. Masajista.

Nada tenía sentido. Y al mismo tiempo, todo en ella parecía sacudir mis cimientos.

—Chiara es distinta de… ya sabes quién. —comentó *nonna*, y supe que estaba observando mi expresión reflejada en la ventana.

—Eso no importa.

—No, no importa. Pero aun así… parece que ocupa tu mente.



Más tarde, después de una ducha caliente y una pequeña guerra de almohadas entre los dos, Giovanni por fin se quedó dormido.

Acomodé las sábanas sobre su cuerpecito y me senté al borde de la cama, observando cómo sus largas pestañas descansaban sobre sus mejillas redondeadas. Pasé la mano por sus rizos desordenados y solté un suspiro cansado antes de apagar la luz de su habitación y dirigirme a la mía.

Me quité la camiseta y me tumbé en la cama, sintiendo cómo el peso del día se acumulaba sobre mis hombros.

Me había equivocado con Chiara. La juzgué mal. Y ahora, no podía dejar de pensar en la forma en que me miró cuando la acusé de haber invadido mi casa. Esa herida silenciosa.

Cerré los ojos, intentando apartarla de mi mente. Pero fue inútil.

Odiaba estar equivocado.

Pero lo que más me molestaba... era haber sido injusto.



El sueño empezó de forma sutil.

Estaba boca abajo, el rostro hundido en la almohada, el cuerpo pesado y relajado como si flotara. Manos cálidas y suaves deslizaban por mis hombros desnudos, trabajando cada músculo con precisión. La sensación era tan intensa, tan vívida, que un suspiro bajo se escapó de mi garganta.

—Llevas demasiada tensión, signore —su voz llegó baja, cerca de mi oído.

Chiara.

Supe que era ella antes incluso de abrir los ojos. El aroma cítrico y dulce, el toque firme y al mismo tiempo cuidadoso, el tono suave cargado de algo más…

Mi respiración se volvió más pesada al sentir sus dedos bajar por mi espalda, sus pulgares presionando cada punto de tensión

hasta llegar a la base de mi columna.

—Tienes que aprender a soltar el control… —murmuró, casi divertida.

Las sábanas desaparecieron. De repente, mi cuerpo estaba expuesto al aire tibio, y el masaje se transformó en otra cosa. Más lento. Más íntimo.

Sus manos se deslizaron por mis caderas y pronto estaban en mi abdomen, incitándome a girar. Lo hice sin dudar, los músculos respondiendo antes que mi mente.

Y entonces, estaba ahí. Arrodillada a mi lado, sus ojos clavados en los míos. Su cabello caía suelto sobre los hombros, los labios entreabiertos, y el vestido liviano que llevaba… ya no estaba. Solo piel desnuda. Suave. Perfecta.

Mi erección era pesada, dura, apretando contra mi abdomen.

Chiara pasó la yema de los dedos por mi vientre, subiendo hasta el pecho. Sus ojos oscuros brillaban con hambre contenida. Ella deseaba esto tanto como yo.

—Déjate llevar, Ugo... —susurró, acercando los labios a mi piel.

Su mano descendió hasta envolverme con firmeza.

Un gemido grave se me escapó cuando la sentí moverse sobre mí. Lento. Provocador. Su pulgar acarició la punta sensible, esparciendo el pre-semen que ya se acumulaba.

—Chiara… —su nombre salió de mí en un susurro ahogado, cargado de necesidad.

Ella sonrió. Apenas una curva en sus labios. Luego se inclinó hacia mí, los labios peligrosamente cerca de mi ombligo.

Y justo cuando iba a tomarme con la boca, el sonido de mi propio gemido me arrancó del sueño.

Desperté jadeando, el corazón golpeando con fuerza contra mi pecho. Mi polla seguía dura, pulsante, atrapada en la tela húmeda de mis boxers.

—Carajo…

Me incorporé de golpe, caminando al baño antes de hacer una estupidez.

El agua fría cayó sobre mi piel, pero no logró enfriar el fuego que ardía en mi interior. Apoyé la frente en los azulejos, jadeando. Mi mano bajó instintivamente, envolviéndome con fuerza.

El recuerdo de Chiara seguía tan vivo que dolía.

Me masturbé en silencio, los dedos apretando la base y deslizándose hasta la punta. Mi respiración se volvió errática, el cuerpo entero rígido, hambriento. No debía pensar en ella así. Pero pensar en otra cosa era imposible.

Cuando me corrí, lo hice con su nombre atascado en mi garganta.



Desperté con la incómoda sensación de que necesitaba corregir las cosas con Chiara. Había sido un imbécil la noche anterior, y ella no merecía eso.

Pero a medida que pasaban las horas y la rutina en la posada seguía su curso, me di cuenta de que no la había cruzado ni una sola vez.

En el desayuno, no apareció ni en el salón ni en el jardín. Tampoco en el almuerzo. Incluso durante la tarde, cuando fui a la recepción para revisar algunas reservas, no hubo señal de ella.

—¿Has visto a la señorita Bianchi hoy? —pregunté casualmente a Marcello, intentando sonar despreocupado.

—¿La estás buscando? —Él alzó las cejas, con una sonrisa apareciendo en sus labios.

—Solo quiero saber si la huésped está bien instalada.

Marcello rió suavemente, sacudiendo la cabeza.

—No la he visto. Pero tal vez haya salido a explorar la ciudad. ¿No es eso lo que hacen los turistas?

Fruncí los labios, molesto con la respuesta.

Nonna tampoco la había visto. Giovanni preguntó por ella, pero al darse cuenta de que no la encontraría, volvió a jugar sin preocuparse demasiado.

Sin embargo, algo en mí sí se preocupaba.

Me importaba más de lo que debería.

Al final del día, cuando la incertidumbre comenzó a consumirme, fui a la recepción y verifiqué el sistema. No había ningún checkout. Ningún movimiento en el registro de su habitación. Así que todavía estaba hospedada en la posada.

Eso significaba que realmente estaba tomando en serio lo que dijo la noche anterior... manteniendo distancia.

Pasé las manos por mi cabello, frustrado. Debería sentirme aliviado. Chiara no estaba intentando infiltrarse en mi vida, como insinué. Intenté ignorar la incomodidad causada por la culpa, convenciéndome de que era mejor así.

Pero entonces, ¿por qué esta maldita incomodidad no desaparecía de mi pecho?



Desperté inquieto.

Incluso después de una noche mal dormida, con los sueños aún impregnados bajo mi piel, mi mente se dirigía a un único pensamiento:

¿La veré hoy?

Pero a medida que las horas pasaban, me di cuenta de que no.

Otra mañana transcurrió sin que Chiara apareciera en el jardín para el desayuno.

Nonna hizo un comentario sobre cómo las reservas de la posada estaban estables para el final de la temporada, y aunque la escuchaba, mi atención estaba dispersa.

La tarde anterior aún intenté convencerme de que ella simplemente estaba respetando los límites que yo mismo impuse.

Pero ahora... algo se sentía mal.

Chiara no era el tipo de mujer que pasaba desapercibida.

No solo por su apariencia, sino por la forma en que se movía por los espacios, como ocupaba un ambiente con esa presencia fuerte y, al mismo tiempo, elegante.

Y aun así, nadie la había visto.

Ni siquiera *nonna.*

—¿Estás bien, Ugo? —preguntó Marcello mientras traía una bandeja de frutas a la oficina de la posada, sus ojos evaluando mi expresión—. Pareces un león enjaulado.

—Estoy bien —respondí seco.

—Ah, claro. —Se rió bajo, como si no creyera ni por un segundo—. Y esto no tiene absolutamente nada que ver con cierta huésped, ¿verdad?

No respondí. Solo me levanté de la mesa y salí.

Había cosas que requerían mi atención ese día.

La administración de la *Gelateria* y del *Café Romano*... las cuentas del mes.

Pero, de alguna manera, entre una tarea y otra, me encontré vagando por Sorrento, yendo a lugares donde nunca pensé que estaría.

Caminé por las calles de piedra con un propósito oculto.

Cada esquina y pequeño establecimiento que normalmente pasaría por alto, ahora recibía una mirada detenida.

Como si, en cualquier momento, Chiara fuera a aparecer.

Pero no apareció.

Ninguna visión fugaz de su cabello castaño ondeando al viento.

Ninguna risa suave entre los turistas, ni presencia perceptible en las calles concurridas.

Y eso comenzó a molestarme más que cualquier otra cosa.

Al final de la tarde, regresé a casa con un peso extraño en el pecho.

—Llegaste temprano —comentó *nonna*, colocando una bandeja sobre la mesa de la cocina. El olor a pan recién horneado llenó el ambiente, pero esta vez, no trajo ningún consuelo.

—¿Cómo fue el día? —pregunté, intentando sonar indiferente mientras arrastraba una silla.

—Tranquilo —se secó las manos en el delantal antes de soltar un pequeño suspiro—. Pero me pareció raro…

—¿Qué cosa? —La nuca se me tensó antes incluso de que continuara.

—Chiara desapareció.

—¿Cómo que desapareció? —Todo mi cuerpo se puso rígido.

Nonna se volvió hacia mí, sus ojos evaluando mi reacción con atención.

—El servicio de limpieza pasó por la mañana y sus pertenencias todavía están en la habitación. Pero nadie la ha visto desde ayer.

Mi corazón se saltó un latido.

Dos días sin que nadie la viera.

Esa mala sensación en el fondo del estómago se intensificó.

Esto no era solo que ella me estuviera evitando.

¡Algo andaba muy mal!

Antes de que cualquier razonamiento pudiera hacerme dudar, ya estaba agarrando mi chaqueta y saliendo por la puerta.





CAPÍTULO 11

Mis pasos eran firmes, los hombros tensos por la presión mientras cruzaba el vestíbulo de la posada rumbo a la salida. Estaba listo para tomar el coche y recorrer Sorrento detrás de esa mujer, como un maldito loco.

Pero antes, un último impulso me hizo detenerme en la recepción.

—¿Alguien ha visto a Chiara Bianchi hoy? —Mi voz salió firme, pero lo suficientemente baja como para no llamar la atención.

La recepcionista frunció el ceño, consultando rápidamente el sistema.

—No, *signor* Romano. No hubo ningún registro de entrada o salida desde anteayer.

Eso solo reforzó el malestar en el fondo de mi pecho.

—¿Dejó algún contacto al registrarse?

La mujer asintió y tecleó unas palabras antes de pasarme una pequeña ficha con los datos de la reserva. Mis ojos se posaron en el número de teléfono. Un código italiano. Probablemente un chip temporal.

Tomé el celular y guardé el contacto antes de devolver la ficha y salir con pasos apresurados.

Pero justo al llegar a la puerta, algo me detuvo.

¡Allí estaba ella!

Chiara caminaba por la acera, rodeada de un pequeño grupo de personas: dos parejas y un hombre solo. Conversaban animadamente, riendo de algo, y la forma en que ese tipo la miraba hizo que algo desagradable se revolviera dentro de mí.

Mi mandíbula se tensó.

Dos días enteros preocupándome, imaginando todos los escenarios posibles, y ella estaba allí, sonriendo como si nada hubiera pasado. Como si su ausencia no hubiera dejado un maldito rastro de caos dentro de mí.

Vi cuando se despidió de los otros en inglés, con una sonrisa relajada en los labios, y comenzó a subir los escalones de la posada. Pero antes de que pudiera pasar por la puerta, bloqueé su camino.

Chiara se detuvo bruscamente, sorprendida por mi presencia.

—¿Ugo? —La forma en que dijo mi nombre, con una leve confusión en la voz, solo me irritó más.

—¿Dónde demonios estabas? —Solté, tomándole la muñeca antes de que pudiera esquivarme.

Sus ojos se abrieron un segundo antes de entrecerrarse, y trató de soltarse, pero yo sujeté con fuerza.

—Suéltame. —Su voz ahora era baja, una advertencia cargada de irritación.

Debía soltarla. Sé que debía. Pero no pude.

—Desapareciste por dos días sin avisar a nadie.

—No sabía que tenía que rendirte cuentas de mis pasos.

—Cuando te hospedas en un lugar y desapareces sin dejar aviso, ¡sí, debes hacerlo! —Mi voz salió baja, pero afilada—. Si te hubiera pasado algo, nadie habría sabido dónde buscarte.

—Vaya, qué ironía. ¿Ahora sí te importa? —Soltó una risa incrédula.

—¿Qué demonios significa eso?

—Significa que estabas muy ocupado acusándome de invadir tu casa, pero ahora actúas como si fueras mi guardián. —Chiara se acercó, la mirada desafiante clavada en la mía—. Soy una mujer adulta, Ugo. Tenía mi teléfono y mi familia sabía exactamente dónde y con quién estaba. Eso es más que suficiente.

—La recepción de la posada también debería haberlo sabido.

—Mis quince noches están pagadas, no tengo ninguna deuda aquí. Decidí hacer un pequeño tour por la Costa Amalfitana con un grupo de turistas, y tú no tienes nada que ver con eso.

Cada palabra suya era una puñalada en mi orgullo.

Estaba acostumbrado al control.

A saber dónde estaban Giovanni y mi nonna, qué hacían mis empleados y todo lo que pasaba a mi alrededor. Pero Chiara era como arena escurriéndose entre mis dedos... Incontrolable.

¿Y lo peor de todo? Que tenía razón.

Pero admitirlo… jamás.

—¿Así que te gusta esto, eh? —Incliné un poco el rostro, mi voz casi un gruñido—. ¿Dejar a la gente preocupada mientras tú te

diviertes por ahí?

—¡Ah, por favor! —Tiró de su brazo con fuerza, y esta vez la solté. Sus ojos ardían, la respiración agitada—. ¡Eres tan hipócrita, Ugo!

—¿Qué quieres decir con eso?

—Me apartas, me acusas, me tratas como si no valiera nada. Pero en cuanto crees que puedes perder mi atención, actúas como si tuvieras algún derecho sobre mí.

—No te creas tan importante, signorina Bianchi —me acerqué instintivamente, como si necesitara esa cercanía para tomar ventaja en la discusión.

Ella soltó una risa corta y afilada.

—Curioso… porque parece que soy lo bastante importante como para desordenarte la cabeza.

Guardé silencio un instante, y fue un error. Porque en el segundo siguiente, Chiara inclinó la cabeza y murmuró, casi como una sentencia:

—Tú me deseas. Pero en lugar de lidiar con eso, prefieres tratarme como enemiga.

Mis músculos se tensaron.

Porque tenía razón.

¡Y eso me enfurecía aún más!

Su respiración estaba tan acelerada como la mía. Nuestros cuerpos demasiado cerca. La tensión entre nosotros era densa... eléctrica. Fue entonces que los dos comprendimos que esta discusión ya no era solo sobre lo que pasó.

Era sobre todo lo que aún podría pasar.

Y eso… eso era peligroso. Muy peligroso.

Chiara me miraba como esperando una reacción. Como si quisiera verme admitir aquello que yo mismo me negaba a aceptar. Mi sangre aún hervía, pero ya no era solo ira. Era algo más... visceral.

—No sabes de lo que estás hablando —mi voz salió áspera, pero ni yo mismo creí en esas palabras.

Sus labios se curvaron levemente, como si acabara de ganar un juego que yo ni siquiera sabía que estábamos jugando.

—Claro, Ugo —dio un paso atrás, rompiendo la cercanía sofocante entre nosotros—. Sigue convenciéndote de eso.

Mis dedos se cerraron al lado del cuerpo.

Debería dejarla ir.

Darme la vuelta y seguir la noche sin importarme.

Pero Chiara Bianchi tenía el maldito talento de meterse bajo mi piel y clavar sus garras ahí.

—Desapareciste por dos días enteros y vuelves como si nada, acompañada de un hombre que te miraba como si quisiera llevarte a la cama. ¿Y el equivocado soy yo por preocuparme?

—¡Eres increíble! —sus ojos se entrecerraron, y soltó una risa seca, negando con la cabeza.

—¿Lo soy?

Cruzó los brazos, los ojos ardiendo en los míos.

—¿Qué es exactamente lo que te molesta, señor Romano? ¿El hecho de que me fui sin avisar o el hecho de que me divertí?

La pregunta golpeó fuerte. Mi mandíbula se tensó aún más, y la verdad que amenazaba con salir quedó atrapada en mi garganta.

—¡No digas estupideces!

—¡Claro! Ahora la estúpida soy yo —exhaló, claramente frustrada—. Déjame adivinar: el problema no fue que me fui, sino que no me quedé aquí, deprimida, llorando porque me trataste como basura la otra noche.

Me quedé en silencio.

Porque eso era.

Por más que lo negara, una parte irracional de mí quería que Chiara se hubiera quedado. Que pensara en mí tanto como yo pensé en ella.

Pero no lo hizo. Siguió adelante, conoció gente nueva, se divirtió.

Y odié eso.

—No te preocupes, señor Romano —Chiara dio otro paso atrás, los ojos aún fijos en los míos—. Ya aprendí la lección. No suelo cometer el mismo error dos veces. Voy a seguir manteniendo distancia.

Se dio la vuelta para irse, pero mi cuerpo reaccionó antes de que pudiera detenerlo. Sujeté su brazo de nuevo, no con fuerza, pero sí con la firmeza suficiente para que se detuviera.

—¿De verdad crees que puedes mantener distancia?

Chiara se tensó.

Vi cómo su respiración vaciló. Cómo sus labios se separaron apenas, como si su cuerpo traicionara la seguridad de sus palabras.

—¿Acaso tengo opción? Dejaste bien claro tu desprecio. —El brillo en sus ojos, la respiración aún irregular, la forma en que sus dedos estaban cerrados con fuerza al lado del cuerpo, como si intentara contenerse...

Ella quería creer que podía alejarse.

Pero los dos sabíamos que no era tan sencillo.

La solté despacio, los dedos deslizándose por su piel suave hasta separarse por completo.

—Buena suerte con eso —mi voz salió baja, cargada de desafío.

Chiara apretó los labios, las fosas nasales inflándose levemente, como si reuniera cada gramo de autocontrol dentro de sí.

Y entonces, sin decir una palabra más, se dio la vuelta y se fue.

Me quedé ahí, observándola alejarse con pasos firmes, la espalda erguida... como si no llevara ninguna duda por dentro.

Pero yo lo sentía.

Al igual que ella, sentía ese magnetismo palpitando en el aire entre nosotros.

Y eso… eso estaba empezando a volverme loco.

El aire fresco de la noche no hizo nada para aliviar la tensión en mi pecho.

Caminé sin rumbo por las calles de Sorrento, las luces cálidas de los faroles proyectando sombras a mi alrededor. Mis manos permanecían cerradas junto al cuerpo, como si aún sintieran el calor de la piel de Chiara.

Debería estar satisfecho. Ella dejó claro que mantendría la distancia. Dijo exactamente lo que yo quería oír.

Entonces, ¿por qué demonios no sentía ningún alivio?

Pasé las manos por el cabello, soltando un suspiro frustrado. Necesitaba despejarme. Limpiar mi cabeza antes de hacer una estupidez.

Mis pies me llevaron hasta un pequeño bar junto a la marina, un lugar discreto, frecuentado más por locales que por turistas. Un suave jazz sonaba de fondo, y algunas personas conversaban en mesas dispersas por el ambiente acogedor.

—¡Romano! —el dueño del bar, Enzo, levantó la mano al verme entrar—. Hace tiempo que no apareces por aquí.

—He estado ocupado.

—Siempre ocupado. —Rió en voz baja mientras secaba un vaso detrás de la barra—. ¿Qué va a ser hoy?

—Algo fuerte. Lo que sea. —Me senté en uno de los bancos altos, dejando caer el peso del cuerpo.

Enzo arqueó una ceja, pero no comentó nada. Simplemente sirvió un vaso de whisky y lo deslizó hacia mí. Tomé el vaso y lo llevé a la boca, sintiendo el líquido caliente descender por mi garganta, quemando de una forma familiar.

No solía beber con frecuencia. Nunca me gustó perder el control, y el alcohol lo hacía. Pero solo por hoy… necesitaba un respiro. Sin responsabilidades. Sin preocupaciones.

Sin Chiara Bianchi ocupando cada maldito rincón de mi mente.

Esa era la mentira que intentaba contarme mientras giraba el vaso entre los dedos, observando el ámbar del whisky reflejar las luces suaves del bar. Pero era inútil. Porque incluso allí, rodeado por el murmullo apagado de las conversaciones y el jazz tranquilo de fondo, todo lo que resonaba en mi cabeza era el timbre cortante de su voz.

"Tú me deseas. Pero en lugar de lidiar con eso, prefieres tratarme como enemiga."

Solté una risa corta e irónica, llevándome el vaso a los labios para un trago más largo.

¡Maldita mujer!

Nunca debería haberme cruzado con ella. Nunca debería haberme dejado afectar por esta cosa que nos arrastraba como una tormenta inevitable.

Pero ahora...

¡Ya era demasiado tarde!





CAPÍTULO 12

Entré en la habitación y cerré la puerta detrás de mí, soltando un largo suspiro. Mi pecho aún subía y bajaba en un ritmo irregular, y mis hombros estaban tensos, como si cada músculo de mi cuerpo siguiera reaccionando al maldito enfrentamiento con Ugo Romano.

—¿Cómo puede sacarme de quicio de esa manera?

Aún sentía el calor de su mano alrededor de mi muñeca, el peso de esa mirada cargada de algo que él se niega a admitir. La proximidad asfixiante, la electricidad en el aire, la forma en que su respiración se detuvo cuando lo provoqué...

Me pasé las manos por el rostro, frustrada.

Había salido a ese paseo precisamente para darnos un respiro. Después de lo que ocurrió en su casa la otra noche, cuando me trató como si hubiera cometido un crimen solo por preocuparme por la salud de su abuela, comprendí que quedarme allí solo acumularía más resentimiento.

Estaba decidida a irme.

Había tomado el celular para buscar otra posada cuando vi la notificación de una aplicación de viajes sobre un tour por la Costa

Amalfitana. Un grupo reducido, con un guía experimentado, paradas estratégicas en Positano, Amalfi y Ravello… La idea me pareció perfecta.

Si me iba de Sorrento en ese momento, tendría que llevar conmigo la frustración y la rabia. Pero si me permitía dos días lejos de ese hombre, tal vez volvería con la cabeza más fría.

Tal vez volvería más indiferente.

¡Ilusión!

Porque ahora que había vuelto, todo lo que sentí al verlo en la puerta de la posada fue una explosión de irritación. Ugo me detuvo en medio de la entrada como si tuviera algún derecho sobre mí. Como si le debiera explicaciones. Como si no fuera él el único culpable de que yo hubiera decidido alejarme.

Y lo peor...

Una parte perversa de mí disfrutó de la forma en que reaccionó al ver que no pasé los últimos dos días encerrada en la habitación, llorando por su comportamiento grosero.

¿Dolió verlo alterado? Sí. Y fue exactamente eso lo que me hizo mantener la postura erguida y alejarme antes de actuar por impulso y arrepentirme.

—Le afecto, Ugo Romano. ¡Ahora, que lo asimile!

Tiré mi bolso y la bolsa de compras sobre el sillón y me senté en la cama, respirando hondo. Mi cuerpo aún estaba levemente cansado del viaje, pero mi mente seguía acelerada.

Porque, por más que quisiera odiarlo, la verdad era que...

Durante todo el paseo, aunque estaba inmersa en la belleza que me rodeaba y en la compañía agradable del grupo, no podía evitar que mi mente volviera una y otra vez a las duras palabras de Ugo, a su mirada intensa, a la tensión palpable entre nosotros... Todo eso me perseguía, incluso mientras intentaba distraerme.

Mientras el sol se ocultaba sobre el Mediterráneo, tiñendo el cielo de tonos naranjas y rosados, me senté al borde de un acantilado, observando las olas romper suavemente contra las rocas. El murmullo constante del mar era tranquilizador, pero no lograba silenciar la tormenta dentro de mí.

¿Por qué Ugo me afectaba tanto? ¿Por qué, a pesar de su hostilidad, sentía esta atracción innegable? Suspiré, reconociendo que, por más que intentara huir, no podría escapar de los sentimientos contradictorios que él despertaba en mí.

Con el corazón pesado y la mente revuelta, sabía que al regresar del paseo tendría que enfrentarlo de nuevo.

Pero por dos días me permití que la belleza de la Costa Amalfitana me envolviera, ofreciendo un breve refugio de las emociones que él provocaba.

Solo que ahora, todo había salido a la superficie otra vez.

Y no sabía qué hacer.

—Tal vez sea mejor que me vaya...

El celular vibró a mi lado en la cama, y la pantalla se iluminó con un nombre familiar: Giulia, mi hermana mayor.

Solté un suspiro antes de contestar la videollamada, arreglándome el cabello como pude y tratando de parecer menos alterada de lo que realmente estaba.

—¡Por fin una llamada! —Giulia abrió una sonrisa amplia al otro lado de la pantalla, su rostro iluminado por la luz suave de su departamento en São Paulo.

—Pensé que te habías olvidado de que tienes una hermana.

—¡Ay, por favor! —Rodé los ojos con una pequeña risa. —Nos hablamos por mensaje todos los días.

—Pero no es lo mismo. ¡Quiero saber los detalles! Las fotos que mandas son increíbles, pero necesito relatos reales. ¿Cómo va ese viaje de ensueño?

—Increíble. —Mi respuesta fue automática, pero Giulia no se lo tragó. Sus ojos se entrecerraron ligeramente, evaluando mi expresión.

—Ajá… claro.

—¿Qué?

—Esa cara no es de alguien que está viviendo días increíbles.

—Estoy cansada. —Intenté disimular, pero la verdad es que mi hermana me conocía demasiado bien como para que pudiera ocultarle algo, aunque siempre tratara de hacerlo cuando se trataba de asuntos muy íntimos.

—¿Cansada, eh? Ya… —Se recostó en el sofá, cruzando los brazos. —Chiara, te conozco. ¡Dime ya qué pasó!

Pensé en mentir, pero luego solté un suspiro derrotado y me rendí. Tal vez fuera bueno tener la opinión de alguien desde afuera, mirando todo desde otra perspectiva.

—Hay un hombre. —Mordí mi labio inferior.

—¡Lo sabía! —Los ojos de Giulia se agrandaron al instante, y una sonrisa traviesa apareció en su rostro. —Ahhh, ¡lo sabía! ¡Cuéntamelo todo!

Apenas había llegado a Italia y ya estaba confesando a mi hermana sobre un hombre que, en cuestión de días, había puesto mi mundo patas arriba.

Algo que nunca me había pasado antes.

Y entonces simplemente solté todo lo que tenía guardado dentro de mí. Desde el encanto hasta la rabia. Y al final, entré en completa negación.

—Pero no es nada de lo que estás pensando. —Entrecerré los ojos, ya previendo a dónde iría esto.

—Chiara, la última vez que mencionaste a un hombre en cualquier conversación nuestra fue… —Hizo una pausa dramática. —¡Nunca!

Bufé, apartando la mirada. Tenía razón. Nunca le contaba nada sobre mis relaciones, ni las casuales ni las que podrían haber sido algo serio.

Giulia ni siquiera sabía lo que me había hecho renunciar al trabajo y dejarlo todo en Brasil. Nadie lo sabía, excepto yo.

—No es tan interesante.

—¡Claro que lo es! ¡Me estás diciendo que hay un italiano guapísimo que te tiene confundida, y quieres que crea que eso no es interesante?

—¿Guapísimo? —Cerré los ojos por un momento, sintiendo la frustración crecer. —¡Es imposible, Giulia! Grosero, arrogante,

mandón…

—Ahhh, conozco ese trope. —Hizo un gesto con los dedos. —*Hate to love*! Uno de mis favoritos.

Su lado lector de romances se activó.

—¡Dios mío!

—¿Cuál es el problema? —Rió. —Si la tensión sexual es tan grande, hay una manera muy sencilla de resolverla.

—¡Ni se te ocurra!

—Escucha, hermanita… —Giulia se inclinó más cerca de la pantalla, conspiradora. —Si ese hombre te afecta al punto de que necesitas desaparecer dos días, es porque la cosa se está poniendo intensa. Hay dos opciones: o te alejas de una vez y te vas sin remordimientos, o resuelves toda esa tensión acumulada entre ustedes como debe ser.

—¿Estás sugiriendo…?

—Lo estoy. —Sonrió con picardía. —¡Empuja a ese italiano gruñón contra la pared y a ver qué pasa!

—Ugo Romano jamás cedería a sus deseos. —Reí sin humor, sacudiendo la cabeza. —Es demasiado orgulloso para eso.

—Todos los hombres ceden. —Guiñó un ojo. —Solo hay que saber apretar los botones correctos.

Quise reír, pero la verdad era que esas palabras se quedaron rondando en mi cabeza. Antes de que pudiera responder, Giulia continuó:

—Chiara, escúchame... Viniste a Italia para reencontrarte contigo misma, ¿verdad? Experimentar cosas nuevas... sentirte libre.

Asentí. Fue exactamente lo que le dije a ella y a papá cuando les conté mi decisión. Aunque omití lo que realmente me llevó a ese camino de reconexión.

—Entonces hazlo, hermanita. ¡Lánzate! Si ese hombre te irrita y te atrae al mismo tiempo, quizás es porque hay algo sin resolver. Descúbrelo y sigue adelante. Sin arrepentimientos.

¿Sería tan simple?

Especialmente después de nuestra última discusión...

No quería renunciar a mi razón solo porque ese hombre terco arruinaba mis bragas con una sola mirada intensa y enigmática.

Ugo tenía heridas emocionales que le impedían entregarse, incluso al más casual de los intereses. Después de lo que Aurora dejó entrever en nuestra breve conversación, sabía que cargaba cicatrices profundas.

Eso debería ser suficiente para mantenerme alejada.

Y eso era exactamente lo que estaba tratando de hacer... ¿o no?

—Te quiero, ¿sí? —Esa fue mi forma sutil de agradecer y terminar el tema sin más rodeos.

Giulia entendió el mensaje.

—También te quiero. —Sonrió.

Mi hermana siempre fue más desprendida que yo en asuntos del corazón. Tal vez por eso su marido le pidió matrimonio semanas después del primer beso... ¿Cuánto fue eso? ¡Siete años ya!

Hasta papá estaba saliendo con alguien ahora, después de años solo tras la muerte de mamá.

—¡Sigue enviándome fotos y videos!

Después de unos minutos más de charla ligera, colgamos.

Me levanté, lista para darme una ducha, cuando una notificación apareció en la pantalla del celular.

Un número desconocido. Código de Italia.

Fruncí el ceño al abrir el mensaje:

"¿Qué tal una tregua? Hablemos."

Debajo, una ubicación en tiempo real.

Mis ojos se quedaron fijos en el mapa por unos segundos, antes de que una sonrisa se dibujara lentamente en mis labios.

Giulia tenía razón.

Quizás había llegado el momento de resolver esto de una vez por todas.





CAPÍTULO 13

El camino hasta la ubicación que Ugo me envió no fue largo, pero cada paso que daba parecía pesar más de lo debido.

Las calles estaban silenciosas a esa hora, bañadas por el brillo suave de los faroles antiguos, y el aire traía consigo el olor salado de la brisa nocturna, mezclado con el aroma sutil de vino y limón que escapaba de los restaurantes aún abiertos.

El mapa en mi celular indicaba que estaba cerca.

Cuando finalmente llegué a la dirección, levanté la vista hacia la discreta fachada. La luz amarillenta del cartel iluminaba la entrada de madera oscura.

Podría haberme dado la vuelta.

Pero no lo hice.

Mis sandalias de tacón bajo resonaron levemente al cruzar la entrada del bar.

El ambiente era pequeño, acogedor, con una iluminación tenue que volvía todo más íntimo. El suave sonido del jazz instrumental llenaba el espacio, y un puñado de clientes conversaba en voz baja, disfrutando de la noche sin apuros.

Y entonces lo vi.

Ugo estaba sentado en la barra, una pierna apoyada sobre el estribo del banco alto, un vaso de whisky descansando sobre la superficie de madera oscura.

La camisa blanca arremangada hasta los antebrazos y el peinado ligeramente desordenado delataban que ya se había pasado las manos por el cabello varias veces.

Parecía relajado.

Pero yo sabía que era solo una ilusión. La tensión en él era constante. Un hilo siempre estirado, a punto de romperse.

Caminé hacia la barra con pasos firmes, y Ugo levantó la vista en cuanto notó mi presencia. Su mirada recorrió mi cuerpo de forma involuntaria.

Algo brilló en sus ojos. Intentó disimularlo, pero lo vi. Era imposible ignorarlo.

Quizás por la manera casual en que sostenía el vaso, los dedos largos jugando distraídamente con el borde.

O quizás simplemente porque, incluso cuando parecía distraído, su presencia llenaba el lugar como si le perteneciera.

No dudé. Ignoré el escalofrío sutil que me recorrió la espalda al encontrarme con su mirada intensa, y le sonreí levemente, como si ese momento fuera solo una noche más entre conocidos.

Después de todo, era una tregua.

—*Buonasera*, Ugo. —Lo saludé, dejando que su nombre rodara suavemente por mi lengua. — ¿Alguna recomendación para beber?

Pareció dudar por un segundo, como si no esperara un acercamiento tan directo. Luego se apoyó de lado sobre la barra, su mirada deslizándose lentamente por mi rostro antes de responder.

—Si te gusta algo fuerte y tradicional, pide un *Limoncello Spritz*. Es lo que más se pide en Sorrento. —Su voz sonó un poco más ronca que de costumbre.

—¿*Limoncello Spritz*? —Repetí el nombre con ligera emoción, cruzando los brazos sobre la barra mientras dirigía la mirada al bartender.— Suena como una buena elección. Quiero uno, por favor.

Mientras el cóctel era preparado, sentí que Ugo me observaba. Sus ojos oscuros estaban fijos en los míos, evaluando cada movimiento con esa intensidad que hacía que el aire a nuestro alrededor se volviera más denso.

—No pensé que vendrías. —Rompió el silencio, su voz lo suficientemente baja como para que solo yo lo oyera.

—Y yo no pensé que tú me invitarías. —Repliqué en el mismo tono.

Soltó una pequeña risa, llevando el vaso de whisky a los labios.

—Tal vez quería probar un punto.

—¿Y qué punto sería ese?

Ugo inclinó levemente la cabeza, los ojos brillando con algo que no supe descifrar.

—A que no puedes resistirte a una provocación.

Mi corazón dio un pequeño salto, pero mantuve mi expresión serena mientras tomaba el vaso que el bartender acababa de dejar

frente a mí.

—Qué curioso... —Llevé el cóctel a los labios y saboreé la mezcla cítrica y refrescante del *Limoncello Spritz*.— Yo estaba pensando exactamente lo mismo de ti.

Él humedeció los labios y soltó el aire lentamente, como si luchara contra una sonrisa.

—¿Entonces esto es una prueba?

—Yo no. —Crucé las piernas lentamente, y vi cómo su mirada seguía el movimiento de manera instintiva.— Pero tú pareces bastante empeñado en eso.

—¿Y si lo estoy? —La mano de Ugo acarició el borde del vaso de whisky, el hielo tintineando suavemente contra el cristal.

Me incliné un poco hacia adelante, reduciendo la distancia entre nosotros.

—Entonces espero que estés preparado para perder*, signor* Romano.

Ugo me miró fijamente por un momento, como si estuviera decidiendo si responder a la provocación o dejarla pasar. Al final, soltó una pequeña risa nasal y negó con la cabeza.

—Tienes más confianza de la que deberías, *cara mia.*

La forma en que lo dijo, tan natural, tan sin pensar, encendió algo dentro de mí.

—No se trata de confianza. —Bebí un sorbo del cóctel, disfrutando el frescor del limoncello en la lengua.— Solo sé cuándo tengo razón.

—¿Ah, sí? —Alzó una ceja, inclinando ligeramente la cabeza.

—Sí. Por ejemplo… —Apoyé el codo en la barra y lo miré con un leve desafío en los ojos.— Sé que no sueles invitar a mujeres a "charlar" después de tratarlas como si fueran un problema.

Frunció los labios y bebió un trago de su whisky antes de responder:

—Tal vez fui algo precipitado.

—¿Precipitado? —Sonreí, divertida.— Qué forma elegante de decir que fuiste un imbécil.

Esta vez, Ugo soltó una risa baja, una risa genuina.

—¿Siempre eres tan directa? —Algo en él pareció relajarse un poco.

—Siempre. —Levanté el vaso en un brindis antes de beber otro trago.— Pero pensé que eso ya lo habías notado.

—Sí, lo noté. —Apoyó un brazo en la barra, su mirada aún fija en la mía. — No tienes pelos en la lengua.

—¿Y eso no te gusta?

Ugo giró el vaso entre los dedos, pensativo por un instante.

—No he dicho eso. —Su respuesta me hizo sonreír.

La verdad era que, detrás de esa fachada de tipo duro, le gustaba el reto. Le gustaba que alguien lo enfrentara sin miedo. Y a mí... me gustaba provocarlo.

—Entonces… —Cambié de tema, tomando uno de los palillos con aperitivos de la mesa.— Ahora que estamos oficialmente en tregua, ¿qué hacemos?

Ugo me observó por un momento, inclinándose un poco más hacia mí.

—Creo que lo primero sería hacer un brindis.

—Justo. —Levanté el vaso de nuevo, y él hizo lo mismo.— ¿Por qué brindamos?

Me miró de una manera que hizo que el estómago se me encogiera levemente.

—Por las treguas... y por lo que venga después de ellas.

Ugo bebió primero, su mirada aún clavada en mí, como si intentara descifrar exactamente qué estábamos haciendo allí.

Yo también me lo preguntaba.

Porque, en el fondo, ninguno de los dos había cambiado realmente de opinión. Él seguía pensando que yo era un estorbo en su vida. Y yo aún sabía que era un error involucrarme con un hombre como él.

Pero, aun así, estábamos allí.

—Bueno… —Apoyé la copa sobre la mesa, jugando con el tallo entre los dedos.— ¿Por qué un hombre como tú, que claramente necesita tener todo bajo control, decide llamar a una mujer como yo hasta aquí?

Él soltó una risa breve, como si no esperara la pregunta.

—Quizás me di cuenta de que no vas a desaparecer tan fácilmente como me gustaría.

—Ah, ¿entonces admites que te gustaría que desapareciera?

Humedeció los labios, su lengua rozando brevemente el borde inferior antes de responder:

—Al principio, sí.

—¿Y ahora? —Una de mis cejas se arqueó.

Ugo tardó un segundo más de lo necesario en responder.

—Ahora no estoy tan seguro.

La confesión quedó suspendida entre nosotros. No era una promesa. Ni una disculpa. Pero era lo más cerca que Ugo Romano estaría de admitir que yo le provocaba algo.

Y eso... hacía todo mucho más interesante.

—Sabes… —Crucé los brazos sobre la barra.— Realmente pensé en irme.

Ugo no reaccionó de inmediato. Solo inclinó un poco la cabeza, la mandíbula apretada, como si pesara cada palabra antes de hablar.

—Pero no lo hiciste.

—No. —Negué suavemente con la cabeza.— Todavía no.

Él asintió despacio, pensativo, antes de llevarse el vaso de whisky a los labios.

—¿Qué te hizo quedarte?

Guardé silencio por un momento, girando los hielos en mi trago mientras pensaba en la respuesta. Podría haber dicho que fue por la posada, por el pueblo, por el tour que hice...

Pero no era eso.

—Creo que aún no he terminado lo que vine a hacer aquí — suspiré con suavidad, encogiéndome de hombros.

—¿Y qué viniste a hacer exactamente? —Me observó con atención, como si intentara entender qué significaban mis palabras.

Sonreí levemente, levantando otra vez mi copa.

—Todavía lo estoy descubriendo.

Ugo mantuvo su mirada en mí unos segundos más, luego desvió la vista hacia su vaso, haciéndolo girar una vez más antes de murmurar:

—Creo que te entiendo.

El ambiente entre nosotros se sentía diferente ahora. Aún había algo allí, una tensión casi imperceptible. Pero la conversación fluía sin prisas, sin necesidad de provocarnos.

Quizás, por primera vez desde que nos conocimos, simplemente estábamos disfrutando del momento.

—¿Qué te trajo a Sorrento, Chiara? —Su voz tenía un matiz de interés genuino.

Ugo era perspicaz.

Yo aún no sabía con certeza a qué había venido a Sorrento, pero algo me impulsó a tomar la decisión de venir. Aunque la pregunta era parecida a la anterior, las respuestas eran completamente distintas, y él lo sabía.

Apoyé el codo sobre la barra, girando ligeramente la copa entre los dedos.

—Un nuevo comienzo —respondí con sencillez, pero con honestidad.

Ugo frunció ligeramente el ceño, como si mi respuesta no fuera suficiente para saciar su curiosidad.

—¿Qué había de malo en tu vida anterior?

Suspiré suavemente, sabiendo que la conversación estaba tomando un rumbo más personal de lo que esperaba.

—Creo que fue una cuestión de cansancio. Un agotamiento emocional, ¿sabes? —Fijé la vista en la bebida, observando las pequeñas burbujas que subían hasta la superficie.— Necesitaba un tiempo para mí misma, para redescubrir lo que realmente importa.

Él guardó silencio durante un momento, como si reflexionara sobre mis palabras. Luego, asintió lentamente.

—Entiendo lo que es necesitar un respiro —dijo al fin, su voz más baja.

—¿Y tú? —Me atreví.— ¿Qué te hace quedarte aquí, en Sorrento?

—Es todo lo que conozco. —Su respuesta fue rápida, pero cargada de un peso silencioso. Como si hubiera algo más que no estaba listo para compartir.

—¿Y Giovanni? —Insistí.— ¿Nunca preguntó por otros lugares? ¿Lugares a los que podrían ir?

Una pequeña sonrisa apareció en la comisura de sus labios.

—Gio tiene curiosidad por el mundo. Pero también sabe que Sorrento es nuestro hogar. —Pausó.— Necesita un lugar estable, donde pueda echar raíces.

Había algo noble en la forma en que hablaba de su hijo. Y por más que intentara mantener esa barrera inquebrantable a su alrededor, yo podía ver las grietas. El hombre que hacía de todo para proteger su corazón ya no parecía tan impenetrable.

El silencio que se instaló entre nosotros no fue incómodo, pero llevaba un peso sutil. Algo no dicho, que flotaba en el aire desde que me senté en ese taburete del bar.

Ambos sabíamos que la noche no terminaría allí.

Ugo soltó un largo suspiro y levantó la vista hacia mí, sus ojos oscuros evaluando cada detalle de mi rostro antes de tomar una decisión.

Lentamente, extendió la mano y tomó la mía.

Su toque fue firme, cálido. Sin prisa, sin titubeos.

—Ven conmigo.

No fue una orden, pero tampoco sonó como una súplica.

Era una invitación a algo que ninguno de los dos podía seguir negando.

Llamó al bartender con un gesto y pagó la cuenta, sin soltar mi mano en ningún momento.

Y entonces, sin decir nada más, me condujo fuera del bar.





CAPÍTULO 14

La noche en Sorrento era cálida, y la brisa salada que venía del mar traía consigo el aroma suave de las aguas tranquilas de la bahía. Ugo sostenía mi mano con firmeza, guiándome por las calles iluminadas solo por las luces amarillentas de los faroles y los letreros de las pequeñas trattorias que aún estaban abiertas.

No decíamos nada, pero la tensión entre nosotros era palpable. A cada paso, sentía la energía de su presencia junto a mí, como si algo a punto de estallar estuviera simplemente esperando el momento adecuado para suceder.

—¿A dónde vamos? —pregunté, rompiendo el silencio.

—Dijiste que viniste a Sorrento en busca de algo —respondió, sin mirarme—. Tal vez la respuesta esté aquí.

Fruncí el ceño, sin entender del todo qué quería decir, pero seguí caminando, sintiendo la textura de las piedras antiguas bajo las suelas de mis sandalias.

Minutos después, llegamos a la Marina Grande. El lugar era aún más hermoso de noche, con los pequeños botes anclados, balanceándose suavemente al ritmo del mar. La villa de pescadores

parecía dormida, salvo por uno que otro restaurante aún encendido, con algunas mesas ocupadas por parejas y grupos de amigos disfrutando del clima templado.

La arena clara se mezclaba con pequeñas piedras, y la luna reflejaba su luz sobre el agua calmada, creando un escenario que parecía sacado de un cuadro impresionista.

Ugo finalmente soltó mi mano cuando nos detuvimos cerca de un pequeño muelle de madera que se adentraba en el mar. Se recargó en la barandilla oxidada, cruzando los brazos sobre el pecho mientras observaba el paisaje frente a él.

—Solía venir aquí cuando era más joven —comentó, con la voz más baja de lo habitual.

—¿Solo? —pregunté, recostándome a su lado.

—A veces.

Sabía exactamente de quién no estaba hablando.

—Imagino que no fue fácil —dije suavemente.

Ugo permaneció en silencio por un momento, como si estuviera debatiéndose internamente sobre si debía continuar con ese tema o no.

—No. No lo fue. —Soltó un suspiro, desviando la mirada hacia el horizonte.— Pero la vida sigue, ¿no?

Asentí, comprendiendo más de lo que él imaginaba.

—¿Nunca pensaste en irte de aquí?

—¿Por qué? —Me miró de reojo.

—Porque a veces un lugar carga con demasiados recuerdos.

—Sorrento es mi hogar. —Desvió la mirada de nuevo hacia el mar, apretando la mandíbula.— Es donde está mi familia, donde Giovanni puede crecer con estabilidad.

Guardé silencio, reflexionando sobre su respuesta. No negó que el lugar cargara memorias, pero tampoco parecía dispuesto a dejarlo.

—¿Y tú? —preguntó de repente, sorprendiéndome—. ¿Qué te hizo elegir Sorrento para tu nuevo comienzo?

Pensé durante un momento antes de responder.

De la misma forma en que Ugo no se abría conmigo, yo tampoco me sentía lista para revelar más de lo necesario.

—Porque a veces, estar en un lugar completamente distinto nos ayuda a ver las cosas con más claridad.

Asintió, como si comprendiera que no diría nada más.

El silencio entre nosotros no era incómodo, pero sí cargado de un extraño peso. Algo se estaba acumulando allí, aunque fingíamos no notarlo. Hasta que Ugo giró el rostro hacia mí, sus ojos encontrando los míos de una forma que hizo que mi respiración se desacompasara.

—¿Tú crees que estás viendo las cosas con más claridad ahora? —La pregunta me tomó por sorpresa, pero al mismo tiempo, no.

Entendí perfectamente de qué estaba hablando. Y por más que intentara convencerme de lo contrario, yo sabía la respuesta.

—Algunas cosas, sí —admití—. Otras… todavía estoy intentando entenderlas.

Su mirada se deslizó lentamente por mi rostro, como si intentara descifrar lo que pasaba dentro de mi cabeza.

—¿Y yo? —Su voz salió más ronca, más baja—. ¿En cuál de esas categorías encajo yo?

Sentí un escalofrío subirme por la nuca.

Él sabía lo que estaba haciendo... Sabía exactamente cómo desestabilizarme.

—Tú… —empecé, sin tener claro qué diría después—. Tú eres confuso.

—¿Y eso es un problema? —Una sombra de sonrisa se dibujó en sus labios.

Mi garganta se secó.

Sí.

No.

No lo sabía.

Lo único que sabía era que, si seguíamos allí, de pie en ese muelle, intercambiando ese tipo de miradas, no pasaría mucho tiempo antes de cruzar una línea de la que tal vez no habría vuelta atrás.

Quizás por eso Ugo respiró hondo de repente, como si intentara recuperar el control de la situación, y luego extendió la mano hacia mí.

—Vamos de aquí.

Mi pulso se aceleró, pero asentí y acepté su mano sin dudar.

Él me guió lejos del muelle, caminando hacia las casitas coloridas de la villa de pescadores, bajo la luz suave de los faroles y las ventanas. Sentía la firmeza de su mano sosteniendo la mía, guiándome con decisión, y no pregunté a dónde íbamos. Algo me decía que ya había tomado una decisión. Y yo también había tomado la mía.

Caminamos hasta un pequeño callejón adoquinado que conducía a una parte más discreta del pueblo. Ugo se detuvo frente a una puerta de madera pintada de azul claro, en uno de esos edificios antiguos que parecían pertenecer a locales o alquilarse por temporadas.

Soltó mi mano solo para tomar su celular y escribir rápidamente un código en el pequeño panel electrónico junto a la cerradura. Un pitido bajo sonó, y la traba electrónica se desbloqueó con un clic sutil.

—¿Tienes un apartamento aquí? —pregunté, arqueando una ceja.

—Tengo algunas propiedades para alquiler turístico. —Empujó la puerta y me lanzó una mirada rápida antes de agregar:— Esta está vacía en este momento.

Me abrió paso para que entrara primero.

El interior era acogedor, decorado con tonos claros y muebles rústicos que combinaban perfectamente con el estilo mediterráneo. Había una sala compacta pero bien equipada, con un sofá grande y cómodo, una pequeña cocina integrada y un balcón con puertas de vidrio corredizas entreabiertas, dejando que la brisa nocturna circulara por el ambiente.

Sentí el corazón latir con más fuerza dentro del pecho.

Ugo cerró la puerta detrás de sí, y el sonido del cerrojo resonó en el espacio silencioso.

Sabía lo que eso significaba.

Él me había traído hasta allí por una razón.

Y yo había venido porque quería lo mismo.

—Ugo… —Respiré hondo y me giré para encararlo.

Él alzó los ojos hacia mí, pero no dijo nada. La tensión entre nosotros se había intensificado desde que salimos del bar, y ahora parecía a punto de desbordarse.

Apoyé las manos en los bolsillos del vestido, intentando escoger las palabras adecuadas.

—Quiero que sepas que no estoy aquí para complicarte la vida.

—¿Tú crees que la estás complicando? —Sus ojos se entrecerraron ligeramente.

—Tú actúas como si lo hiciera. —Esbocé una pequeña sonrisa, apartándome el cabello—. Y si ese es el caso, podemos terminar con esto aquí. Puedo hacer el checkout mañana por la mañana y seguir mi camino.

Guardó silencio, la mandíbula tensa.

—No tienes que preocuparte por mí —continué, dando un paso hacia él—. No estoy aquí para pedirte nada. No quiero desordenarte nada.

—¿Qué quieres entonces? —Ugo se pasó la lengua por los labios, respirando hondo.

—Tú sabes exactamente lo que quiero. —Mantuve mi mirada fija en la suya.

Las palabras flotaron en el aire entre nosotros, y vi cómo su respiración vaciló por un segundo. Lo sabía. Desde el momento en que me envió ese mensaje, sabía adónde nos llevaría esto.

Ugo descruzó los brazos lentamente y dio un paso al frente.

—¿Y si te digo que esto es un error?

—Entonces tendré que estar en desacuerdo contigo.

Él soltó una risa baja, como si no supiera si reírse de mi atrevimiento o de la ironía de la situación.

—Te gusta desafiarme, ¿no es así?

—Creo que eso ya quedó bastante claro.

El silencio que siguió fue denso. Cargado de algo que iba más allá de la atracción que nos arrastraba el uno hacia el otro.

—Solo hay una cosa que no quiero —continué, mi voz bajó un tono—. No quiero ser un reemplazo.

Vi cómo su mandíbula se tensó y su expresión se volvió más seria.

—Chiara…

—No soy ella —lo interrumpí—. Y no quiero que me veas como si lo fuera.

Ugo cerró los ojos por un instante, como si intentara recuperar el control de sí mismo. Cuando volvió a mirarme, su expresión había cambiado.

La intensidad en su mirada me hizo contener el aliento.

—Nunca te he visto como un reemplazo... —murmuró, como una promesa.

Y entonces, antes de que cualquiera de los dos pudiera dudar, Ugo eliminó la distancia entre nosotros y me besó.

No fue un beso suave.

Ni vacilante.

Fue una colisión.

Ugo me atrajo con una urgencia contenida, una necesidad que pareció liberarse en el instante en que nuestros labios se encontraron. Su mano se deslizó hasta mi nuca, sus dedos enredándose en mi cabello, sosteniéndome firme como si temiera que me escapara.

Pero yo no iba a irme a ningún lado.

Mis manos se aferraron a su camisa, acercándolo aún más mientras su boca se movía contra la mía con una urgencia que hacía que mi corazón golpeara con fuerza dentro del pecho. Su sabor era una mezcla cálida de whisky y algo que era exclusivamente suyo.

Su lengua invadió mi boca, y un gemido bajo escapó de mi garganta cuando profundizó el beso, presionando mi cuerpo contra el suyo.

Sentí la dureza de su pecho contra el mío, el calor que emanaba de su piel envolviéndome por completo, haciendo imposible pensar en cualquier otra cosa que no fuera Ugo Romano… y la forma en que me besaba… como si estuviera perdiendo el control.

Y quizás lo estaba.

Porque yo también lo estaba.

Su mano descendió hasta mi cintura, apretándome allí antes de deslizarse por el contorno de mi cadera, explorando mi cuerpo con la misma intensidad con la que su boca exploraba la mía.

El aire entre nosotros se volvía escaso con cada segundo, pero ninguno de los dos se atrevía a separarse. El deseo nos había devorado por completo.

Y en ese momento, ya no había espacio para el arrepentimiento.





CAPÍTULO 15

El aire a nuestro alrededor parecía electrificado, cargado de algo crudo e imposible de ignorar. Nuestros labios aún estaban cerca, la respiración agitada llenando el espacio entre nosotros.

La mano de Ugo permanecía en mi cintura, como si necesitara seguir sintiéndome allí. Como si no pudiera alejarse. Sus ojos encontraron los míos, y su expresión se suavizó por un instante. Una vacilación casi imperceptible.

—¿Estás segura? —su voz salió baja, algo ronca.

Exhalé lentamente, sintiendo el cuerpo aún vibrar con la intensidad de aquel beso. Entonces levanté la mano y deslicé los dedos por el borde de su camisa, sintiendo la firmeza de sus músculos bajo la tela.

—¿Y tú lo estás? —le devolví la pregunta.

Ugo humedeció los labios, sus ojos escaneando mi rostro antes de responder:

—Ni un poco.

Antes de que pudiera reaccionar, me levantó en brazos.

Un pequeño suspiro escapó de mis labios cuando mis piernas se cerraron instintivamente alrededor de su cintura. Mis manos se aferraron a sus hombros mientras él me sostenía con firmeza, sin aparente esfuerzo.

Su fuerza me desarmaba.

Y la forma en que me miraba... como si yo fuera algo que ya no podía evitar, encendía cada rincón de mi cuerpo.

Ugo caminó por el apartamento, cruzando el pequeño pasillo hasta el dormitorio. La puerta ya estaba abierta, como si aquel lugar supiera exactamente lo que estaba a punto de ocurrir dentro.

Me depositó sobre la cama, pero no se alejó. Se quedó allí, entre mis piernas, los ojos recorriendo mi rostro, mi boca, mi cuerpo. Luego, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un pequeño envoltorio plateado, dejándolo sobre el colchón junto a nosotros.

Mi estómago se retorció con anticipación.

Ninguna palabra fue necesaria, pero el gesto lo decía todo.

Íbamos hasta el final.

Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas, pero mis manos ya se movían por cuenta propia, deslizándose por su pecho, alcanzando los botones de su camisa y comenzando a desabrocharlos uno a uno.

La tela suave se abrió lentamente, revelando la piel caliente debajo, los músculos definidos, el contorno firme del abdomen. Dejé que mis dedos recorrieran ese camino, sintiendo cada línea y la tensión que contenía.

Ugo permaneció inmóvil, dejándome explorar. Pero su respiración se volvió más pesada, y su mirada más oscura, más intensa.

Entonces, retomó el control.

Con un solo movimiento, me quitó el vestido por la cabeza, lanzándolo al suelo sin ceremonias. Sus ojos recorrieron mi cuerpo, ahora cubierto solo por la lencería negra de encaje fino.

El aire entre nosotros parecía arder.

—Guau… —murmuró, su mandíbula tensándose por un instante.

Antes de que pudiera responder, Ugo deslizó sus manos hasta mi cintura, atrayéndome más hacia él. Su boca encontró primero mi cuello, sus labios calientes trazando un camino por mi piel mientras sus manos exploraban cada curva mía con cierta urgencia.

Mis dedos bajaron por su cintura, encontrando el cinturón de su pantalón y comenzando a desabrocharlo. Ugo exhaló despacio, su boca aún trabajando contra mi piel mientras mis manos lo despojaban de las últimas prendas que aún nos separaban.

Y entonces estuvo allí, completamente expuesto.

Y jamás había visto a un hombre tan hermoso como Ugo Romano.

Él permanecía frente a mí, con los ojos recorriendo mi cuerpo con una intensidad que me erizó la piel. Ugo era todo firmeza y dominio, pero había algo casi reverente en la manera en que me observaba.

Sus dedos se deslizaron hasta mis tobillos, bordeando el cuero fino de las sandalias que aún llevaba puestas. Lentamente, desató las tiras, deslizándolas a lo largo de mi piel con un toque provocador. Al quitar la primera, levantó mi pierna hasta sus labios y presionó un beso cálido en el arco de mi pie.

—Ugo… —mi voz salió algo ronca, un suspiro escapando de mí al sentir el calor de su boca subiendo lentamente por mi pierna.

Repitió el mismo gesto en el otro pie, luego continuó ascendiendo, repartiendo besos por la pantorrilla, la curva de la rodilla y la parte interna de los muslos. Mi respiración ya estaba acelerada, mi cuerpo despertando bajo su toque, pero Ugo parecía deleitarse con la tortura lenta.

Sus dedos encontraron los bordes de mi sostén, trazando un camino provocador antes de llegar al broche. Con un solo movimiento, lo abrió y deslizó los tirantes por mis brazos, dejando caer la prenda a un lado.

Sus pupilas se dilataron.

—Tan perfecta… —susurró, pasando la lengua por sus labios antes de bajar la cabeza y envolver uno de mis pezones con su boca.

Un gemido escapó de mis labios cuando su boca caliente succionó mi pezón, su barba rozando contra mi piel sensible y enviando ondas de placer por todo mi cuerpo. Su lengua recorrió la punta endurecida provocadoramente antes de morderla suavemente, arrancando otro suspiro de mí.

Repitió el gesto en el otro pecho, alternando entre besos, succiones y mordiscos suaves, mientras sus manos exploraban el resto de mi cuerpo.

Mi sexo latía, la tanga ya completamente empapada por su provocación, pero el italiano gruñón parecía determinado a torturarme un poco más.

—Ugo… —Mi voz salió arrastrada, la frustración evidente en el tono.

Él levantó el rostro, su mirada cargada de deseo.

—¿Hmm? —su voz fue un gruñido bajo, sus dedos dibujando círculos perezosos en mi cintura.

Mordí mi labio inferior, la piel ya ardiendo.

—Tócame… —mi confesión salió como un suspiro, y Ugo sonrió de lado.

Agachó la cabeza, su boca volvió a trazar un camino de besos y mordidas por mi abdomen, deteniéndose justo en la línea de mi tanga.

—¿Aquí? —murmuró contra mi piel, sus dedos deslizándose peligrosamente cerca del tejido húmedo.

—Sí… —arqueé las caderas en una súplica silenciosa, pero Ugo soltó una risa baja.

—Suplicá por mí, Chiara.

Mi respiración falló.

Sabía que quería hacerme perder el control primero, dejarme completamente entregada antes de finalmente darme lo que deseaba.

Y maldita sea… ¡lo deseaba tanto!

—Por favor… —mi voz salió más alta de lo que pretendía.

Ugo deslizó un solo dedo sobre el centro de mi tanga, sintiendo cuán mojada estaba ya. Soltó un gemido bajo, como si eso lo enloqueciera tanto como a mí.

—Has estado aquí, en mi mente… —confesó con la voz cargada de algo crudo y posesivo—. Todos estos días. Todas las noches.

Sus labios tocaron el centro de mi abdomen, su barba áspera dejando un rastro de escalofríos sobre mi piel caliente.

—Intenté ignorarlo, intenté alejar esta mierda… —continuó, presionando la punta de su nariz contra mi muslo—. Pero la verdad es que quería esto. Te quería a ti.

—Entonces tómame ya —solté, sin paciencia para más juegos.

—No tienes idea de lo que estás pidiendo, *cara mia* —gruñó Ugo, bajo y oscuro.

Entonces, sin previo aviso, deslizó mi tanga por las caderas y pasó su lengua por toda la extensión de mi sexo, arrancando un gemido alto de mi garganta. Eché la cabeza hacia atrás contra el colchón y enterré los dedos en su cabello, sin poder contener el temblor que recorrió todo mi cuerpo.

Me torturó con la lengua y los dedos, alternando entre movimientos profundos y suaves, succiones lentas y toques precisos, hasta que mi respiración se volvió errática y mi cuerpo se arqueó contra su boca.

—Ugo… —mi voz salió suplicante, una mezcla de desesperación y puro placer.

Él me sujetó por las caderas, manteniéndome exactamente donde quería, e intensificó el ritmo, llevándome al borde con la

precisión de alguien que sabía exactamente lo que hacía.

Y entonces sucedió. El placer me golpeó en oleadas, robándome el aliento y haciendo imposible cualquier pensamiento racional. Mis muslos se cerraron instintivamente contra su rostro y un gemido entrecortado escapó de mis labios mientras me deshacía en su boca.

Ugo continuó hasta que el último espasmo recorrió mi cuerpo. Solo entonces se incorporó sobre mí, su respiración caliente contra mi piel. Me sujetó por las muñecas, inmovilizándolas por encima de mi cabeza con una sola mano. Sus ojos, hambrientos, me observaban con intensidad, y su voz salió baja, cargada de un deseo brutal:

—Ahora es mi turno.

Pero me solté y apoyé las manos en su pecho.

—Yo también quiero tocarte… —susurré.

Mis manos trazaron un camino lento desde sus anchos hombros hasta su abdomen definido, y luego bajaron aún más, envolviendo su polla con los dedos, sintiendo su piel caliente y palpitante bajo mi palma.

Ugo soltó un gemido bajo, inclinando la cabeza hacia atrás por un segundo antes de volver a mirarme.

—Joder, Chiara… —La forma en que pronunció mi nombre, cargada de deseo y descontrol, hizo que algo dentro de mí se derritiera por completo.

Tomando el preservativo a nuestro lado, lo rasgó con los dientes. Pero antes de que pudiera tomar la iniciativa, deslicé la mano hasta su muñeca y tomé el pequeño envoltorio plateado de entre sus dedos.

—Déjame a mí. —Mi voz salió baja, pero firme.

Él no discutió. Simplemente se quedó allí, arrodillado entre mis piernas, observándome mientras sacaba el látex del envoltorio y lo sostenía con cuidado. El calor de su erección palpitaba contra mi mano mientras deslizaba los dedos a lo largo de su grosor firme, sintiendo cada vena bajo mi palma.

Los ojos de Ugo se cerraron por un instante, y soltó un suspiro pesado cuando comencé a desenrollar el preservativo sobre él.

—Joder… —murmuró, la voz un poco ronca.

Me mordí el labio, sintiendo un placer casi perverso al verlo tan afectado. Cuando terminé, me recosté de nuevo contra el colchón y abrí las piernas para recibirlo. Mi cuerpo estaba caliente, preparado, desesperado por él.

Ugo se pasó la lengua por los labios, sus ojos oscurecidos mientras deslizaba las manos por mis muslos, acercándome aún más. Se posicionó entre mis piernas y colocó la punta de su miembro en mi entrada, presionando apenas, tanteando mi reacción.

—¿Estás segura? —Había una última chispa de duda en su mirada.

Tomé su nuca y apreté su bíceps, envolviendo mis piernas alrededor de él, dejando muy claro lo que quería.

—¿Y tú? —devolví la pregunta, mi voz un poco temblorosa, cargada de expectativa.

Ugo no respondió y, en un solo movimiento, me llenó por completo. Solté un jadeo, el aire escapando de mis pulmones al sentir el impacto de esa invasión lenta y firme. Se deslizó dentro de mí con facilidad, mi cuerpo lo recibió con un encaje perfecto.

—Dios mío… —soltó en un gruñido bajo, apoyando la frente contra la mía, la mandíbula apretada mientras permanecía allí, sin moverse.

El placer era intenso. Casi abrumador. Clavé ligeramente las uñas en su brazo, sintiendo cada centímetro de él palpitar dentro de mí.

—Ugo… —el susurro salió como una súplica, mi cuerpo arqueándose contra el suyo.

Él levantó el rostro, sus ojos fijos en los míos mientras su cadera se presionaba aún más contra la mía, enterrándose por completo dentro de mí.

—Me jodiste la cabeza todos estos días, Chiara —su voz era un gruñido ronco contra mis labios—. Soñé con esto. Contigo.

—¿Y ahora? —un escalofrío recorrió mi columna, y me aferré aún más a él.

—Ahora voy a follarte de verdad —empezó a moverse.

El primer embate fue lento, casi una tortura, pero con cada estocada profundizaba el ritmo, atrayéndome hacia él, pegando su cuerpo al mío. Nuestros gemidos se mezclaban conforme el placer nos envolvía por completo, la fricción deliciosa creciendo con cada investida.

Ugo sujetó mi rostro y tomó mi boca en un beso ardiente, su lengua explorando la mía al mismo ritmo que nuestros cuerpos se unían. Podía sentirlo por completo. Cada centímetro, cada pulsación, cada respiración entrecortada.

Me presionó contra el colchón, sus movimientos se volvieron más intensos y precisos. Mis piernas se cerraron alrededor de su

cintura, mis dedos recorrieron su espalda, arañándolo suavemente mientras el placer se acumulaba, creciendo, a punto de arrastrarme al abismo.

—Ugo… —Su boca descendió por mi cuello, sus dientes mordiendo levemente mi piel antes de volver a mirarme.

—¡Córrete conmigo, Chiara! —La orden vino baja, cargada de un deseo brutal.

Mi cuerpo se arqueó, el aliento se me cortó, y un gemido alto escapó de mi garganta cuando el orgasmo me golpeó con fuerza. Ugo gruñó contra mi piel, sujetando mi cadera con más firmeza mientras me llevaba hasta el final, prolongando mi liberación con cada embestida certera.

Fue entonces cuando perdió el control.

Enterrando el rostro en la curva de mi cuello, sujetó mi muslo y dio unas últimas embestidas profundas antes de correrse dentro de mí, un gemido ronco escapando de sus labios al alcanzar su propio clímax.

Durante algunos segundos, lo único que se escuchaba en la habitación era el sonido de nuestras respiraciones agitadas y los latidos acelerados de nuestros corazones.

Ugo permaneció sobre mí, con la frente apoyada en la mía, su aliento caliente mezclándose con el mío. Y entonces abrió los ojos y me miró como si no pudiera creer lo que acababa de suceder.

Pero yo sí lo creí. Porque, por primera vez, sentí que Ugo Romano se había rendido por completo a algo.

Y ese algo... era yo.





CAPÍTULO 16

Abrí los ojos lentamente, parpadeando contra la tenue luz que se colaba por la cortina. La habitación aún estaba envuelta en la penumbra del amanecer, pero el espacio a mi lado parecía más amplio.

Fruncí el ceño, pasando la mano por las sábanas en un intento inconsciente de encontrar algún rastro de ella. Un movimiento estúpido, porque la verdad ya estaba ahí: aunque su olor seguía impregnado en las sábanas, Chiara ya no estaba.

Mi pecho se contrajo de una forma extraña, incómoda. Parpadeé varias veces, intentando apartar esa sensación rara. Luego me senté en la cama, arrastrando una mano por el rostro antes de mirar a mi alrededor.

No había ropa olvidada, ni señal alguna de que la noche anterior realmente hubiera ocurrido.

¿Pero qué esperaba?

¿Que aún estuviera aquí cuando despertara? ¿Que me mirara con esa expresión provocadora, con una sonrisa en los labios, y dijera algo sarcástico sobre haber cruzado una línea que nunca debimos

cruzar? ¿Que se riera, mientras me arrastraba a otra ronda de pecado?

—¡Mierda! —Cerré los ojos y exhalé con fuerza.

Esto no debería ser un problema. Yo no le pedí que se quedara. No dije que quería más. Y ella tampoco.

¿Entonces por qué esta maldita sensación en el pecho?

¿Por qué estaba parado en medio de la cama como un idiota, intentando entender por qué se fue?

Me pasé las manos por el cabello, soltando otra maldición. El espejo del cuarto reflejaba mi expresión sombría, los hombros tensos, la mandíbula apretada. Debería simplemente olvidarlo. Pero algo dentro de mí no lo permitía. La incomodidad se transformaba en irritación palpable.

Pudo al menos haber dicho algo. Pero no. Chiara Bianchi hizo exactamente lo que yo debería haber hecho. Se fue antes de que yo lo hiciera.

Y eso no debería molestarme tanto como me estaba molestando.

Me levanté de la cama, sintiendo los músculos de la espalda aún tensos por lo que había ocurrido entre nosotros. Fui al baño, abrí la ducha y dejé que el agua cayera con fuerza antes de entrar. El chorro caliente golpeó mi piel, escurriéndose por los hombros y la espalda, pero no alivió la maldita tensión dentro de mí.

Cerré los ojos y apoyé las manos contra la pared de azulejos, dejando que el agua resbalara por mi rostro. Debería estar satisfecho. Ambos sabíamos que aquello no era más que algo físico. Algo inevitable, pero que no significaba nada más.

¿Entonces por qué diablos aún sentía su toque? El sabor de su boca. Su olor en mi piel. Las marcas que dejó en mí con las uñas, los dientes y sus labios. La forma en que gemía mi nombre. El modo en que me miró después, como una invitación silenciosa a algo que no debería desear... Pero lo deseaba.

Me pasé la mano por el rostro, intentando empujar esos recuerdos al rincón más profundo de mi mente. Apagué la ducha y salí, tomando la toalla con movimientos bruscos. El vapor caliente empañaba el espejo, pero no necesitaba un reflejo nítido para saber la expresión que estaría allí. Me vestí rápido, arrojando la camisa sobre el cuerpo aún húmedo.

El sol ya empezaba a iluminar las calles de Sorrento cuando doblé la última esquina antes de la posada. Mis pasos eran rápidos, impulsados por una inquietud que no sabía nombrar.

La noche anterior seguía marcada en mí. En mi cuerpo. En mi maldito pensamiento.

Y ahora... quería respuestas.

El olor a café recién hecho flotaba en el aire al entrar al vestíbulo de la posada, pero fue otra cosa lo que capturó mi atención en el instante en que crucé la puerta.

Chiara estaba distraída, sosteniendo el celular mientras hablaba con el recepcionista. Su cabello estaba recogido en un moño bajo, con algunos mechones sueltos cayendo alrededor del rostro.

La misma boca que gemía mi nombre horas antes ahora fruncida en concentración.

La misma boca que quería besar de nuevo, solo para borrar esa expresión tranquila, como si nada hubiera pasado.

Se me heló la sangre.

¿Así que era eso? ¿De verdad se iba sin decirme nada?

Mi pecho se contrajo, una oleada caliente de irritación y confusión mezclándose dentro de mí. Antes de poder pensarlo dos veces, ya estaba caminando hacia ella.

—¿Qué estás haciendo? —Mi voz salió más áspera de lo que pretendía.

Vi cómo sus hombros se tensaban, y cuando Chiara se giró lentamente para mirarme, sus ojos castaños se abrieron por la sorpresa. Pero solo por un instante. Porque al segundo siguiente, esa sorpresa fue reemplazada por algo más controlado.

—¿Qué parece? —Su respuesta fue fría. Defensiva.

El recepcionista nos miró, pero Chiara alzó la mano, descartando cualquier interferencia.

—¿Te ibas a ir? —Di un paso más, mis ojos cayendo sobre las maletas—. ¿Sin decirme nada?

—No pensé que hiciera diferencia —soltó una risa baja, negando con la cabeza. Luego exhaló y tomó la manija de la maleta —. No hay motivo para dramatizar, solo me voy.

—¿Como si la noche pasada no hubiera ocurrido? —La pregunta salió más cargada de lo que me habría gustado, y vi cómo su expresión se endurecía.

—La noche pasada ocurrió, Ugo —me sostuvo la mirada, su voz firme—. Y fue exactamente eso. Una noche.

—¿Eso es lo que entendiste? —Una risa seca escapó de mi garganta.

—Fue lo que tú me mostraste.

— ¿De qué estás hablando? — Fruncí el ceño.

Chiara apretó los labios, desviando la mirada hacia el recepcionista, que fingía organizar unos papeles, aunque nos observaba de reojo. Antes de que pudiera siquiera intentar tomar de nuevo la maleta, la sujeté por la muñeca y di un paso más cerca.

— Ven conmigo. — No era una petición.

— Ugo… — Intentó soltarse.

— Ahora, Chiara.

No esperé respuesta.

Simplemente tomé el asa de su maleta con una mano y la jalé con la otra, ignorando los débiles protestos que soltaba mientras la guiaba de regreso por el pasillo.

— ¿Estás loco?

— Posiblemente.

— ¡Ugo!

No me detuve.

No sabía exactamente qué quería decirle, pero sí sabía que no iba a dejar que Chiara se fuera de mi vida como si lo que había pasado entre nosotros fuera solo un detalle insignificante.

Abrió la puerta del cuarto con una mirada asesina, pero cuando entramos y cerré la puerta detrás de nosotros, algo cambió. Estábamos solos, y ahora podía ver cómo su respiración se aceleraba. Cómo su pecho subía y bajaba bajo la tela de la blusa. Cómo sus mejillas estaban ligeramente sonrojadas.

Y cómo Chiara no tenía nada de indiferente… aunque lo intentara.

— ¿Qué quieres? — Su voz tenía un cansancio que me enfureció.

— Eso lo pregunto yo. ¿Qué pasó?

— No pasó nada. — Cruzó los brazos, los hombros tensos.

— Mentira. — Me acerqué. — Desperté y ya no estabas. Y ahora te encuentro yéndote como si… como si nada hubiera pasado.

— Ugo… — Desvió la mirada.

— ¿De verdad crees que puedes follarme y luego desaparecer sin decir nada?

Chiara soltó una risa sin humor, sus ojos chispeando frustración.

— Qué gracioso. Creí que eso era exactamente lo que tú querías.

— ¿Qué? — Fruncí el ceño.

— ¿Vas a decirme que estoy equivocada? — Su voz se volvió más baja.

— ¡Sí!

— Qué conveniente. — Sonrió con cinismo, cruzando los brazos.

— ¿Creíste que quería despedirme de ti?

— ¿Y no querías? — Chiara mantuvo la barbilla en alto.

— ¡No!

Parpadeó, como si no hubiera esperado una respuesta tan directa.

— Una noche. Sin complicaciones. Sin explicaciones. Eso fue lo que pasó, ¿no es así? — Pasó las manos por el rostro, exasperada. — Lo entendí, Ugo.

— ¿Qué entendiste, Chiara? — Mi respiración se volvió pesada.

— Que no quieres a una mujer en tu vida. Lo sé. — El peso de sus palabras me golpeó como una maldita tormenta.

Di un paso más cerca.

Y otro.

Hasta que la distancia entre nosotros se desvaneciera, hasta que su perfume me envolviera, hasta que su mirada brillara con esa intensidad indescifrable que hacía que mi corazón latiera más fuerte de lo que estaba dispuesto a admitir.

Incliné la cabeza, escaneando su rostro, su expresión, la manera en que sus ojos me desafiaban incluso ahora.

— ¿Quieres saber cómo se siente un beso de despedida, Chiara?

Su respiración vaciló, pero se mantuvo firme.

— Sé muy bien cómo se siente un beso de despedida.

— ¿Ah, sí? — Mi mano se deslizó hacia su cintura, sin prisa, sin dudar.

— Sí.

— Entonces explícame una cosa… — Antes de que pudiera protestar, tomé su rostro entre mis manos y la besé.

El impacto fue inmediato.

El calor, la urgencia, la explosión de algo crudo e inevitable.

Fue un beso feroz. Nada de despedidas. Nada de final.

Chiara resistió al principio, pero luego su boca cedió y se entregó al momento. Mis labios se movieron contra los suyos con una necesidad que ya no podía controlar. Un gemido escapó de su garganta cuando mi lengua chocó con la suya, reclamándola, mostrándole exactamente lo que ella significaba para mí. Sujeté su cintura, presionándola contra mi cuerpo mientras profundizaba el beso, explorando cada rincón de su boca, como si necesitara demostrarle que estaba equivocada.

Cuando nos separamos, nuestras respiraciones eran entrecortadas. Mi pecho subía y bajaba con rapidez, y sus ojos brillaban con una emoción contenida.

— ¿Este es el beso de un hombre que quiere que te vayas? — Mi voz salió ronca, cargada de algo que ni yo sabía nombrar.

— Ugo… — Chiara parpadeó, intentando recuperar el aliento.

— Dilo. — Pasé el pulgar por su labio hinchado, sintiendo aún su sabor en mi boca. — ¿Eso te parece una despedida?

Chiara humedeció sus labios.

— No.

Mi estómago se revolvió.

— Entonces deja de huir de mí.

Ella contuvo la respiración, mirándome como si intentara descifrar lo que pasaba por mi mente… y por mi corazón.

— ¿Y tú? — Su voz fue más suave. — ¿También vas a dejar de huir de mí?

No respondí.

Solo la atraje de nuevo hacia mí y la besé otra vez.

Porque ella ya sabía la respuesta.

Y por primera vez, yo también.

Chiara Bianchi no era una despedida.

Era el maldito comienzo.





CAPÍTULO 17

Después del beso que selló nuestro acuerdo implícito, ese que decía que yo ya no me iría y que él dejaría de huir de mí, Ugo soltó un suspiro frustrado y se pasó la mano por el cabello.

— Necesito volver a casa antes de que nonna despierte y me ponga contra la pared.

Tenía sentido. Aurora Romano tenía un olfato infalible para los secretos, y una ausencia prolongada era algo que jamás ignoraría.

Me lanzó una última mirada antes de salir, como si todavía necesitara asegurarse de que no cambiaría de idea en cuanto cruzara la puerta.

— ¿Te veo más tarde?

Esa pregunta cargaba más de lo que sus palabras dejaban entrever. Era una invitación, una advertencia y una promesa al mismo tiempo.

— Más tarde — asentí, con una leve sonrisa.

Solté el aire de mis pulmones en cuanto la puerta se cerró tras él, sintiendo cómo el cansancio finalmente me alcanzaba. Mi cuerpo

seguía caliente, la piel sensible al menor roce, y mi mente revivía cada detalle de la intensa madrugada que habíamos compartido.

Dormí poco. Y ahora solo tenía unas horas antes de tener que enfrentar el mundo otra vez. Me hundí un poco más entre las sábanas y cerré los ojos.

Las manos de Ugo seguían marcadas en mi piel. El sabor de su beso aún ardía en mis labios. El peso de su cuerpo contra el mío resonaba en cada célula. Pero más que todo eso, la frase que él dijo no dejaba de martillear en mi cabeza.

"¿Ese es el beso de un hombre que quiere que te vayas?"

Quería creer en eso. Quería creer que Ugo Romano no era solo un hombre atrapado en sus propias cadenas. Quería creer que no estaba actuando solo por impulso, dominado por el deseo o el calor del momento.

Pero… ¿realmente podía hacerlo?

Cerré los ojos, intentando organizar mis pensamientos.

La verdad era que estaba asustada.

No me hacía ilusiones. Sabía exactamente qué era todo aquello.

Lo que había entre nosotros no cambiaba el hecho de que Ugo no era un hombre fácil. No era alguien que se lanzara de lleno a una relación, ni que se permitiera sentir.

Y aún así, ahí estaba yo.

Todavía en Sorrento. Todavía en la posada. Todavía involucrada con él.

Me giré en la cama, sintiendo la suavidad de la almohada contra mi rostro. El sol ya se filtraba por las cortinas, bañando la habitación con una luz suave y anaranjada. Mis músculos seguían perezosos, el recuerdo de la noche anterior danzando por mi mente como una adicción reciente que no me dejaba volver a dormir.

La forma en que Ugo apareció en la recepción.

La manera en que me tomó de la mano, como si no tuviera otra opción más que escucharlo.

Y, sobre todo, ese beso.

No lo esperaba.

Me había convencido de que la noche que pasamos juntos sería una despedida, un último momento de locura antes de seguir caminos separados. Pero Ugo no parecía dispuesto a dejarme ir.

Y lo peor… yo ya no quería irme.

Apreté los ojos, intentando ignorar cómo se apretaba mi pecho al admitir eso para mí misma. Siempre fui práctica. Siempre supe cuándo alejarme de una situación antes de salir herida. Pero con él…

Solté otro suspiro y me obligué a salir de la cama.

El espejo del cuarto reflejaba la verdad: mi rostro aún estaba marcado por el sueño, pero había algo distinto en mi expresión. Un brillo en los ojos, un rubor extra en las mejillas. Algo que no quería analizar demasiado a fondo.

Después de una ducha larga, me vestí y bajé al primer piso de la posada. Mi estómago rugía en protesta, y ya me preparaba para un desayuno reforzado antes de salir a explorar un poco más la ciudad.

Pero mis planes cambiaron en cuanto llegué a la recepción.

Ugo estaba allí. Apoyado en el mostrador de madera, con las manos en los bolsillos del pantalón, la postura demasiado relajada para un hombre que solía cargar el peso del mundo sobre los hombros. Mis pasos vacilaron por un segundo antes de que él alzara la mirada y me viera.

—*Buongiorno, cara mia.* — La comisura de su boca se curvó ligeramente, y ese acento hizo que algo cálido se expandiera en mi pecho.

Aparté la mirada por un instante, intentando no mostrar cuánto me afectaba esa pequeña provocación.

— Hoy madrugaste — lo provoqué, con un tono neutro.

— Tenía mis motivos. — Se encogió de hombros, los ojos aún fijos en los míos. — Vine a buscarte.

— ¿Buscarme para qué? — Fruncí el ceño automáticamente.

Él descruzó los brazos y dio un paso hacia mí, su aroma fresco y amaderado invadiendo mis sentidos.

— Desayuno. En mi casa.

El impacto me alcanzó como una ola silenciosa.

— ¿Qué?

— Me oíste. — La mirada de Ugo era directa. Intensa. — *Nonna* ya está en la cocina, y Giovanni se emocionó cuando le conté que vendrías.

Mi estómago se revolvió por una razón que no tenía nada que ver con hambre. No era solo la invitación, sino lo que significaba.

Ugo Romano, el hombre más cerrado y resistente que había conocido, me estaba llevando a su hogar.

Eso era enorme.

Parecía notar mi vacilación, porque soltó el aire lentamente antes de añadir:

— Si no quieres, está bien. Pero la puerta está abierta.

Me mordí el labio inferior, sabiendo que esa frase decía más de lo que él jamás admitiría con palabras.

La puerta estaba abierta… para mí… para algo más.

Y yo sería una completa idiota si no atravesaba esa puerta mientras aún estaba abierta de par en par.

— Está bien. Voy.

El brillo satisfecho en los ojos de Ugo me hizo apretar el asa del bolso con más fuerza de la necesaria. Porque, en ese momento, lo supe…

Estaba jodida.



La cocina de la casa de Ugo era acogedora y llena de vida, como si ese lugar hubiera sido hecho para ser el corazón palpitante del hogar. En cuanto crucé el umbral, me recibió un aroma irresistible a café recién hecho, pan recién horneado y algo dulce y mantecoso que no supe identificar de inmediato.

—¡Chiara! — Giovanni fue el primero en notarme, su rostro se iluminó al instante. Soltó la cuchara que sostenía y saltó de la silla, corriendo hacia mí. — ¡Viniste de verdad!

La espontaneidad del niño me desarmó por completo. Antes de que pudiera reaccionar, Giovanni ya me tomaba de la mano, arrastrándome más adentro de la cocina.

— ¡Vamos a desayunar! *Nonna* preparó un montón de cosas ricas hoy.

—¿Y tú ya probaste algo? — pregunté, sonriendo.

—Estoy esperando, porque *papà* dijo que tenemos que comer todos juntos.

Mi mirada se desvió automáticamente hacia Ugo, que estaba apoyado en el marco de la puerta, los brazos cruzados, con una expresión neutra. Percibió mi observación, pero solo alzó una ceja como si no hubiera nada de particular en eso.

—Bueno, entonces resolvamos eso de una vez. — Revolví un poco el cabello de Giovanni, haciéndolo reír antes de acercarme a la mesa.

Aurora, que estaba en la estufa removiendo algo en una olla de barro, se giró hacia mí con una sonrisa cálida.

—Ah, *cara mia,* me alegra que hayas venido. — Se secó las manos en el delantal antes de darme un abrazo. — Espero que hayas despertado con hambre.

—Si no lo estaba, creo que con solo oler esto ya me abriste el apetito. — Reí, sintiéndome genuinamente cómoda allí.

La mesa estaba servida con una variedad de productos típicamente italianos. Había panes artesanales, pequeñas focaccias con romero, finas lonchas de jamón de Parma y salami, queso pecorino y una fuente de sfogliatelle, ese dulce hojaldrado crujiente

relleno de ricotta y naranja confitada. A un lado, una jarra humeante de café y otra de jugo de naranja completaban la escena.

—¡Dios, todo esto se ve increíble!

—Ay, querida, ¡el desayuno debe tomarse en serio! — Aurora sonrió, empujándome una taza de café.

Antes de que pudiera empezar a comer, inclinó un poco la cabeza, observándome con curiosidad.

—Dime, ¿cómo fue tu paseo por la Costa Amalfitana?

Tomé un sorbo de café antes de responder.

—Fue maravilloso. Los lugares son aún más hermosos en persona que en las fotos. — Sonreí, recordando el brillo dorado del sol reflejado en el mar azul intenso. — Positano es un encanto, pero Ravello fue lo que más me sorprendió. La vista desde los jardines de Villa Cimbrone es indescriptible.

—¿Villa Cimbrone? — Giovanni frunció el ceño, curioso. — ¿Qué hay allí?

—Una vista preciosa del mar y de las montañas. ¿Nunca has ido?

—Nunca he ido a ninguno de esos lugares. — El niño negó con la cabeza.

—¿Nunca? — Mi sorpresa fue genuina, pero traté de no sonar exagerada.

—Sorrento tiene todo lo que él necesita. — Ugo respondió casualmente, tomando una rebanada de pan.

—Pero algún día podré ir, ¿no? — Giovanni miró a su padre con una expresión pensativa y luego volvió hacia mí.

Antes de que pudiera contestar, Ugo pasó una mano por el cabello de su hijo.

—Cuando seas un poco más grande, te prometo que viajaremos a algunos de esos lugares.

—¿De verdad? — El rostro del niño se iluminó.

—De verdad.

Ese intercambio encendió algo dentro de mí. Ugo era un hombre rígido, siempre con una postura firme y cerrada, pero cuando se trataba de Giovanni, había una dulzura sutil allí, escondida bajo todas esas capas de dureza.

Aurora observaba la escena con una sonrisa discreta, pero luego carraspeó, cambiando de tema:

—Hablando de eso… — Me miró con gentileza, pero su tono tenía un peso suave. — Saliste sin avisar y todos en la posada se quedaron sin noticias.

Mi respiración vaciló por un instante.

—Ah… Lo siento. Realmente no pensé que eso fuera a ser un problema.

—No es un problema, pero cuando alguien se va varios días sin avisar, las personas que la quieren se preocupan.

Tragué saliva, sin saber exactamente cómo responder a eso. Entonces, sin querer, mis ojos se encontraron con los de Ugo, que me miraba con ese maldito aire de "te lo dije".

—Prometo avisar si vuelvo a ausentarme.

Aurora asintió, satisfecha, y Ugo simplemente sacudió la cabeza, volviendo a comer.

Para cambiar de tema, miré a Aurora y recordé lo que realmente quería preguntarle.

—¿Y el dolor de espalda? ¿Ha mejorado?

Aurora suspiró y giró levemente los hombros, como si evaluara su propio cuerpo.

—Un poco. Pero las noches aún son algo incómodas.

—Si quieres, puedo darte otra sesión de masaje.

—¡Oh, Chiara, eres un ángel! —Aurora sonrió, genuinamente agradecida.

—Traje unas cremas de una tiendita que encontré durante el paseo. Luego te las doy y podemos probarlas.

—Eso sería maravilloso.

Antes de que la conversación continuara, Giovanni me dio un golpecito en el brazo.

—¿Tú también me trajiste algo?

—Giovanni… —Ugo lo reprendió con suavidad.

—Está bien —reí, mirando al pequeño—. En realidad, sí traje algo. Pero es una sorpresa.

—¿En serio? ¿Qué es?

—Si te lo digo ahora, ya no será sorpresa, ¿no crees?

Gruñó con falsa molestia, pero claramente emocionado.

El resto del desayuno transcurrió en armonía, y me sentí parte de aquella rutina de una manera que me calentó por dentro.

Cuando Aurora me preguntó cuáles eran mis planes para el día, aún no tenía una respuesta definida.

—Tomé un folleto de recorridos en la recepción de la posada. Creo que voy a explorar un poco más los puntos históricos de Sorrento.

—¿Y si voy contigo? —dijo Ugo de repente.

—¿Conmigo? —Mi mirada fue directamente a él, intentando descifrar su tono.

—Sí. Puedo ser tu guía.

—¿Quieres mostrarme Sorrento? —La sorpresa me golpeó con fuerza.

Asintió.

—Giovanni nunca ha conocido algunos de los lugares históricos de la ciudad. Podemos aprovechar y hacer ese recorrido juntos.

Mi pecho se llenó de calidez. Ugo Romano estaba dejándome entrar, aunque él aún no lo admitiera en voz alta.

—Me encantaría —dije, sonriendo despacio mientras sostenía su mirada.

El brillo en los ojos de Giovanni y la sonrisa satisfecha de Aurora me confirmaron que aceptar esa invitación era la decisión correcta.

No sabía a dónde nos llevaría todo esto, pero por ahora, solo quería disfrutar el momento.

CAPÍTULO 18



La Villa Comunale era uno de mis lugares favoritos en Sorrento.

Solía venir aquí cuando necesitaba un momento de paz, cuando quería estar solo con mis pensamientos o simplemente mirar el mar y recordar que, por más que las cosas cambiaran, ese lugar siempre estaría allí.

Pero hoy, mientras caminaba por el empedrado, viendo a Giovanni correr delante de nosotros y a Chiara observarlo todo con esa mirada fascinada, me di cuenta de que la paz que siempre buscaba en este lugar ahora parecía estar en otro sitio. O mejor dicho... en otra persona.

Chiara se acercó a la baranda de piedra que separaba el mirador del acantilado. El sol iluminaba su rostro, creando reflejos dorados en su cabello, y sus ojos brillaban mientras contemplaba el mar infinito frente a ella.

—¡Es tan hermoso aquí! —exclamó, girando levemente el cuerpo, como si quisiera absorber cada detalle—. Esto es realmente... mágico.

Había una admiración genuina en su voz. Como si estuviera descubriendo algo precioso que pudiera llevarla a algún lugar dentro de sí misma.

—Esta es una de las vistas más famosas de Sorrento —expliqué, cruzando los brazos mientras observaba su reacción—. Dicen que es uno de los mejores lugares para ver el atardecer.

Chiara sonrió, y algo en la forma en que sus ojos se entrecerraron levemente me hizo contener la respiración.

—Parece una invitación para volver aquí al anochecer. —No lo dijo de forma sugestiva, pero había un tono implícito que me revolvió el estómago con una alerta silenciosa.

—Tal vez —murmuré, intentando parecer indiferente.

Pero la verdad era que la idea no me parecía nada mal.

Giovanni, que exploraba la zona con la energía de un niño que lo ve todo por primera vez, vino corriendo hacia nosotros, entusiasmado.

—¡Mira, Chiara! ¡Un barco!

Ella se inclinó junto a él, señalando la pequeña embarcación que navegaba lentamente por la bahía. El sol de la mañana teñía el cielo de tonos anaranjados y dorados, reflejándose en el agua de una manera que parecía una pintura.

—Este lugar es realmente especial, ¿verdad Gio? Creo que ya entiendo por qué tu papà ama tanto Sorrento.

Giovanni asintió con entusiasmo.

—¡Papà siempre dice que es el lugar más bonito del mundo! También traía aquí a mamá…

Mi pecho se apretó. Por un momento, no supe qué decir. Los recuerdos de Camila eran vagos para Giovanni. Era muy pequeño cuando todo sucedió, y aunque intentaba mantener viva su memoria en lo poco que él recordaba, todavía era difícil escucharlo hablar de ella en momentos como este.

Chiara, sin embargo, no dudó.

—Tiene razón. Sorrento es encantadora. No sé si voy a poder irme después de todo esto. —Me miró al decirlo, y algo dentro de mí se removió, inquieto… e incómodo.

Sabía que esto que estaba sucediendo entre nosotros —fuera lo que fuera— tenía fecha de caducidad. Pero escuchar esa posibilidad de su propia boca me golpeó de una manera inesperada.

—Es fácil perderse aquí —respondí, intentando mantener un tono liviano—. La gente viene por la belleza y la historia, pero se queda por el ritmo de vida... y el mar.

—¡Y por el gelato, claro! —bromeó, guiñándole un ojo a Giovanni, que rió fuerte.

Guardé silencio, observándola. Ella se estaba integrando en mi vida de una forma que no había previsto.

Mi hijo adoraba su compañía.

Nonna la apreciaba.

Y yo...

Yo estaba completamente jodido.

Giovanni se alejó para mirar más de cerca una estatua cercana, y Chiara y yo nos quedamos uno al lado del otro, mirando el mar.

— La Villa Comunale tiene algo de nostálgico —comenté, con la voz más baja—. He venido aquí tantas veces, pero cada vez parece diferente.

— Tal vez sea por los recuerdos que llevas contigo de este lugar —respondió ella, con una mirada distante—. Yo también tengo sitios que me hacen sentir así.

Por un segundo, quise preguntarle cuáles eran esos lugares y qué significaba Sorrento para ella. Pero no lo hice. Aún no sabía cómo lidiar con la idea de querer saber más sobre alguien... sobre ella.

— Gio tiene razón, lo sabes —dijo de repente, con una leve sonrisa —. Es realmente el lugar más bonito del mundo.

— Para mí es más que solo bonito —confesé, sorprendiéndome por mi propia sinceridad—. Sorrento es lo único constante en mi vida. Todo cambió, menos este lugar.

Chiara me miró con una mezcla de comprensión y curiosidad. Como si pudiera ver más allá de mis palabras y de las barreras que intentaba mantener entre nosotros.

Antes de que pudiera decir algo más, Giovanni volvió corriendo, entusiasmado.

— Papà, ¿me puedes levantar para ver el mar más de cerca?

— Cuidado, bambino. Eres demasiado aventurero. —Tomé a mi hijo en brazos y lo levanté hasta la baranda, sujetándolo con firmeza.

— ¡Mira eso! —exclamó fascinado—. Chiara, ¡tú también puedes subir! Papà puede ayudarte.

La invitación inocente hizo que Chiara riera, pero vi cómo se le sonrojaban un poco las mejillas.

— No te preocupes, Gio. Estoy bien aquí.

— ¿Miedo a las alturas? —la provoqué, arqueando una ceja.

— No. —Negó con la cabeza, aún sonriendo—. Solo no quiero darte más trabajo. Parece que ya tienes bastante entre manos.

— A veces... es bueno tener más entre manos.

— ¡Mira, están volando a casa! —Giovanni señaló un grupo de gaviotas—. Chiara, ¿tú también vas a volar a casa algún día?

Su sonrisa se desvaneció un poco.

— Algún día, sí. Pero por ahora, voy a disfrutar todo lo que pueda aquí contigo y con tu papà.

Giovanni sonrió, satisfecho con la respuesta. Pero yo no. Porque me di cuenta de que no quería que ella se fuera.

Y eso… eso era peligroso.

— ¿Listos para la siguiente parada? —pregunté, forzando un tono casual.

Chiara asintió, pero su mirada se quedó en la mía un segundo más de lo debido.

— Claro. Estoy lista para conocer más de tu Sorrento, Ugo.

Mi Sorrento... ¡Mierda!

Si no tenía cuidado, Chiara Bianchi también iba a terminar siendo mía.

Y no sabía qué hacer con eso.



Seguimos hacia la Piazza Tasso, el corazón de Sorrento, donde el aroma a café recién hecho se mezclaba con el dulce olor de la repostería que salía de los escaparates. Las calles estaban llenas de vida, los turistas caminaban con calma, admirando la arquitectura antigua, y el murmullo de las conversaciones llenaba el aire, dándole al momento un toque acogedor.

Giovanni corrió adelante en cuanto vio la heladería.

— *Papà*, ¿podemos tomar un *gelato*? ¡Prometiste que hoy iríamos!

Sonreí al ver la emoción de mi hijo.

— Está bien, vamos a tomar un *gelato*. —Miré a Chiara a mi lado, esperando su respuesta—. ¿Y tú? ¿Aceptas la invitación?

Ella le lanzó una mirada cómplice a Giovanni antes de responder:

— Claro, ¡no puedo rechazar algo así!

Gio celebró con un gritito alegre y entró en la heladería prácticamente saltando. Chiara y yo lo seguimos, y por un instante, sentí

un calor diferente extenderse por mi pecho al verlos juntos.

La heladería era un pequeño establecimiento familiar, con vitrinas de vidrio que mostraban decenas de sabores artesanales. El aroma dulce y tentador del helado me trajo recuerdos de la infancia.

— Escoge el que quieras, *bambino.*

No necesitó pensarlo dos veces.

— ¡Chocolate! —anunció con convicción.

— ¿Y tú, Ugo? —Chiara rió y me miró.

— Tiramisú —respondí automáticamente. Siempre fue mi favorito.

— Hum, ¡todo un clásico! —Sonrió—. Creo que yo tomaré de limón siciliano.

El dependiente nos sirvió los helados, y salimos a sentarnos en una mesa en el área exterior. El sol estaba fuerte, pero la brisa del mar hacía que el clima fuera agradable. Giovanni se sentó entre nosotros y, como era de esperarse, en menos de dos minutos ya tenía la cara toda manchada de helado.

Chiara rió y tomó una servilleta.

— Ven aquí, Gio, déjame limpiarte antes de que te conviertas en un desastre andante.

Él hizo una mueca, pero se dejó limpiar, y la escena me golpeó de una manera que no esperaba.

No era que nunca hubiera visto a alguien interactuar con mi hijo. Pero la forma en que ella lo hacía... la naturalidad con la que lo cuidaba, con la que se preocupaba, sin parecer forzada ni invasiva...

— Eres muy buena con él —comenté, sin poder evitarlo.

— Gio es un niño increíble. Es fácil quererlo. —Chiara desvió la mirada hacia mí, y vi un brillo sincero en sus ojos.

Por un momento, no supe qué decir. Había algo tan puro en esa respuesta que sentí un nudo en la garganta. La vulnerabilidad que siempre evitaba empezó a filtrarse. No me gustaba que nadie se acercara demasiado. Pero con Chiara... eso estaba ocurriendo sin que yo pudiera controlarlo.

— Sé que soy muy protector con Giovanni —admití, más para mí mismo que para ella—. Pero es que él lo es todo para mí.

— Admiro eso en ti, Ugo. —Chiara asintió, como si comprendiera cada palabra.

— Chiara, ¿tú has comido gelato en Brasil? —El silencio entre nosotros duró solo un segundo, porque Giovanni enseguida retomó la conversación, lleno de energía.

— ¡Claro! —Rió, acomodándose en la silla—. Pero allá hace tanto calor que el helado se derrite en segundos. Una vez, cuando era niña, compré uno enorme y, antes de dar la segunda lamida, se cayó al suelo. Me puse tan triste que mi mamá me compró otro, y adivina qué… ¡también se cayó!

— ¡Eso es muy gracioso! —Giovanni soltó una carcajada, golpeando con sus manitas la mesa.

Había algo tan natural en ella que me encontré sonriendo también. La forma en que hablaba y se integraba en las situaciones sin esfuerzo. Como si ya formara parte de todo eso desde hacía más tiempo del que realmente llevaba.

No estaba acostumbrado a eso.

Y tal vez eso era precisamente lo que me asustaba.

— De niña solía soñar con venir a Italia —confesó, mirando el movimiento de la plaza por un momento, como si reviviera memorias

lejanas—. Mi *papà* siempre decía que Sorrento era un lugar mágico, donde los sueños podían hacerse realidad.

Había algo melancólico en sus palabras, y me descubrí queriendo saber más.

— ¿Estás encontrando esa magia que buscabas?

Desvió la mirada hacia mí y vi la duda en sus ojos.

— Tal vez. Aún estoy intentando entenderlo.

Por alguna razón, esa respuesta me molestó. Quería que dijera que sí. Pero no lo hizo. Y eso quedó atrapado en algún lugar dentro de mí.

Durante un tiempo, solo disfrutamos del momento. Giovanni lamía lo que quedaba de su helado, aún encantado con las historias de Chiara. La brisa cálida soplaba por la plaza y las campanas de la iglesia al fondo sonaban suavemente, recordándonos que el día seguía avanzando.

— *Papà*... ¿puedo preguntarte algo? —De repente, Giovanni alzó la mirada hacia mí.

— ¿Qué pasa, *bambino*?

— ¿Te gusta Chiara? —Inclinó la cabeza, pensativo.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda.

Chiara contuvo la respiración a mi lado.

Y entonces Giovanni completó, como si no tuviera idea del peso de su pregunta:

— Porque a mí me gusta. ¡Mucho!

Chiara rió, pasándose una mano por el cabello, claramente sin saber cómo reaccionar.

— ¡Y tú me gustas mucho a mí, Gio!

Mi hijo sonrió, satisfecho. Pero yo seguía sin respuesta. Porque si decía algo ahora, tal vez todo cambiaría.

Y todavía no sabía si estaba preparado para eso.

Pero de algo sí estaba seguro...

Me gustaba Chiara mucho más de lo que debería.



CAPÍTULO 19



El sol comenzaba a inclinarse en el horizonte cuando nos dirigimos hacia la Marina Grande. El aire salado del mar era arrastrado por la brisa suave, y el sonido de las olas rompiendo contra los barcos anclados se mezclaba con el murmullo de las pocas personas que aún caminaban por el muelle.

Giovanni salió corriendo en cuanto sus pies tocaron la arena, recogiendo pequeñas piedras para lanzarlas al agua. Su risa resonaba en el atardecer dorado, llenando el ambiente con una energía ligera y despreocupada.

Chiara se agachó a su lado, tomó una piedra y la lanzó hacia la superficie. La piedra rebotó dos veces antes de hundirse.

—¡Lo logré! —exclamó, riendo.

—¡Lo vi! —Giovanni saltó emocionado—. ¡Pero yo puedo hacerlo mejor!

—Entonces quiero verlo.

Mi *bambino* tomó otra piedrita, frunció los labios con concentración y la lanzó. La piedra golpeó el agua tres veces antes de hundirse.

—¡Tres veces, Chiara! ¡Gané!

—¡Impresionante, Gio! —Ella aplaudió, sonriendo.

Me acerqué, observando la escena. Chiara parecía pertenecer a ese momento. Como si ya formara parte de nuestra rutina. Y eso me... asustaba.

—Giovanni parece estarse encariñando contigo —dejé escapar en un tono bajo, pero ella me oyó.

—Espero que no sea un problema —continuó mirando al niño, pero una pequeña sonrisa surgió en la comisura de sus labios.

Dudé por un instante antes de responder.

—Para nada —negué con la cabeza lentamente, sintiendo un nudo extraño en el pecho—. Es sólo... algo nuevo para mí.

—Los niños son más sinceros que los adultos, ¿sabes? —Chiara finalmente desvió la mirada de Gio y me miró con atención—. Ellos muestran exactamente lo que sienten, sin filtros. Es algo que me inspira.

Sus palabras se quedaron en mi mente por un momento. Giovanni ya estaba expresando lo que sentía por ella... Y yo aún estaba intentando fingir que no pasaba nada dentro de mí.

—Chiara, yo... necesito decirte algo —empecé, con la duda pesando en mi voz.

—¿Qué pasa? —Ella giró el rostro hacia mí, con curiosidad en la mirada.

Pasé una mano por mi cabello, soltando un suspiro antes de finalmente admitir:

—Sé que no he sido fácil y... tal vez te juzgué demasiado rápido. Perdóname por cómo te traté desde que nos conocimos.

Ella parpadeó, sorprendida, y pude ver en su expresión que esas palabras fueron inesperadas.

—De verdad, Ugo —dijo, su voz más suave—. Entiendo que solo estás protegiendo a tu hijo. Ya te dije que admiro y respeto eso. Solo no

quiero que me trates como una amenaza, porque estoy muy lejos de serlo.

El peso de su sinceridad me golpeó de lleno, porque rara vez alguien era tan directo conmigo. Y más raro aún era que yo admitiera estar equivocado.

—Haré mi mejor esfuerzo para cambiar eso a partir de ahora —prometí—. Como dije antes... todo esto es muy nuevo para mí.

Chiara asintió despacio, pero sus ojos guardaban algo más.

—Las cosas nuevas pueden dar miedo, Ugo —dijo con una pequeña sonrisa—. Pero la mayoría de las veces, valen la pena.

Su comentario quedó en el aire, cargado de significado. Y antes de que pudiera responder, Giovanni vino corriendo hacia nosotros, empapado y sonriendo como si acabara de descubrir el secreto del universo.

—Papà, ¡logré que la piedra rebotara tres veces más!

Reí, revolviendo su cabello.

Ese momento era puro. Simple. Y no quería que terminara.

No quería que... esto entre los tres terminara.



Mientras paseábamos por el antiguo Chiostro di San Francesco, la luz suave del atardecer se filtraba por los arcos de piedra, creando sombras alargadas sobre el suelo de ladrillos. Aquel lugar era un santuario silencioso en medio de la ciudad, y yo siempre encontraba allí un tipo raro de paz.

Chiara parecía igualmente encantada. Se acercó a una de las columnas antiguas, deslizando los dedos sobre la textura irregular de las piedras desgastadas por el tiempo. Sus ojos recorrían cada detalle con una

reverencia silenciosa, como si intentara absorber siglos de historia solo con el tacto.

—Es realmente un lugar encantador. La historia está por todas partes, ¿no? —La forma en que decía eso, con auténtica admiración, me hizo desear mostrarle cada rincón de mi ciudad.

—Es uno de mis lugares favoritos de Sorrento. Cuando todo me sobrepasa, vengo aquí a encontrar un poco de paz —confesé, sorprendiéndome a mí mismo con aquella admisión.

Yo no era del tipo que compartía ese tipo de cosas. Pero con Chiara... sentía que quería hacerlo.

—Parece un buen refugio —había algo en la forma en que me miraba, como si pudiera verme de una manera que nadie más lograba.

Eso debería asustarme. Pero no lo hacía.

O quizás sí... y simplemente ya no me importaba.

—Sorrento está llena de historias. Desde la época romana hasta leyendas de sirenas que, dicen, encantaban a los marineros a lo largo de la costa —aproveché el momento para acercarme un poco más, manteniendo un tono ligero.

Antes de que Chiara pudiera responder, Giovanni apareció corriendo hacia nosotros, el cabello revuelto por el viento y los ojos brillando de emoción. Agarró la mano de ella con fuerza, como si estuviera a punto de contar el secreto más importante del mundo.

—¡Las sirenas son reales, ¿sabías?! —anunció con seriedad—. ¡Nonna dice que cantan por las noches!

Chiara sonrió y se agachó un poco para mirarlo mejor.

—Entonces, además de los gruñidos de un italiano cascarrabias, ¿también tendré que estar atenta al canto de las sirenas? —su risa era

ligera, provocadora, y sentí algo cálido expandirse dentro de mí al verla así... tan suelta y... tan en casa.

—Jamás subestimes a un italiano cascarrabias, signorina —repliqué, cruzándome de brazos—. Las sirenas pueden ser peligrosas, incluso con su canto dulce y seductor...

Mis ojos descendieron hasta sus labios, y Chiara lo notó. Se humedeció la boca, sosteniendo mi mirada un instante demasiado largo.

—En cambio, un italiano cascarrabias... —continué, más bajo— puede volverse dócil, si no se rinden en el intento de comprenderlo.

Chiara parpadeó y luego rió, con los ojos brillando de diversión... y de algo más que no debería querer descifrar. Pero que... joder, ¡sí quería! Mucho.

Por un momento, todo lo que nos rodeaba desapareció. No había Chiostro, ni turistas, ni Giovanni corriendo tras las palomas.

Solo existía la forma en que ella me miraba, como si intentara decidir si valía la pena seguir intentando entenderme.

Y la forma en que yo la miraba... como si supiera que ella era la única que realmente podría entenderme.

Si yo lo permitía.

Si estaba listo...

¿Pero lo estaba?



Nos dirigimos al *Museo Correale di Terranova*, uno de los lugares que solía visitar con Giovanni, aunque, para ser honesto, no tan seguido como debería.

Chiara parecía genuinamente fascinada por el lugar. Observaba todo con atención, absorbiendo cada detalle de las exposiciones con esa mirada curiosa y atenta que ya me era familiar. Sabía que le interesaba la historia de Sorrento, pero había algo más en la forma en que brillaban sus ojos, en cómo se permitía ser arrastrada por cada pequeño descubrimiento del día.

Y me descubrí observando más sus reacciones que las propias piezas del museo. Porque esa mujer tenía el don de volver todo mucho más interesante.

En un momento, nos detuvimos frente a una sección que exhibía antiguos barcos y artefactos náuticos. Giovanni estaba entusiasmado, señalando cada uno como si estuviera ante un verdadero tesoro perdido.

—¡Mira este, *papà*! —tiró de mi mano, señalando una hermosa maqueta de una embarcación del siglo XVIII—. ¡Este barco parece como los que salen en las historias de la *nonna*!

Chiara rió al verlo tan animado.

—Es increíble —comentó, volviéndose hacia mí—. No solo las piezas, sino la manera en que preservan la historia. Se puede sentir el alma de la ciudad aquí.

—Sí... es como parte de nosotros —admití, con cierto orgullo—. Mantenemos las tradiciones, pero sin dejar de evolucionar.

Ella sostuvo mi mirada por un momento y luego dijo, con ese tono directo que ya conocía:

—Eso me parece admirable. Pareces alguien que valora mucho el pasado.

Sus palabras resonaron dentro de mí. Sí, lo valoraba. Tal vez más de lo que debería. Sorrento no era solo la ciudad donde nací y crecí. Era lo único constante que quedó cuando todo se vino abajo. El pasado era un

ancla. Solo que no sabía si era una que me mantenía firme… o una que me estaba hundiendo.

—A veces es difícil dejar atrás el pasado —admití, bajando un poco la voz—. Pero Sorrento es un lugar que nos recuerda quiénes somos... y quiénes podríamos llegar a ser.

El momento entre nosotros pareció suspenderse en el tiempo. Chiara se mordió suavemente el labio inferior, y vi cómo sus ojos se deslizaban sutilmente hacia mi boca antes de volver a los míos.

El deseo era palpable. Esa tensión que nos rodeaba desde que la llevé a casa esa mañana.

Sabía que debería dar un paso atrás. Que no era ni el momento ni el lugar adecuado. Pero el calor en su mirada desarmaba todas mis defensas.

Por un segundo, me permití pensar que tal vez podía romper mis propias reglas. Tal vez podía besarla allí mismo, en medio del museo, rodeado por el pasado y por la promesa de algo nuevo.

Tal vez podía…

—¡*Papà*, necesito hacer pis! —Giovanni interrumpió el momento de la forma más brusca posible, y Chiara soltó una carcajada, dando un paso atrás y desviando la mirada.

—Está bien, *bambino*. Vamos a buscar el baño —pasé una mano por el rostro, intentando recuperar el control de la situación.

Giovanni me tomó la mano con la urgencia propia de un niño, y cuando volví a mirar a Chiara, aún tenía una sonrisa jugueteando en los labios. Pero sus ojos... aún estaban llenos de lo que no pasó. Y de lo que, inevitablemente, iba a pasar.

Porque con cada segundo que pasaba, se hacía más evidente para mí que me estaba enamorando de ella.

Y eso me asustaba más que cualquier otra cosa.



El cielo exhibía un espectáculo de colores cálidos, con tonos dorados y lilas pintando el final de un día que solo podía describirse como inolvidable, cuando cruzamos las puertas de la Posada Romano.

Y Giovanni, como siempre, se encargó de verbalizarlo de manera absoluta:

—¡*Nonna,* hoy fue el día más perfecto de toda mi vida!

—¿Te divertiste, *bambino*? —Aurora rió, abriendo los brazos para recibir al bisnieto, que corrió hacia ella con entusiasmo.

—¡Sí! *Papà* nos llevó a muchos lugares geniales, ¡y le gané a Chiara lanzando piedritas al agua! ¡Fue increíble!

Observé a mi abuela agacharse para abrazarlo y reprimí un suspiro al notar la ligera vacilación en su movimiento. Todavía tenía dolores, aunque intentara disimularlo.

—Creo que alguien necesita urgentemente un baño —bromeó, dándole un beso en la mejilla a Giovanni.

—¡Estoy exhausto! ¿Puedo saltarme el baño? —Mi hijo soltó un suspiro dramático.

—Ni pensarlo —crucé los brazos, fingiendo indignación.

—Déjamelo a mí, Ugo —Aurora se levantó con calma y sonrió a Gio —. Vamos, querido. Mientras te bañas puedes contarme todos los detalles del paseo.

Observé la escena, sabiendo exactamente lo que *nonna* estaba haciendo: nos estaba dando espacio. Aurora Romano no dijo nada, pero la mirada fugaz que me lanzó fue clara. ¡Ella ya sabía!

Cuando ambos desaparecieron dentro de la casa, el patio quedó en silencio por un momento. Me giré hacia Chiara y encontré su sonrisa despreocupada mientras se estiraba suavemente, como si absorbiera la paz de ese instante.

—No esperaba que este paseo fuera tan agradable —mi confesión salió antes de que pudiera detenerla.

—Creo que tú también te divertiste, aunque te cueste admitirlo.

—Tal vez... —murmuré, sintiendo que una leve sonrisa se dibujaba en mis labios.

Ella pareció satisfecha con mi respuesta y dio un pequeño paso al frente, pero lo suficiente para que lo notara. Mi respiración se desaceleró al darme cuenta de lo cerca que estábamos. No era invasivo, ni exagerado, pero... lo bastante para que mi cuerpo reaccionara a su presencia de una forma que me incomodaba y me atraía en la misma medida.

—¿De verdad no tienes miedo a nada, verdad? —pregunté, mi voz saliendo más baja.

—Tengo miedo de muchas cosas —sostuvo mi mirada sin vacilar—. Pero no de ti.

¡Mierda!

No estaba preparado para escuchar eso. Ni para que alguien me mirara como si no fuera un hombre roto, o un riesgo... Como si no fuera un problema que debía evitarse.

La sonrisa traviesa de Chiara aún jugaba en sus labios cuando acorté la distancia entre nosotros. Nuestros hombros casi se tocaban y ella lo notó. Sus ojos brillaban con ese desafío silencioso, esperando ver qué haría a continuación.

Por un instante, mi mente me dio todas las razones para retroceder. Pero mi corazón... estaba cansado de resistirse.

—¿Sabes una cosa? —murmuré, inclinándome un poco más—. Tal vez tengas razón.

El calor del atardecer, el aroma cítrico de su piel, la energía del momento... Todo parecía converger en ese instante.

—¿Sobre qué? —parpadeó, visiblemente sorprendida.

—Sobre intentar cosas nuevas.

Nuestras respiraciones se mezclaron y el espacio entre nosotros desapareció.

Chiara no retrocedió. Me miraba con ese mismo desafío silencioso, la boca entreabierta, los ojos brillando con algo que aún no estaba listo para nombrar.

Y entonces, hice lo que debí haber hecho desde el momento en que la vi esta mañana en la cocina. Tomé su nuca, sintiendo la suavidad de su cabello entre los dedos, y la atraje hacia mí.

Nuestros labios se encontraron con una mezcla de duda y deseo demasiado contenido como para ser ignorado. Chiara soltó un suspiro contra mi boca antes de entregarse por completo, sus manos deslizándose hasta mis hombros, apretando la tela de mi camisa como si quisiera sentirme más cerca.

El beso comenzó lento. Exploratorio. Pero pronto se volvió algo más intenso y hambriento. Como si hubiéramos pasado demasiado tiempo negando lo inevitable.

Mi corazón latía con fuerza, su sabor mezclándose con el mío y, por un instante, nada más importaba. Ni el pasado, ni el miedo, ni los muros que había erigido a mi alrededor.

Entonces, sonó el teléfono. El sonido rompió el momento de forma brutal.

Solté una maldición baja contra sus labios, aún sosteniendo su rostro y sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío. Chiara parpadeó, levemente agitada, y vi su expresión transformarse de entrega absoluta a una confusión contenida.

Con un suspiro frustrado, saqué el teléfono del bolsillo trasero de mis pantalones. Mi pecho subía y bajaba con fuerza cuando vi el nombre de Valentina brillando en la pantalla.

Mi cuerpo se tensó de inmediato. El peso en el pecho llegó sin aviso, el recuerdo de todo lo que esa llamada podía significar me arrancó el aire de los pulmones.

—¿Pasó algo? —preguntó Chiara.

Levanté los ojos hacia ella, y lo que vi me golpeó como una bofetada.

La confusión.

El pequeño fruncimiento entre sus cejas.

La sombra de una duda que no estaba allí antes de que sonara el teléfono.

—Tengo que contestar —mi voz salió más áspera de lo que pretendía, porque la verdad era que no quería contestar nada.

No con Chiara mirándome así.

Ella dio un paso atrás, como si hubiera entendido algo que yo no dije. Su sonrisa no desapareció por completo, pero la chispa en sus ojos se apagó un poco.

—Claro —asintió levemente—. No hay problema.

Pero sí era un problema.

Porque en el instante en que contesté la llamada y comencé a caminar hacia mi oficina en la posada, supe que algo se había perdido en

ese momento.

Algo que parecía demasiado importante como para ignorarlo.

Y Valentina... todavía lograba desordenarlo todo, incluso a la distancia.





CAPÍTULO 20

El vapor caliente de la ducha envolvía mi cuerpo mientras el agua recorría mi piel, llevándose consigo el polvo del día. Pero no se llevaba los pensamientos que giraban sin cesar en mi cabeza.

Pasé las manos por mi cabello húmedo, intentando ordenar las emociones que aún se aferraban a mí después de ese día con Ugo y Giovanni. No esperaba sentirme así... tan cómoda y parte de algo que nunca fue mío.

Pero quizás ese era el problema.

¿Qué tan fácil era sentirse parte de algo y olvidar que, al final del día, eso no me pertenecía?

Esa posada, esa ciudad, esa pequeña familia...

Mi respiración vaciló por un instante.

Familia.

Esa palabra martillaba en mi mente mientras recordaba a Aurora sonriendo a su bisnieto, y la manera en que Giovanni tomaba la mano de su padre, como si supiera con certeza que él siempre estaría allí para guiarlo.

Yo no tenía nada de eso desde hacía mucho tiempo.

Y la verdad era que aún estaba huyendo de mi propia realidad.

Apagué la ducha, sintiendo un escalofrío recorrerme al salir del agua. Me envolví en la toalla esponjosa y me enfrenté al espejo empañado. Mi reflejo era

el de una mujer al borde de una decisión. Pero no sabía exactamente qué debía decidir.

¿Estaba yendo demasiado rápido?

Ugo Romano era un hombre intenso, cerrado, rodeado de muros invisibles que no dejaba que nadie cruzara. Podía sentir el peso de su pasado en cada silencio prolongado, en cada vacilación antes de decir algo profundo. Pero yo también tenía mi propio equipaje. También guardaba cosas que no le había contado a nadie.

Tal vez por eso algo en él me atraía tanto. Porque, de algún modo, ambos cargábamos el peso de cosas que no podíamos —o no queríamos— contar.

Cerré los ojos por un instante, sintiendo una ola de cansancio apoderarse de mí. Tenía hambre. Quizás salir a cenar fuera una buena idea...

Pero el recuerdo de la llamada de Ugo me dejó intranquila.

¿Qué pudo haber sido?

La forma en que su cuerpo se tensó y su expresión cambió en cuanto miró la pantalla de su teléfono... No fue una simple llamada. Algo en eso lo sacudió... y yo quería saber qué era.

Pasé la toalla por mi rostro y caminé hacia la maleta, pensando en vestirme para salir. Pero antes de que pudiera decidir nada, escuché un golpe firme en la puerta. Mi corazón dio un vuelco...

Porque no necesitaba preguntar quién era.

Había algo en la forma en que él llamaba... como si ya supiera que iba a abrirle.

Me aseguré la toalla nuevamente y caminé hacia la puerta. Cuando giré el pomo y abrí, allí estaba Ugo. Sus ojos recorrieron mi figura recién salida del baño, sin disimulo. Pero, a diferencia de otros hombres, no desvió la mirada ni pidió disculpas. Simplemente entró.

Antes de que pudiera reaccionar, Ugo cerró la puerta detrás de él y me empujó contra ella, el calor de su cuerpo invadiendo cada centímetro del mío.

Sabía que no había venido solo para hablar. Y en ese momento, tampoco era eso lo que yo quería.

Su cuerpo caliente contrastaba con mi piel aún húmeda, y la forma en que sus ojos descendieron lentamente por mi cuerpo encendió cada parte de mí.

—¿Siempre abres la puerta así? —Su voz era baja, arrastrada por ese acento que convertía cada palabra en puro deseo.

Tragué saliva, sintiendo el roce de sus dedos sobre mi brazo, un movimiento sutil que solo aumentaba la tensión.

—Sabía que eras tú.

La comisura de su boca se alzó en una media sonrisa, pero su mirada decía otra cosa.

—¿Y si no lo hubiera sido? —Deslizó un dedo por mi hombro desnudo, trazando un camino hasta el borde de la toalla. —¿Y si hubiese sido otro hombre?

—Pero no lo fue. —Mi voz salió más baja de lo que pretendía, porque la verdad era que su toque me tenía mareada.

Ugo soltó una risa suave, ese sonido áspero y cargado de malicia, antes de inclinarse hasta que su boca quedó peligrosamente cerca de mi oído.

—Pareces muy segura de eso.

Lo estaba. Mi cuerpo lo supo antes que mi mente.

Sus dedos bajaron por mi brazo hasta encontrar mi cintura, sujetándome con fuerza, acercándome aún más a él. Un calor me recorrió la espalda al sentir su erección presionada contra mi vientre, con la toalla como única barrera ridícula entre nosotros.

—Saliste de la ducha y ni siquiera te vestiste... solo una toalla delgada —Arrastró la punta de la nariz por mi mandíbula, provocando un escalofrío. —Como si me estuvieras esperando.

Mis manos se deslizaron hasta sus hombros anchos, apretando la tela de su camisa.

—Viniste, ¿no? —lo desafié, sabiendo que le encantaba que yo lo hiciera.

La respuesta de Ugo fue apretarme con más fuerza por las caderas, acompañado de un movimiento lento contra mi cuerpo. Un gruñido grave escapó de su garganta.

—Tienes una boca muy atrevida, Chiara...

— Y a ti te gusta — retruqué, sintiendo una satisfacción cálida al ver cómo sus ojos se oscurecían con el deseo.

Sus dedos se cerraron en un puño al costado de la toalla, y antes de que pudiera reaccionar, tiró del tejido hacia abajo, dejándome completamente desnuda entre sus brazos. Los ojos de Ugo recorrieron mi cuerpo, y un gruñido bajo y posesivo escapó de sus labios.

— Mierda… — murmuró, sus dedos subiendo para trazar un camino provocador a lo largo de la curva de mi cadera.

No podía respirar bien. Todo mi cuerpo ardía, la piel erizada bajo su tacto. Pero entonces, retrocedió un paso.

Mis ojos se abrieron sorprendidos al ver a Ugo arrodillarse lentamente, sus rodillas tocando el suelo de madera de la habitación. La visión de él allí, frente a mí, con los ojos fijos en mi intimidad ya húmeda por la excitación, me dejó sin aliento.

— Es una lástima… — Pasó las manos por mis muslos, abriéndolos ligeramente, su pulgar trazando círculos perezosos cerca del lugar donde más lo necesitaba. — No tengo un condón conmigo.

Un gemido frustrado amenazó con escapar de mi garganta, pero lo contuve.

Ugo alzó la vista hacia mí, esa sonrisa arrogante jugando en sus labios mientras presionaba un beso cálido contra mi vientre, bajando peligrosamente.

— De lo contrario… — Pasó la lengua por su labio inferior antes de besar la parte interna de mi muslo. — Te follaría contra esta puerta hasta que no pudieras caminar.

Mis piernas flaquearon, pero él me sostuvo, manteniéndome en mi sitio con sus manos firmes.

— Pero… — Su lengua se deslizó por mi piel, justo donde más lo ansiaba. — Todavía puedo follarte de otra manera…

Entonces su boca se apoderó de mí, y el choque de placer hizo que todo mi cuerpo se arqueara contra la puerta. La lengua caliente y experta de Ugo encontró exactamente lo que buscaba, alternando entre succiones precisas y caricias profundas que hicieron que mi visión se nublara.

Quería gemir. Gritar su nombre. Pero...

— Tendrás que correrte en silencio, cara mia — su voz era pura provocación contra mi piel sensible. — El aislamiento acústico aquí no es de los mejores...

Mis dedos se enterraron en su cabello, tirando, buscando algún ancla en medio de esa tortura deliciosa. Ugo intensificó los movimientos, sus dedos manteniendo mis muslos abiertos mientras su lengua me llevaba al límite con embestidas certeras.

Mordí mi labio, los ojos cerrados con fuerza, intentando desesperadamente contenerme. Pero él sabía exactamente cómo deshacerme.

— Es difícil, ¿verdad? — su tono era pura diversión y arrogancia. — No poder gemir mi nombre mientras te llevo al cielo...

Quería matarlo. O quizás simplemente rogarle que no se detuviera nunca.

Mi respiración era irregular, los músculos tensos y cada célula de mi cuerpo vibrando con necesidad. Y entonces, succiónó justo en el punto exacto, y todo explotó.

Mis rodillas cedieron, todo mi cuerpo temblando con el placer intenso que recorrió mi columna y me hizo aferrarme a sus hombros con fuerza, intentando sujetarme a la única cosa real en ese momento.

Ugo continuó con sus caricias, prolongando cada onda de mi orgasmo hasta que no pude más. Cuando finalmente se retiró, alzó la mirada hacia mí, su boca brillando con los rastros de mi placer.

— Brava, signorina… — murmuró, incorporándose lentamente, sus dedos trazando un camino perezoso por el lateral de mi cuerpo hasta sostener mi rostro. — Pero la próxima vez… Quiero escuchar cada gemido desesperado que tengas para mí.

Se inclinó hasta que sus labios rozaron los míos, y entonces me besó de verdad.

El beso era puro dominio, cálido y exigente, y el sabor de mi propio placer en su boca solo hacía todo aún más erótico. Ugo no solo me besaba, me consumía, y hacía que sintiera cada segundo de esa entrega como si yo fuera algo de lo que él no pudiera desprenderse.

Solté un suspiro contra sus labios, aún intentando recuperar el aliento tras el orgasmo devastador que me había arrancado. Mis dedos se aferraron a sus brazos, buscando algún ancla mientras mi cabeza seguía girando.

Ugo profundizó el beso, su lengua moviéndose lenta y perezosamente contra la mía, haciéndome saborear cada gota del placer que acababa de darme. Fue un gesto íntimo y absurdamente sensual.

Cuando por fin se apartó, yo todavía estaba mareada. Mi cuerpo temblaba levemente, las rodillas seguían débiles y mi respiración completamente errática. Pero fue al abrir los ojos que algo dentro de mí se agitó de un modo diferente.

Aún sostenía mi rostro entre sus grandes manos, los pulgares deslizándose sutilmente por mis mejillas, y su expresión estaba seria. Intensa. Demasiado silenciosa.

— ¿Qué pasa? — pregunté, tragando saliva.

Ugo siguió mirándome durante unos segundos más, como si evaluara algo dentro de sí mismo y tratara de decidir algo. Y entonces, como si hubiera llegado a una conclusión, dijo simplemente:

— Prepara una maleta pequeña.

— ¿Qué? — fruncí el ceño.

— Vamos a pasar la noche fuera.

Mi estómago dio un vuelco con esa revelación inesperada.

— ¿Una noche fuera? ¿A dónde?

— Sorpresa. — Una sonrisa misteriosa jugó en sus labios, y el efecto que eso tuvo sobre mí fue inmediato.

— Ugo... — crucé los brazos, arqueando una ceja. — No soy muy fan de las sorpresas.

Rió bajo, sacudiendo la cabeza como si ya esperara esa respuesta.

— No te preocupes. No te estoy llevando al medio de la nada.

— ¡Ah, perfecto! Porque realmente pensé que ibas a abandonarme en una carretera desierta y volver a Sorrento.

— Si quisiera deshacerme de ti, ya lo habría hecho. — Deslizó los dedos por mi mandíbula, sujetándome con un toque firme, pero al mismo tiempo suave. — Ahora, haz lo que te pido, ¿sí?

Había algo en su tono, en esa manera deliberadamente controlada de instruirme, que hizo que un escalofrío recorriera mi piel.

— ¿Y Giovanni? — pregunté, sabiendo que esa era la única cosa que podría hacerle cancelar cualquier plan.

— Ya hablé con la nonna. Ella se quedará con él. El personal de la posada puede sobrevivir un día sin mí cerca.

— Así que realmente lo habías planeado todo. — Mi boca se abrió ligeramente, sorprendida por el hecho de que ya lo hubiera organizado todo sin decirme nada.

Él simplemente asintió.

Debería haber insistido en saber a dónde íbamos. Pero la verdad era que la idea de pasar la noche sola con Ugo, lejos de todo y todos, hacía que mi corazón se acelerara de una forma que no quería analizar demasiado.

— Está bien... — murmuré, mordiéndome el labio. — Voy a preparar mis cosas.

— ¡Perfecto! — La sonrisa satisfecha que me lanzó hizo que mi piel ardiera aún más. Pasó un dedo por mi labio inferior, presionándolo suavemente

antes de alejarse. — Te espero en el coche, frente a la posada.

Y con eso, Ugo salió de la habitación, dejándome allí... completamente desnuda, aún intentando procesar qué demonios acababa de pasar.





CAPÍTULO 21

El paisaje pasaba por la ventanilla del coche en destellos dorados y azulados, mientras Ugo conducía con una mano firme en el volante y la otra apoyada en la palanca de cambios. La carretera sinuosa, que se desplegaba entre las colinas y la costa, estaba flanqueada por viñedos, pueblos encantadores y el azul infinito del mar a lo lejos.

No tenía idea de adónde íbamos. Pero, por alguna razón, la idea de estar a su lado, dirigiéndome a un destino desconocido, me provocaba una excitación que no sabía bien cómo explicar.

Desvié la mirada del paisaje para observarlo. Su perfil serio, la línea marcada de la mandíbula, los ojos atentos a la carretera. Parecía cómodo conduciendo por esas curvas traicioneras, como si conociera cada tramo de memoria. Por un momento, simplemente me quedé allí, absorbiendo la escena.

Cómo se veía increíblemente sexy al conducir y cómo la luz de la carretera acentuaba sus facciones marcadas… Y cómo estaba tan rendida por él.

—¿Vas a decirme ahora a dónde vamos? —pregunté, rompiendo el silencio.

—Todavía no. —Ugo arqueó una ceja, pero mantuvo la vista fija en la carretera.

—Eso no es justo. —Solté un suspiro dramático y me hundí en el asiento, cruzando los brazos.

—La vida no es justa, cara mia. —Una sonrisa de medio lado apareció en sus labios, y ese acento hizo que algo cálido se extendiera dentro de mí—. No pareces muy fanática de las sorpresas, pero vas a tener que confiar en mí esta vez.

Me mordí el labio, reflexionando sobre eso. No me gustaban las sorpresas. Me gustaba planificar, saber dónde estaba pisando. Pero con él… la idea de confiar en Ugo Romano, de simplemente dejarme llevar por algo desconocido, me provocaba una excitación distinta.

—Está bien —murmuré, mirando la carretera—. Pero dime al menos el motivo. Fue una decisión tan... repentina.

Por un momento, no respondió. Simplemente siguió conduciendo, con la expresión cerrada, tal vez eligiendo las palabras adecuadas. Entonces, finalmente reveló:

—Odié despertar sin ti a mi lado esta mañana.

Mi corazón dio un salto en el pecho. Giré el rostro hacia él, sintiendo un calor reconfortante expandirse en mi estómago. Ugo aún miraba la carretera, pero su mandíbula estaba tensa, como si no estuviera seguro de si debía contarme eso.

—Sabía que te irías, pero… —Exhaló lentamente, sus dedos apretando el volante—. Cuando abrí los ojos y me di cuenta de que ya no estabas allí, sentí que algo andaba mal.

Mi pecho se apretó. Porque yo había sentido lo mismo. Creí que la noche que pasamos juntos sería una despedida. Algo intenso, inevitable, pero que terminaría allí. Entonces, ¿por qué no fue así?

Ugo giró el rostro por un instante y encontró mi mirada.

—Después de cómo empezamos… —La sombra de una sonrisa apareció en la comisura de su boca—. Quise que esta vez fuera diferente.

No supe qué decir. Porque él estaba abriendo una parte de sí que no esperaba. Y ¡maldita sea! Eso me tomó completamente desprevenida.

El silencio que se instaló no fue incómodo, pero necesitaba cambiar de tema antes de que mi corazón decidiera lanzarse al vacío. Así que extendí la mano y encendí el equipo de sonido del coche.

—Veamos si tienes buen gusto musical, señor Romano.

—Diría que mi gusto es… refinado. —Ugo soltó una risa baja.

—Hmm. —Presioné el panel y comenzó a sonar una canción romántica italiana—. Entonces, ¿refinado significa que escuchas canciones de amor mientras conduces?

—Si prefieres llamarlo así… —Se encogió de hombros.

—Ah, entonces dime, maestro, ¿tienes alguna lista de reproducción secreta?

— ¿Tienes algo contra las playlists? — Ugo me lanzó una mirada de soslayo, divertido.

— ¡No! — Negué con la cabeza, riendo. — Solo tengo curiosidad por saber si escuchas algo más que esas canciones dramáticas de italianos enamorados.

Soltó un sonido que parecía una risa contenida y volvió a enfocarse en la carretera.

— No soy muy de playlists, pero cuando quiero relajarme… me gusta preparar café en mi cafetería.

— Espera… — Fruncí el ceño, sorprendida. — ¿Te relajas trabajando?

— No es trabajo — corrigió, con un brillo divertido en los ojos. — Me gusta el proceso. El olor del café recién molido. Probar nuevas mezclas.

— Nunca te imaginé como barista en tu tiempo libre. — Me recosté en el asiento, observándolo con renovada curiosidad.

— ¿Y qué imaginabas?

Esa pregunta me tomó por sorpresa.

¿Qué imaginaba?

¿Que Ugo Romano pasaba sus horas libres ocupado con los negocios de la familia? ¿Que era un hombre siempre rodeado de responsabilidades?

Tal vez eso… o quizás nunca me había detenido a pensar en lo que realmente le gustaba hacer. Pero ahora que lo sabía, quería saber más.

— ¿Vas a dejarme probar uno de tus cafés algún día? — pregunté, arqueando una ceja.

— Si te portas bien.

— ¿Y si prefiero portarme mal?

La media sonrisa torcida que me lanzó fue suficiente para encender un calor directo entre mis piernas.

— Ah, Chiara... — Ugo pasó la lengua por sus labios, sin apartar la vista del camino. — Puedes portarte como quieras. De todos modos, voy a hacer que tomes ese café.

Bajé la mirada hacia mi regazo, sintiendo cómo mi rostro se encendía.

¡Mierda! Él sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Pero antes de que pudiera responder, noté que la carretera comenzaba a cambiar. Dejamos la costa y nos adentramos en una zona más montañosa, con curvas suaves y vegetación densa a nuestro alrededor. El aroma del mar aún flotaba en el aire, pero ahora se mezclaba con el olor fresco de la tierra y las hojas.

Me incorporé en el asiento, y mis ojos se abrieron con sorpresa al ver el cartel delante.

RAVELLO.

— Ugo… — Giré el rostro hacia él, sorprendida.

— Cuando mencionaste Ravello esta mañana… — suspiró, con la voz firme — quise haber estado allí contigo. Especialmente porque supe que fuiste en ese tour solo para evitarme.

Un nudo se formó en mi garganta. Le importaba… ¿Desde cuándo?

Mi mente aún trataba de procesar todo eso cuando giramos por una calle empedrada, rodeada de construcciones históricas. Y entonces, Ugo redujo la velocidad y estacionó frente a una edificación elegante. El cartel discreto indicaba un hotel boutique, pequeño y sofisticado, rodeado de jardines de limoneros y con una vista deslumbrante del valle.

— Ugo… — murmuré sin aliento, mis ojos recorriendo toda la fachada, absorbiendo cada detalle.

— ¿Te gusta? — Apagó el motor y se volvió hacia mí, sus ojos oscuros brillando con una intensidad que me desarmó.

Tragué saliva, sintiendo una oleada de emociones golpearme de lleno.

— Sí. — Y sabía que no hablaba solo del lugar.

Porque la verdad era que me estaba gustando demasiado este hombre.

Bajé del coche despacio, absorbiendo la belleza del sitio frente a mí. El hotel boutique era justo como había imaginado algo en Ravello: pequeño, encantador y sofisticado sin necesidad de ostentaciones.

Una construcción de piedra clara, con ventanas altas y detalles en hierro forjado. La entrada llevaba a un patio interno lleno de limoneros, y desde ahí podía ver una terraza con mesas iluminadas por luces suaves, donde la vista se perdía en el valle esmeralda. Había algo mágico en el aire, y por un instante, me permití olvidar todo lo que me preocupaba.

— Parece que realmente querías compensar la forma en que empezamos. — Crucé los brazos, observando a Ugo mientras sacaba nuestro equipaje del maletero.

— ¿Algún problema con eso? — Me lanzó una mirada de lado, con una media sonrisa traviesa en los labios.

— Ninguno. — Mordí mi labio, sintiendo el calor expandirse por mi pecho.

El lobby del hotel era tan acogedor como el exterior. Paredes de piedra a la vista, muebles de madera oscura y lámparas colgantes creaban un ambiente elegante e íntimo. El aire olía a flores frescas y una música instrumental suave se escuchaba al fondo.

Una mujer de mediana edad, con una sonrisa cálida, nos recibió en la recepción.

— *Benvenuti al nostro piccolo paradiso*. — Su voz tenía ese acento dulce, típico de la región. — Ustedes son los huéspedes de la suite *Vista Dell'Infinito*, ¿verdad?

¡Ugo había reservado una suite!

Lo miré, arqueando una ceja.

— Andiamo. — Tomó la llave después de presentar nuestros documentos y sonrió de forma despreocupada.

Seguimos a la recepcionista por un pasillo, subiendo una escalera de mármol claro que nos llevó al piso superior. El ambiente seguía siendo impecable: paredes en tonos neutros, con cuadros que retrataban la Costa Amalfitana en diferentes épocas.

Nada me preparó para lo que encontré al abrir la puerta de nuestra suite. Lo primero que vi fueron las puertas de vidrio que llevaban a una terraza privada, desde donde se podía ver el mar y las montañas bañadas por la luz dorada del atardecer. La cama, con dosel de tela ligera, ocupaba el centro del cuarto, mientras que muebles rústicos daban un toque acogedor al ambiente.

Sin embargo, lo que realmente me dejó sin aliento fueron los detalles: velas encendidas. Una botella de vino esperando en la mesa junto con una pequeña bandeja de fresas frescas y chocolates artesanales.

Me giré lentamente hacia Ugo, sintiendo mi pecho apretarse. Él pasó la mano por su nuca, como si estuviera levemente incómodo.

— Solo es un lugar bonito, Chiara.

— Es más que eso. — Mi corazón latía con fuerza porque, en ese momento, entendí lo que significaba.

Él quería que fuera especial. No era solo un impulso de deseo. Ugo realmente se preocupaba. Y eso me hacía querer lanzarme de lleno a ese sentimiento avasallador… pero al mismo tiempo, me aterraba.

Respiré hondo, desviando la mirada hacia la vista desde la terraza, intentando recomponerme.

— Bueno… ya que estamos aquí, supongo que deberíamos aprovechar, ¿no?

La sonrisa que apareció en los labios de Ugo estaba cargada de algo que hizo que mi estómago se revolviera.

— Esa es la idea.



El restaurante del hotel estaba en la terraza, rodeado de plantas y luces suaves que iluminaban las mesas elegantemente dispuestas. La noche era cálida y agradable, y la brisa traía consigo el perfume de las flores y del mar a lo lejos.

El camarero nos condujo hasta una mesa reservada en un rincón apartado, asegurando privacidad. Había una vela en el centro y copas ya dispuestas, como si todo hubiera sido cuidadosamente planeado... y tal vez lo había sido.

Cuando nos sentamos, Ugo tomó la carta de vinos y me miró.

— ¿Tinto o blanco?

— Blanco.

Hizo una señal al camarero y pidió un Falanghina, un vino blanco típico de la Campania.

— Te estás volviendo bueno en esto, Romano. — Crucé los brazos sobre la mesa.

— ¿En qué?

— En hacerme las cosas difíciles.

— ¿Difíciles cómo? — Alzó una ceja, curioso.

— Difíciles de no enamorarme. — Las palabras escaparon antes de que pudiera detenerlas.

El silencio que siguió fue denso. Ugo solo me observó, con una mirada enigmática e intensa, quizás procesando lo que acababa de decir. Pensé que cambiaría de tema... o simplemente lo ignoraría. Pero entonces, una pequeña sonrisa apareció en la comisura de sus labios.

— Chiara…

— ¿Sí? — Me incliné un poco sobre la mesa, sintiendo un nerviosismo absurdo apoderarse de mí.

Pasó la yema del dedo por el borde de su copa vacía y murmuró, en un tono bajo:

— ¿De verdad crees que solo tú estás teniendo dificultades aquí?

Mi respiración vaciló. Porque esa frase fue lo más cercano a una confesión que jamás pensé escuchar de él.

El vino llegó y el camarero llenó nuestras copas. Tomé la mía rápidamente, porque necesitaba algo que me calmara. Brindamos sin necesidad de palabras, y la conversación derivó hacia algo más ligero, recuerdos de la infancia, tonterías, historias que nunca habríamos imaginado compartir el uno con el otro.

— Entonces, déjame ver si entendí… — Ugo apoyó el codo en la mesa, mirándome con diversión. — ¿Te escapaste de la escuela para ir a la playa?

— ¡Fue solo una vez! — protesté, riendo. — Mi mejor amiga y yo estábamos aburridas. Tomamos el autobús y bajamos en la playa más cercana.

— ¿Y tu madre?

— Se enfureció. Pero después de un tiempo, admitió que habría hecho lo mismo a mi edad.

— Puedo imaginarte haciendo eso. — Se rió, su voz grave y demasiado placentera.

— ¿Y tú? ¿Alguna vez hiciste algo que tu familia desaprobara? — la pregunta salió antes de que recordara que Ugo perdió a sus padres muy joven y fue criado por sus abuelos paternos.

La sonrisa en sus labios vaciló por un instante. Pero luego dio un sorbo al vino y dijo:

— Sí. Pero no es una historia que encaje con esta cena. — Había algo oscuro en su expresión, pero pronto se inclinó hacia adelante, sus ojos fijos en los míos. — Y ahora tengo una pregunta para ti.

— Dime.

— Si pudieras volver a Brasil mañana, ¿lo harías? — Ugo sostuvo mi mano sobre la mesa, su toque cálido enviando escalofríos por mi brazo.

Me quedé inmóvil... Porque no esperaba esa pregunta. Porque... por primera vez desde que llegué a Italia, me di cuenta de que no quería irme. Y eso tenía todo que ver con el hombre sentado frente a mí.

Entrelacé mis dedos con los suyos, y dije lo único que me parecía correcto:

— No quiero volver.

Ugo solo asintió, y sus ojos decían todo lo que no necesitaba expresar en voz alta... Él tampoco quería que me fuera.





CAPÍTULO 22

Entrar en esa suite con Chiara me trajo un tipo de alivio que no sabía que necesitaba. La cena había sido perfecta. Todo el día a su lado había sido mejor de lo que jamás imaginé. Pero ahora... ahora necesitaba un momento para respirar.

Solté un suspiro largo, pasándome la mano por la nuca mientras me quitaba los zapatos de un puntapié. El día había sido largo, cargado de emociones y desgaste físico. Caminatas, carretera, visitas interminables... y claro, la maldita llamada de Valentina que aún flotaba en algún rincón de mi mente, aunque intentara ignorarla.

Pero nada de eso importaba ahora. No con Chiara allí.

Escuché el suave sonido de la puerta del baño abriéndose y alcé la vista, solo para encontrarla parada allí, mirándome con una expresión cargada de algo que hizo que cualquier otro pensamiento se evaporara al instante.

Sonrió levemente, cerró la puerta tras de sí y caminó hacia mí con pasos lentos, saboreando mi reacción. Mis ojos recorrieron su cuerpo de forma automática, apreciando cómo el vestido ligero abrazaba sus curvas de forma criminal.

— Te ves agotado —murmuró al detenerse frente a mí.

— Fue un día largo —respondí, mi voz más grave de lo que quería, porque la verdad era que su cercanía ya comenzaba a afectarme.

— Puedo ayudarte con eso.

— ¿Ah, sí? —Arqueé una ceja.

Chiara sonrió, deslizando sus manos sobre mi pecho con lentitud, sintiendo la tela de mi camisa antes de comenzar a desabotonarla, uno por uno.

— Podría ofrecerte un masaje... —su voz era dulce, pero cargada de intención—. Pero solo si te portas bien.

La risa baja que salió de mi garganta fue automática.

— ¿De verdad crees que puedo portarme bien, Chiara?

— No. —Se mordió el labio, desabrochando el último botón y deslizándome la camisa por los hombros antes de dejarla caer al suelo—. Pero me gustan los desafíos.

Solté una risa por la nariz, sintiendo el escalofrío que recorrió mi piel cuando sus dedos trazarons un camino lento por mi abdomen. Estaba jugando conmigo. Probando mis límites.

— Ponte boca abajo para mí, Ugo —ordenó con una voz baja, seductora, y por primera vez en mucho tiempo, me dejé llevar sin discutir.

Caminé hasta la cama y me dejé caer sobre el colchón mullido, sintiendo el alivio inmediato que recorría mi cuerpo tenso. Cerré los ojos por un momento, solo para percibir cómo el colchón se hundía a mi lado y el aroma delicioso de Chiara se mezclaba con la fragancia cítrica del aceite corporal que había encontrado.

Cuando sentí el primer toque, un escalofrío me recorrió la espalda. Sus manos se deslizaron lentamente sobre mis hombros, esparciendo el aceite sobre mi piel antes de presionar con los pulgares en un movimiento lento y profundo que arrancó un gemido bajo de mi garganta.

— ¿Te gusta? —su voz llegó suave y provocadora.

— Mucho.

Ella sonrió contra mi piel, porque sabía exactamente lo que estaba provocando.

Sus dedos se deslizaron hacia los costados de mi cintura, bajando con pereza por mi espalda mientras sus caderas se movían sutilmente sobre mí.

Y fue entonces cuando lo noté: ¡ya no llevaba ropa puesta!

— Chiara... —mi voz salió más ronca, más tensa.

— ¿Sí? —Se inclinó un poco, su boca rozando mi nuca al mismo tiempo que su pelvis deslizaba contra mi trasero, lenta, cálida... y probablemente húmeda.

¡Carajo!

— ¿Qué demonios estás usando? —Mis dedos se aferraron a las sábanas, porque cada músculo de mi cuerpo gritó en respuesta.

— Nada de lo que debas preocuparte. —Chiara rió suavemente, ese sonido puro veneno y tentación.

— Chiara... —gruñí su nombre, más como una advertencia que cualquier otra cosa.

— Solo me estoy divirtiendo un poco. —Sus manos descendieron por mis costados, las uñas arañando ligeramente. —

Tienes que comportarte, ¿recuerdas?

Ella deslizó nuevamente su pelvis y solté una maldición baja, sintiendo mi polla latir contra el colchón.

— Tienes una forma muy específica de jugar con fuego, cara mia.

— Me encanta el peligro. —Su lengua pasó por mi omóplato, cálida y provocadora.

Mi autocontrol era grande. Pero Chiara sabía exactamente cómo ponerlo a prueba. Se movió otra vez, presionando el centro de su placer contra mí, dejándome sentirlo todo.

El maldito olor de ella. El calor. La humedad.

Mi respiración se hizo más pesada.

— Estás mojada, Chiara. —Mi voz salió baja y ronca.

— Uhum...

— ¿Por qué estás tan mojada?

— Porque me encanta verte retorcerte de deseo por mí. — Deslizó de nuevo, lenta y malditamente deliciosa.

Eso fue la gota que colmó el vaso. En un movimiento rápido, me giré en la cama y Chiara soltó un pequeño grito de sorpresa antes de que la sujetara por las caderas y la jalara encima de mí. Con ella sentada sobre mi polla dura como una roca, su ridícula y rendada lencería y mis pantalones eran las únicas cosas que nos separaban de follar ahí mismo.

— Te encanta provocarme, ¿verdad? —Mi tono salió entrecortado, la paciencia al límite.

— ¡Me fascina! —Chiara mordió su labio, con las manos apoyadas en mi pecho desnudo.

— ¿Quieres que te folle ahora, Chiara?

Ella soltó un suspiro profundo, moviéndose lentamente sobre mí, y la fricción me hizo ver estrellas.

— No...





— No... — murmuré contra los labios de Ugo, moviéndome lentamente sobre su verga rígida, sintiendo la deliciosa fricción del fino encaje de mi lencería contra sus pantalones.

— ¿No? — Alzó una ceja, sus ojos oscuros brillando de lujuria y confusión.

Apreté sus muñecas y las empujé contra el colchón, manteniéndolas firmes, mi cuerpo presionado contra el suyo. Mi boca quedó a un suspiro de la suya, pero no lo besé.

— Ahora soy yo quien va a follarte, Romano.

El gemido bajo y ronco que escapó de su garganta me hizo vibrar de placer. Me moví despacio, descendiendo por su cuerpo, besando cada rincón de su piel caliente y aún cubierta con restos del aceite del masaje. Primero su mandíbula fuerte, sintiendo la aspereza de su barba contra mis labios, luego el cuello, la clavícula, la curva de su amplio pecho.

Ugo respiraba con dificultad.

Bajé más, mi lengua trazando un camino perezoso por su abdomen definido, sintiendo la tensión en cada músculo mientras él luchaba por no agarrarme del cabello y guiarme directo a donde más me quería.

Pero esta vez se trataba de mí. De hacerlo enloquecer a mi manera.

Cuando llegué al borde de sus pantalones de lino, levanté la vista y encontré su mirada nublada de deseo. Mis dedos trabajaron con agilidad, desabrochando el botón y bajando el cierre con lentitud, sintiendo el calor y la rigidez palpitante justo debajo.

Estaba duro. Pesado. Listo.

Le bajé los pantalones y la ropa interior, y mi pecho se apretó al verlo completamente libre para mí, la punta ya brillante de anticipación.

— Joder... Chiara... — Ugo cerró los ojos por un instante, su respiración entrecortada.

Pero no quería que los cerrara. Quería que me mirara. Que grabara esta imagen en su mente y jamás la olvidara.

Pasé la lengua lentamente por la punta de su polla, saboreando el gusto salado de su deseo. Ugo soltó una maldición baja y enterró los dedos en las sábanas, intentando contenerse. Y entonces, sin más provocaciones, lo tomé entero en mi boca.

— ¡*Cazzo*! — Echó la cabeza hacia atrás, los músculos de su abdomen contrayéndose bajo mis manos.

Usé la boca como imaginé que a él le gustaría: profunda, caliente, succionando con fuerza, mi lengua jugando con la sensibilidad de la punta antes de volver a bajarlo por mi garganta.

Mis uñas rasgaron sus muslos mientras lo chupaba con la clara intención de hacerlo perder por completo el control. Ugo soltaba gruñidos bajos, intentando contenerse, y eso solo me excitaba más.

Apreté la base de su verga, masturbándolo al mismo ritmo que mi boca lo devoraba, mientras mi lengua lo provocaba, lo adoraba, lo consumía.

Hasta que su paciencia se agotó. Sus dedos grandes agarraron mi cabello, tirando con fuerza, obligándome a alzar la vista hacia él. Su mandíbula estaba apretada, y sus ojos oscuros ardían con puro deseo y necesidad.

Y entonces soltó la orden que rompió cualquier resistencia que aún quedaba dentro de mí:

— ¡Da vuelta esa concha en mi cara. Ahora!

Sin darme tiempo para procesarlo, me jaló hacia arriba y me lanzó boca abajo sobre su pecho antes de girarme en la cama como si no pesara nada.

El aire se atascó en mis pulmones cuando sentí el colchón suave contra mi vientre y la boca caliente de Ugo pegada a mi culo, besando, mordiendo, succionando, descendiendo peligrosamente entre mis muslos.

Me aferré a las sábanas, mi mente girando mientras él apartaba mi tanga con los dientes y...

— ¡Joder, Ugo! — gemí, porque su lengua me golpeó como una descarga eléctrica.

Me devoró sin advertencia, succionando mi clítoris mientras sus dedos me abrían para él. Era demencial. Cruel. Pura tortura y placer al mismo tiempo.

Intenté apartarme, la sensación me dejaba sin fuerzas, pero él sujetó mis caderas y me mantuvo en su lugar, su lengua explorándome sin piedad. Cada vez más profundo, más rápido. No podía respirar. No podía pensar. Mi piel ardía, el corazón se me salía del pecho y él no se detenía.

— ¡Ugo...! — intenté decir algo, pero mi voz se quebró en puro desespero.

— ¿Querías jugar, cara mia? — Su voz era una promesa oscura y seductora contra mi coño empapado. — ¡Ahora aguanta!

Y entonces me folló con la lengua. Fuerte. Profundo. Cada embestida me hacía perder la cabeza, y mi mente se disolvía en el placer.

Me corrí tan fuerte que todo mi cuerpo tembló, la visión se volvió borrosa y un grito ahogado se desgarró en mi garganta mientras mis manos se aferraban a las sábanas. Mi coño latía contra su boca y Ugo lamió cada gota de mi orgasmo como si fuera una necesidad vital.

Cuando finalmente me soltó, apenas podía respirar. Pero entonces sentí su polla dura y lista presionando contra mi culo y...

— Ahora sí voy a follarte de verdad, Chiara.





Estaba al borde de la locura.

Mi polla latía, tan dura y lista para enterrarse dentro de ella. Mis dedos se clavaban en la carne suave de su culo mientras me posicionaba detrás de Chiara, observando su coño aún empapado del orgasmo que le acababa de arrancar con la boca.

Ella estaba rendida. Temblando. Pidiendo ser follada. Estaba por empujar la cabeza de mi polla contra su entrada cuando...

— ¡El condón! — Su voz llegó ronca y jadeante... con un leve tono de desesperación.

Mi mente, completamente jodida por el deseo, tardó medio segundo en reaccionar. Joder. ¡El preservativo! Estaba tan listo para enterrarme en ella que casi olvido lo básico.

— Cajón. — Señalé con la barbilla la mesita de noche junto a la cama. Lo había puesto allí apenas llegamos.

Chiara estiró el brazo, abrió el cajón y sacó uno de los paquetes plateados. Rasgó el envoltorio con los dientes, su mirada fija en la mía mientras lo hacía.

Si ya estaba duro antes, ahora podía partir piedras con mi polla.

— Siéntate en la cama. — Su orden vino firme, pero cargada de provocación.

— ¿Así es? — Arqueé una ceja, sorprendido. — ¿Ahora tú das las órdenes?

— Si quieres que te lo ponga... sí. — Se lamió los labios, deslizándose hasta arrodillarse frente a mí.

Mi respiración se volvió pesada, y lo único que pude hacer fue sentarme en el colchón, las piernas abiertas, la polla palpitando entre ellas.

Chiara se acomodó en la cama y se colocó entre mis muslos, sosteniendo el preservativo abierto. El toque de sus dedos delicados envolviendo mi erección me hizo soltar un gruñido bajo.

— ¿Te gusta provocar, verdad? — murmuré, observándola mientras deslizaba el preservativo por toda mi longitud, con los ojos fijos en lo que hacía.

— Me gusta verte así… — Alzó la mirada, mordiéndose el labio. — Listo para mí.

Iba a agarrarla por las caderas y lanzarla de bruces otra vez, pero antes de que pudiera moverme, me sorprendió. Chiara subió a mi regazo, pasó las piernas alrededor de mi cintura y tomó mi polla, colocándose justo encima.

— Voy a cabalgarte, Romano.

Casi pierdo el maldito control.

— *Cazzo*, Chiara… — Mis manos fueron directo a su cintura, mis dedos clavándose en su piel.

— ¿Quieres follarme? — Frotó su coño mojado en la punta de mi polla, provocando. — Entonces déjame follarte yo primero.

No iba a oponerme. Todo lo que pude hacer fue sujetar su cintura y presenciar la maldita visión más hermosa de mi vida: Chiara descendiendo lentamente sobre mí, tragándose mi polla entera con ese coño caliente y apretado.

Mis ojos se pusieron en blanco. Mi cabeza cayó hacia atrás. Sentí cada centímetro de ella apretándome, succionándome.

— ¡Joder! — Mi gruñido fue más alto de lo que debería, y mis manos apretaron aún más la carne de sus caderas.

— Ugo... — jadeó ella, clavando las uñas en mis hombros.

Se quedó allí un segundo, ajustándose, sintiéndome entero dentro de ella. Luego, empezó a moverse. Lenta al principio. Ondulando las caderas, subiendo y bajando sobre mí, deslizándose con ese coño mojado con una precisión que me hizo perder la maldita cordura.

— Mierda, Chiara... — Sujeté su trasero, empujándola más profundo.

Ella gimió, agarrando mi cabello, y entonces empezó a cabalgar de verdad. Movimientos firmes. Rápidos. Follándose sola encima de mí.

Estaba aguantando el control por un maldito hilo. El sonido húmedo de nuestro sexo llenaba la habitación, mezclado con el ritmo frenético de nuestras respiraciones entrecortadas.

Chiara me cabalgaba como si hubiese nacido para eso. Sus pechos se balanceaban, sus gemidos se hacían más altos, y su coño palpitaba alrededor de mi verga.

Era perfecta.

Era mía.

— Ugo... — Su voz se quebró cuando mis dedos se deslizaron entre nosotros, encontrando su clítoris hinchado.

Lo masajeé mientras ella se movía sobre mí, cabalgándome con desesperación, los músculos de sus muslos temblando, todo su cuerpo implorando por estallar.

— Córrete para mí, cara mia... — susurré contra su boca. — Córrete bien rico.

Y entonces, se deshizo. El cuerpo de Chiara se arqueó, un gemido sofocado escapó de su garganta cuando su orgasmo brotó y mojó mi entrepierna. Sentí cómo su coño palpitaba fuerte alrededor de mi verga, y supe que no aguantaría mucho más.

Pero no aún.

Porque quería más.

Necesitaba más.

Y la iba a follar de todas las formas que merecía.





CAPÍTULO 23

El cuerpo de Chiara temblaba, los músculos del abdomen contraídos, sus gemidos escapaban en susurros desesperados mientras su coño palpitaba alrededor de mi verga. Se desplomó sobre mi pecho, jadeando, sus pechos suaves presionados contra mí, su respiración cálida rozando la curva de mi cuello.

Mis manos recorrieron su espalda, bajando hasta la curva de su culo. Entonces la agarré por los muslos y giré nuestros cuerpos de una vez, dejándola tendida sobre el colchón. Chiara abrió los ojos, sorprendida, pero no tuvo tiempo de decir nada antes de que saliera de dentro de ella y la jalara por la cintura, volteándola boca abajo sobre la cama.

— En cuatro para mí, amore. — Mi voz salió baja, cargada de deseo crudo.

Ella obedeció sin dudar. Sus rodillas se deslizaron sobre las sábanas suaves, las manos se apoyaron contra la cabecera, y su trasero quedó perfectamente empinado para mí, una invitación descarada para hundir mis dientes ahí.

Pasé una palma caliente por su espalda desnuda, bajando lentamente hasta sus caderas. Mi polla palpitaba, aún resbalosa del

condón y de su orgasmo. Entonces me incliné sobre su cuerpo, acercando mi boca a su oído.

— Ahora te voy a follar como te mereces... — susurré, deslizando la lengua por el borde de su oreja. — Y esta vez, no quiero que te contengas. Quiero escuchar cada gemido salir de esa boca atrevida.

Ella suspiró con fuerza, moviendo las caderas contra mí, provocadora.

Y ahí perdí el control.

La agarré por la cintura y me hundí en ella de una sola embestida. Ya estaba tan mojada que se deslizaba fácilmente, cálida, acogedora y perfecta para mí. La mantuve en su sitio mientras salía casi por completo y volvía a empujar, cada vez más profundo.

El colchón crujía. La habitación estaba llena del sonido húmedo de nuestro sexo y nuestros gemidos. Ella se aferraba al cabecero, el cabello cayendo en cascada sobre los hombros, todo su cuerpo entregado a lo que yo le estaba haciendo.

Y yo quería más. ¡Mucho más!

Apreté su cabello y lo jalé suavemente, obligándola a alzar el rostro y arquear la espalda.

— Así... justo así — gimió, moviendo las caderas sobre mi verga.

Sujeté su cintura con una mano y me incliné sobre ella, mis dientes arrastrándose por su piel sudada.

— Eres tan perfecta... — susurré contra su nuca. — Perfecta para mí.

Chiara se deshizo. Su coño apretó aún más mi polla y el sonido que salió de su boca fue un gemido desesperado, quebrado por el placer.

Mierda, iba a correrme tan dentro de ella que... ¡No! Aún no.

Quería ver su rostro cuando gritara mi nombre otra vez.

Salí de ella sin previo aviso, haciéndola soltar un quejido de protesta.

— ¡Ugo! — Chiara se giró, los ojos llenos de placer, la boca entreabierta.

¿Qué demonios era esa visión? El cabello revuelto, los labios hinchados, los pechos agitados, el cuerpo sudado y marcado por mis manos. ¡Nunca había visto nada tan jodidamente hermoso en mi vida!

— De frente para mí, ahora — ordené, con una voz ronca, sucia y llena de necesidad.

Chiara tembló y obedeció. Mi respiración se detuvo. Ella era un sueño.

Me deslicé sobre su cuerpo, besando cada centímetro en el camino hasta llegar a su boca. Ella me atrajo contra sí, los besos perezosos y ardientes. Mi verga palpitaba contra su vientre, desesperada por enterrarse en ella otra vez.

— Aún no he terminado contigo...

Su sonrisa apareció, pequeña, perezosa.

— Entonces sigue, Romano.

Y fue exactamente lo que hice.

Hundí mi verga en ella nuevamente, palpitando contra sus paredes estrechas, el calor de su cuerpo tragándome con cada embestida. Y no quería parar.

Chiara estaba completamente entregada, el rostro sonrojado, los ojos fijos en los míos, la boca entreabierta soltando gemidos que solo me volvían más loco.

— Ugo... — mi nombre escapó de sus labios en un gemido ahogado, casi desesperado.

Eso me destruyó.

Inclinándome sobre ella, sujeté su muslo y la atraje aún más hacia mí, enterrándome tan profundo como podía.

Ella gritó, las uñas clavándose en mis brazos.

— ¡Malditamente perfecta! — mi voz salió ronca, cargada de deseo crudo. — ¡Y completamente mía!

El colchón crujía. El sudor corría por mi sien, mezclándose con el de ella. Estaba muy cerca de perder el control y correrme bien dentro de ella. Pero me contuve. Quería que se viniera de nuevo. Quería sentir su coño apretándose alrededor de mi verga, succionándome mientras su cuerpo se deshacía para mí una última vez.

— Deja de contenerte... — mi boca encontró su mandíbula, deslizándose por su piel caliente y húmeda hasta su oído. — Quiero sentirte otra vez... ven para mí, Chiara.

Ella jadeó, y entonces su expresión cambió. Estaba al límite, a punto de deshacerse de nuevo. Entonces metí la mano entre nuestros cuerpos, mis dedos expertos encontrando su clítoris hinchado.

— ¡Ugo! — gritó mi nombre, todo su cuerpo tensándose.

Y entonces se vino. Fuerte, mojada, pulsando a mi alrededor de una forma que hizo arder cada célula de mi cuerpo.

Y perdí el control.

Un gruñido profundo escapó de mi garganta cuando me rendí por completo. Mi orgasmo llegó violento, brutal, intenso. Cada músculo de mi cuerpo se contrajo y me derramé entero en el preservativo, la cabeza cayendo contra su cuello mientras mi respiración salía pesada, desacompasada.

El maldito placer fue tan fuerte que necesité un segundo para recomponerme.

Sentí a Chiara temblar debajo de mí, su pecho subiendo y bajando con rapidez, la respiración entrecortada. Besé su clavícula, su hombro, su boca, mientras aún seguía dentro de ella.

Mi mente estaba en blanco.

Mi cuerpo, saciado.

Pero mi corazón…

Mi corazón estaba completamente jodido.

Porque sabía que no quería que eso terminara.

Nunca.

La respiración de Chiara seguía agitada, su pecho moviéndose al mismo ritmo acelerado contra el mío. Yo seguía dentro de ella, sintiendo las últimas contracciones de su orgasmo apretándome, el calor de su cuerpo envolviéndome por completo.

No quería salir... No quería que ese momento se acabara jamás.

Pero entonces, algo me llamó la atención.

Una molestia extraña.

Una diferencia sutil en la sensación alrededor de mi verga.

La alarma sonó en mi cabeza.

Con un suspiro pesado, me deslicé fuera de ella y bajé la mirada. Lo que vi hizo que el estómago se me revolviera.

El preservativo se había roto.

Por un instante, me quedé allí, simplemente observando el látex desgarrado, mi cerebro procesando la situación. Un millón de pensamientos cruzaron por mi mente al mismo tiempo, pero el primero de todos fue: Mantén la calma.

Levanté los ojos hacia Chiara, y ella ya me estaba mirando.

Como si hubiese notado algo en mi rostro antes incluso de que dijera una sola palabra.

— Chiara... el preservativo se rompió. — Vi el momento exacto en que su cuerpo se puso rígido.

Ella parpadeó varias veces, como si intentara asimilarlo, y luego se incorporó sobre los codos, mirándome.

— ¿Qué...? — Su voz salió en un susurro.

— Tranquila, ¿sí? — Me apresuré a calmarla. — No tienes que preocuparte. Mis análisis están al día, y hace mucho que no estoy con nadie. Nunca he estado con alguien sin protección antes.

Ella asintió, pero su mirada vaciló. Me quedé en silencio por un segundo, observando su rostro. Esa no era la reacción que esperaba.

— ¿Usas algún método anticonceptivo?

Conocía esa mirada. Ese silencio. No era un silencio de duda, ni de alguien que solo está tratando de procesar la situación. Era un silencio que escondía algo más profundo.

— Yo... — Humedeció los labios y soltó una risa nerviosa. — Mis análisis también están bien. Y... según mi cuenta, no estoy en mis días fértiles.

Eso debería tranquilizarme. Pero algo no estaba bien.

— Aun así, puedo ir a una farmacia mañana temprano y conseguir la píldora del día después, si quieres. — Mi voz salió cuidadosa, porque todavía trataba de entender por qué su incomodidad me afectaba tanto.

— Sí, claro. — Asintió rápido con la cabeza. — Podemos hacerlo mañana.

Había algo raro. Lo sabía, pero no insistí. Estaba visiblemente tensa, y lo último que quería era alterarla con un interrogatorio.

Respiré hondo, intentando aligerar la tensión en el aire.

— ¿Qué te parece si tomamos una ducha, juntos? — Toqué su barbilla, levantando suavemente su rostro para que me mirara.

Ella dudó por un segundo. Pero asintió sin decir nada.

Preparé el baño en silencio.

La bañera de la suite era amplia, de piedra clara, con un diseño elegante que combinaba con el ambiente sofisticado de la habitación. Tomé algunas velas y las llevé al baño, encendiéndolas alrededor del borde. El aroma cítrico del aceite de baño se mezcló con el perfume cálido de las velas, creando un ambiente acogedor.

Chiara estaba sentada al borde de la bañera, observando mis movimientos sin decir nada. Seguía distante.

En otro momento, habría hecho una broma sobre mi perfeccionismo al preparar un simple baño. Pero ahora… solo me observaba en silencio, los brazos cruzados sobre su pecho desnudo, el cabello desordenado cayéndole sobre los hombros.

— Ven aquí. — Me arrodillé frente a ella, deslizando las manos por sus muslos.

No protestó cuando la levanté y la metí en la bañera, entrando detrás de ella y atrayéndola contra mi pecho. El calor del agua envolvió nuestros cuerpos, y el silencio se hizo más denso.

Durante largos minutos, permanecimos así. Chiara recostada contra mí, mi respiración sincronizándose con la suya. Mis manos se deslizaban suavemente por su vientre, trazando círculos perezosos sobre su piel mojada.

Finalmente, pregunté:

— ¿Quieres contarme qué pasa por tu cabeza?

Chiara no respondió de inmediato. Solo mordió su labio inferior y soltó un suspiro vacilante.

— No quería reaccionar así... — Su voz salió cargada de algo que me golpeó directo en el pecho. — Es solo que... Esto ya me pasó antes.

— ¿Qué cosa? — Fruncí el ceño.

— Ya me pasó antes que se rompiera un condón... — Guardó silencio un momento, antes de girarse un poco para mirarme. — Y quedé embarazada.

La expresión de Chiara era vulnerable, sus ojos buscaban los míos, como esperando ver mi reacción.

— Chiara... — Sentí el estómago darme un vuelco.

Pero ella solo respiró hondo y continuó:

— Fue hace dos años. Me involucré casualmente con un compañero de trabajo. No era una relación seria... Los dos estábamos muy ocupados y casi no teníamos vida social. Y pasó. Ni siquiera estaba enamorada de él, fue solo... físico.

Mi mano apretó su cintura instintivamente, pero no la interrumpí.

— Tomé la píldora del día después. Pero descubrí el embarazo tarde. Cuando empecé a sentir síntomas y me hice la prueba, ya tenía casi tres meses. — Soltó una risa sin humor, sacudiendo la cabeza. — Estaba completamente perdida. No sabía qué hacer, qué sentir... Y él tampoco supo manejarlo.

Seguí en silencio.

— Me pidió que lo interrumpiera. — Su voz se quebró un poco en esa parte. — Dijo que era lo mejor. Que ambos teníamos carreras brillantes y que no tenía sentido traer un bebé a esa ecuación.

— ¿Qué hiciste? — Mi mandíbula se tensó.

Chiara tragó saliva.

— No fue una decisión fácil, Ugo. — Desvió la mirada. — Nuestro vínculo era secreto y no nos amábamos. Un matrimonio forzado habría sido injusto para los dos.

Mi pecho se apretó. El dolor en su voz, la forma en que miraba el agua en lugar de mirarme a mí... Todo me hizo sentir un peso que

no era mío, pero que de alguna forma quería cargar con ella.

— Chiara... — Toqué su rostro, obligándola a mirarme. Sus ojos brillaban, pero parpadeó rápido, como si no quisiera llorar.

— Elegí continuar con el embarazo y ser madre soltera. — Exhaló lentamente. — Pero semanas después, tuve complicaciones... y perdí al bebé.

La confesión de Chiara flotaba entre nosotros con un peso insoportable.

Mi mente daba vueltas, intentando procesar todo lo que acababa de decirme. La mujer en mis brazos, tan llena de vida, tan luminosa, que siempre parecía ver lo bueno en todo, había vivido una pérdida silenciosa, cargando un duelo que nadie más parecía conocer.

— Al principio fue un shock. — Su voz era un susurro sobre el agua tibia. — Nunca me imaginé siendo madre, ¿sabes? Siempre estuve enfocada en el trabajo, en el éxito, en las metas. Tener un hijo nunca estuvo en mis planes.

Deslicé mi mano por su vientre sumergido, un gesto instintivo, queriendo consolarla de algún modo.

— Pero cuando decidí continuar con el embarazo... algo cambió dentro de mí. — Su mirada seguía perdida en el vapor que subía de la bañera. — Empecé a enamorarme de la idea. No sería una familia tradicional, lo sabía, pero estaba convencida de que podía ser una buena madre. Quería ser una buena madre. Solo que... ocurrió el aborto.

Mi mano apretó su cintura bajo el agua.

Recordé, de repente, la noche en que la vi observando una familia durante la cena en un restaurante y, más tarde, llorando sola

en la playa.

— Fue por negligencia mía, Ugo. — Giró el rostro hacia mí, y la culpa en sus ojos me golpeó como un puñetazo. — No sabía que estaba embarazada. Pasé el primer trimestre sin tomar vitaminas, sin alimentarme bien, durmiendo mal por el trabajo. Vivía estresada, sobrecargada... hasta que una mañana desperté con dolores, me sentí mal, y cuando me di cuenta ya estaba sangrando mucho.

Un nudo se formó en mi garganta. Chiara desvió la mirada, como si revivir ese momento fuera demasiado doloroso.

— Fue una pérdida muy dolorosa. — Pasó los dedos por la superficie del agua, creando pequeñas ondas. — Pero volver al trabajo después fue incluso peor.

No necesitaba preguntarle por qué. Ya podía imaginar la respuesta.

— Todo allí empezó a asfixiarme. — Tragó saliva. — Durante años me dijeron que el éxito era lo más importante. Que debía estar orgullosa de mi trayectoria. Pero, de pronto, nada de eso tenía sentido.

Mi mano subió hasta su hombro, masajeando suavemente la tensión que noté allí.

— La verdad es que... cuando trabajaba como masajista, me sentía feliz, realizada. Pero en el mercado financiero, me dejé consumir. Sacrifiqué mi tiempo, mi salud, renuncié a mi autocuidado... ¿para qué? — Su voz temblaba un poco. Chiara cerró los ojos, recostándose aún más contra mí. — Y entonces, hace unos meses, el padre de mi bebé anunció que se casaría con otra compañera de la oficina.

— ¿Todavía sentías algo por él? — Mi mandíbula se tensó.

Ella sonrió con suavidad y negó con la cabeza.

— Ya lo había superado. Nunca estuvimos enamorados. Él solo fue alguien que tuvo sentido en ese momento. Pero… — Sus labios se apretaron antes de continuar. — También anunciaron que esperaban un bebé.

¡Mierda!

Chiara no tenía que decir nada más para que yo lo entendiera.

Sentí su dolor como si fuera mío.

No era celos. Ni arrepentimiento.

Era un recordatorio cruel de todo lo que había perdido.

— Eso fue la gota que colmó el vaso. — Su voz sonaba más firme ahora. — Miré mi vida y me di cuenta de que ya no quería eso para mí. Entonces renuncié, me deshice de todo lo que me ataba en Brasil y decidí salir a buscar mi lugar en el mundo.

— Un nuevo comienzo... — Ahora, ella empezaba a tener más sentido para mí.

Ella asintió, su sonrisa más serena.

— Cuando le conté a mi familia que iba a tomarme un año sabático, mi hermana mayor se preocupó. Ella siempre ha sido más centrada que yo. Se casó joven, construyó una vida estable. Siempre supo lo que quería.

Pensé en lo que me estaba diciendo. Chiara se sentía fuera de lugar. Mientras todos a su alrededor parecían haber encontrado su camino, ella todavía estaba buscándolo.

— ¿Y tu padre? — pregunté, trazando círculos suaves sobre la piel de su hombro.

— Él fue más comprensivo. — Sonrió levemente, con la mirada perdida. — Después de que mi madre murió, papá estuvo solo muchos años. Pero hace un tiempo conoció a alguien. Le costó, pero finalmente se permitió seguir adelante y volver a ser feliz.

— Eso es bueno. — Porque desde que la conocí, yo también estaba empezando a seguir adelante, a abrirme a una nueva oportunidad de ser feliz.

Y eso era lo que más deseaba... con Chiara.

— Todos a mi alrededor parecían... completos. — continuó, su voz cargada de algo que no supe si era tristeza o simplemente un profundo anhelo. — Mi hermana, mi padre... y yo seguía allí, a la deriva. Sin saber a dónde ir.

El silencio se prolongó por un momento. Entonces pregunté:

— ¿Por qué elegiste Sorrento?

— Mi papá nació en Sorrento. — Una pequeña sonrisa curvó sus labios. — Y siempre nos contaba cómo conoció a mi madre cuando ella viajó a Italia con unas amigas... Se enamoraron en esa villa. Y nunca se arrepintió de haberlo dejado todo por ese gran amor de verano en Brasil.

— ¿Así que decidiste hacer lo contrario? ¿Dejar todo en Brasil y empezar de nuevo en Sorrento?

— Fue como si Sorrento... me estuviera llamando. — Chiara giró el rostro hacia mí, y la forma en que brillaron sus ojos me hizo entender que hablaba en serio. — Y decidí seguir a mi corazón.

— ¿Te arrepientes de haber respondido a ese llamado? — pregunté, sujetando su barbilla entre mis dedos.

— Ni un poco. — Negó con un leve movimiento de cabeza.

Mi pulgar trazó un camino lento por su mejilla, y absorbí esa respuesta con más peso del que debería. Porque, de todas las cosas que Chiara había encontrado en la villa, yo esperaba ser la que más quisiera conservar.

— ¿Y ahora? — Mi voz salió baja, cuidadosa.

— Ahora quiero descubrir qué es lo que realmente me hace feliz.

No sabía qué iba a encontrar en esa búsqueda. Pero esperaba, con todo mi corazón, estar incluido en esa respuesta.

Chiara volvió a mirarme, y por primera vez en toda la conversación, su sonrisa parecía genuina.

— No encontré ninguna sirena legendaria, pero mira tú... ¡fui atrapada por un sorrentino gruñón!

— ¿Gruñón? — solté una risa baja. — Y yo que pensaba que esta noche me había comportado como todo un caballero.

— Oh, lo estás siendo. — Inclinó un poco la cabeza, disfrutando de mi toque suave. — Pero aún tienes ese encanto malhumorado tuyo.

— ¿Encantador y malhumorado? — Pasé la lengua por mis labios, absorbiendo cada detalle de esa mujer increíble frente a mí. — ¿Eso es un cumplido?

— Puede ser... — Rió, sus ojos brillando con diversión. — Pero si quieres que diga que eres irresistible, tendrás que esforzarte más,

señor Romano.

— Creo que puedo hacer ese esfuerzo. — Mis dedos descendieron de su barbilla hasta la base de su cuello, sintiendo el calor de su piel bajo mis caricias.

Chiara suspiró, inclinando el rostro hacia arriba, dándome total acceso a su cuello. Deslicé los labios lentamente por allí, sintiendo su cuerpo estremecerse dentro del agua tibia de la bañera.

— ¿Ya está funcionando, cara mia?

— Tal vez... — Soltó una pequeña risa, pero su respiración ya era más lenta y profunda.

Mi boca encontró la suya en un beso lento, mientras mi mano deslizaba por su cintura, atrayéndola aún más cerca. Lo que debía ser un momento tranquilo se transformaba en otra cosa.

— Voy a necesitar más que un "tal vez"...

Ella soltó una risa suave y luego se hundió un poco más contra mí. Y en ese momento, supe con certeza...

Estaba completamente enamorado de esa mujer.





CAPÍTULO 24

Un toque cálido y suave recorrió mi piel, deslizándose por mi brazo con un cariño perezoso. Me moví ligeramente en la cama, aún flotando entre el sueño y la vigilia, hasta que sentí otro roce, esta vez en la curva de mi cadera. Dedos firmes y atentos exploraban mi piel desnuda bajo la sábana suave.

— Cara mia... despierta. — La voz grave y ronca de Ugo rompió el silencio de la madrugada.

Mi mente aún estaba lenta, embriagada por el cansancio de la noche intensa, pero al abrir los ojos, encontré su rostro sobre el mío, con una sonrisa leve jugando en sus labios. El cabello revuelto, las sombras de la noche todavía marcando su mirada oscura, pero había algo distinto allí. Una suavidad, una ternura que me apretó el pecho.

— ¿Qué pasa? — murmuré, con la voz arrastrada.

— Quiero mostrarte algo.

Mi cuerpo protestó ante la idea de dejar el calor de las sábanas, pero Ugo deslizó la mano hasta mi nuca y presionó un beso suave en mi frente, seguido de otro en la punta de mi nariz y, por fin, uno en la boca, lento y cálido.

— Ven conmigo, Chiara.

No tuvo que pedírmelo dos veces.

Nos vestimos con ropa ligera y salimos de la habitación en silencio, las manos entrelazadas, mientras el hotel boutique aún dormía. El aire de la madrugada era fresco, trayendo consigo la brisa salada del mar a lo lejos.

Ugo me guió por los corredores de piedra y luego hacia afuera, en dirección al mirador de la Terrazza dell'Infinito, el mismo lugar que había mencionado el día anterior, sin imaginar jamás que estaría allí con él.

Mi corazón dio un vuelco cuando la inmensidad del cielo nocturno se abrió ante nosotros.

— Ugo... — murmuré, sintiendo la belleza cruda del momento envolverme.

— Espera un poco más. — Apretó suavemente mi mano.

Y entonces, momentos después, el espectáculo comenzó.

El cielo comenzó a aclararse poco a poco, tiñéndose de tonos lilas, rosados y dorados. La luz del sol emergió suavemente en el horizonte, reflejándose sobre el mar que se extendía infinitamente debajo de nosotros. La niebla flotaba sobre las montañas, creando un escenario casi irreal.

Era la visión más hermosa que había tenido en mi vida.

Solté un suspiro profundo y me recosté contra la baranda de hierro del mirador, absorbiendo cada instante.

— Ahora entiendo por qué llaman a este lugar infinito. — Mi voz salió baja, casi como un secreto.

— Sabía que te iba a gustar. — Ugo estaba a mi lado, pero sus ojos no estaban en el horizonte. Estaban en mí.

Giré el rostro hacia él y nuestras miradas se encontraron. Por un instante, el silencio habló por nosotros. Fue allí, frente al amanecer dorado, que me permití admitir lo que ya sabía desde hacía tiempo. Italia no era sólo un destino temporal, ni Sorrento solo un refugio de paso. Era mi hogar futuro. El puerto seguro que tanto había deseado.

Y el hombre a mi lado... era parte de eso.

Tragué en seco, sintiendo el pánico sutil mezclarse con el torbellino de emociones dentro de mí. Porque la verdad era que estaba aterrada por la intensidad de lo que sentía por Ugo. Aterrada de no saber cómo decírselo sin que pareciera que solo estaba proyectando en él lo que había perdido.

Giovanni... Aurora... Ya los amaba. A cada uno de los tres.

Pero... ¿y si Ugo pensaba que todo era sólo necesidad emocional? ¿Y si creía que estaba llenando vacíos con su presencia?

— ¿En qué piensas? — Su voz me devolvió al presente.

Volví los ojos hacia Ugo, y vi que me observaba con intensidad. Había algo en su mirada que me decía que él lo sabía... Que también lo sentía.

— En ti. — Las palabras escaparon antes de que pudiera detenerlas.

Un músculo en su mandíbula se tensó, pero no apartó la mirada.

— Chiara... — Soltó el aire lentamente, como si reuniera coraje para decir algo que llevaba tiempo guardado. — Quiero que te quedes.

El impacto recorrió mi cuerpo.

— ¿Qué...? — Mi respiración se detuvo.

— No estoy listo para dejarte ir. — Dio un paso más cerca, su mano subiendo hasta mi mejilla. Pasó la lengua por los labios, su expresión cargada de emociones crudas. — Sé que todo ha sido rápido y que parece no tener sentido. Pero, ¡mierda! Nunca sentí algo así antes.

Ugo apoyó su frente en la mía, el pulgar deslizándose por mi rostro con una ternura que contrastaba con la tensión que emanaba de él.

— No te pido que decidas ahora. Esperaré el tiempo que sea necesario. Pero necesito que sepas que, cuando finalmente encuentres tu verdadero camino, yo quiero estar en él.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

Ugo no me estaba pidiendo nada. Ni exigiendo. Pero se estaba colocando ahí, como una opción real.

Y en ese momento, supe que ya había encontrado mi respuesta... mi camino.

Estaba justo frente a mí, y tenía el nombre de Ugo Romano.



El resto de la mañana transcurrió como un sueño tranquilo.

Después de ver el amanecer en la Terrazza dell'Infinito, desayunamos en la terraza del hotel, disfrutando de los últimos momentos en ese pequeño rincón del paraíso. El aroma del café recién hecho se mezclaba con el perfume cítrico de los limoneros que nos rodeaban, y el silencio cómodo entre nosotros era la prueba de que estábamos exactamente donde debíamos estar.

Ugo estaba sereno, sus ojos encontrando los míos por encima de la taza de café de vez en cuando, como si quisiera guardar cada detalle de ese momento. Y yo… bueno, hacía exactamente lo mismo.

Después del desayuno, dimos un último paseo por los jardines de la propiedad antes de volver a la habitación para hacer las maletas. El tiempo que pasamos allí fue breve, pero yo ya sabía que Ravello tendría un lugar especial dentro de mí para siempre.

Tras hacer el checkout, caminamos sin prisa por el pueblo, explorando las callejuelas encantadoras y las tiendas locales. Ravello parecía un lugar sacado de un cuento de hadas, con sus calles empedradas, balcones llenos de flores y una vista indescriptible del mar allá abajo.

Y fue mientras paseábamos de la mano por una de las calles principales que Ugo miró hacia la acera de enfrente y preguntó:

— ¿Quieres entrar?

Seguí su mirada y vi la farmacia del otro lado de la calle. Mi estómago se contrajo ligeramente, pero a diferencia de la noche anterior, esta vez mi mente no fue invadida por el miedo ni la inseguridad.

— No hace falta. — No dudé.

— ¿Estás segura? — frunció el ceño, sorprendido.

— Sea lo que sea que el destino tenga planeado para mí… lo voy a aceptar.

Los ojos de Ugo brillaron, y su expresión se suavizó. Era sutil, pero sabía lo que significaba esa mirada: le gustaba mi respuesta. Y también sabía que estaría a mi lado, sin importar el resultado.

Ugo entrelazó nuestros dedos de nuevo y seguimos caminando por la ciudad. En una tienda de artesanía, encontré un pequeño barco de madera pintado a mano, y la primera persona en la que pensé fue Giovanni. Le encantaban las historias de marineros y hablaba de las sirenas como si fueran parte de su realidad.

Era el regalo perfecto para él.

— ¿Qué te parece? — le pregunté, mostrándole el barco a Ugo.

— Será el nuevo tesoro de mi bambino. — La sonrisa que apareció en su rostro hizo que mi corazón se calentara.

También compré un aceite corporal para regalarle a Aurora, algo que podría ayudarla con los dolores articulares y que probablemente le encantaría.

Después de dar algunas vueltas más por la ciudad, finalmente regresamos al coche y tomamos el camino de vuelta a Sorrento. El viaje fue tranquilo, con la brisa fresca entrando por la ventana y la música sonando suavemente en el estéreo.

Mi cuerpo aún estaba relajado, pero mi mente iba a mil. Podía quedarme en la posada unos días más, pero... ¿y después? Ahora que sabía que quería quedarme en el pueblo, necesitaba encontrar un lugar para mí.

Respiré hondo y, girando el rostro hacia Ugo, finalmente solté:

— Me gustó mucho ese apartamento...

— ¿Cuál? — Ugo me miró rápidamente antes de volver a fijar la vista en la carretera.

— El que dijiste que estaba vacío… donde nos quedamos aquella noche. — Tragué saliva, pero mantuve la voz firme: — ¿Te interesa alquilarlo?

Sus dedos apretaron ligeramente el volante y el silencio se alargó unos segundos.

— ¿Quieres alquilar el apartamento?

— Sí. — Asentí con la cabeza. — Mis días en la posada están llegando a su fin, y ahora que decidí quedarme en Sorrento, necesito más espacio.

Soltó una risa breve, desviando los ojos hacia mí un instante.

— ¿De verdad crees que voy a cobrarte alquiler?

— Sí, porque es lo correcto. — Crucé los brazos, mirándolo fijamente.

— No voy a aceptar tu dinero, Chiara.

— Entonces tenemos un problema, porque yo no voy a vivir gratis en tu apartamento.

— Eres terca. — Ugo soltó un suspiro, como si intentara contener una sonrisa.

— Soy justa. Renuncié a mi trabajo, pero tengo una buena situación financiera y rentas seguras con mis inversiones. Puedo mantenerme sin problemas. — Me miró de reojo, considerando mis palabras. Continué: — Además, estoy pensando en volver a especializarme en masoterapia.

— ¿En serio?

— Sí. — Asentí, sintiendo crecer dentro de mí una emoción cálida. — Incluso, podría seguir ayudando a tu nonna con las sesiones... y si necesitas, también puedo ayudarte con Giovanni. Sé que Aurora hace lo posible, pero no quiero que se sobrecargue.

La reacción de Ugo fue inesperada. Esperaba resistencia, una negativa, tal vez. Pero sonrió. Y no fue cualquier sonrisa, fue una de esas sonrisas raras, genuinas, que hacían su rostro aún más hermoso.

— Me gustan tus planes.

— ¿De verdad? — Mis ojos se abrieron un poco, sorprendidos.

— Sí. — Volvió su atención a la carretera. — Podemos hablar mejor de todo en los próximos días, pero... me gustó mucho escucharte decir eso.

Una oleada de alivio recorrió mi cuerpo.

A Ugo le gustaba la idea de tenerme cerca y de verme haciendo planes para echar raíces allí.

Y aunque ninguno de los dos había pronunciado en voz alta la palabra "futuro", eso era exactamente lo que estábamos construyendo... juntos.



El regreso a la Posada Romano estuvo marcado por un silencio cómodo. Nuestras manos permanecían entrelazadas, sus dedos firmes sobre los míos, dejando claro que Ugo no pensaba soltarme pronto. Me gustaba esa sensación de pertenencia que traía un gesto

tan simple, y aunque sabía que estábamos a punto de enfrentar el mundo real después del refugio que habíamos tenido en Ravello, no me sentía ansiosa.

Hasta que noté las miradas a nuestro alrededor.

Los empleados de la posada intentaban ser discretos, pero los vi intercambiar miradas fugaces en cuanto cruzamos el vestíbulo. Era sutil, pero la sorpresa estaba ahí. Ninguno parecía exactamente sorprendido de vernos juntos... sino por la forma en que estábamos juntos.

A Ugo no parecía molestarle. Ni siquiera dudó en mantener nuestros dedos entrelazados mientras subíamos las escaleras. Al llegar a la puerta de mi habitación, se detuvo, inclinándose levemente para mirarme.

— Lleva los regalos para Giovanni y la *nonna.*

— ¿Ahora? — Fruncí el ceño, confundida.

— Sí. — Una media sonrisa curvó sus labios. — Ven conmigo a casa. Les encantará verte.

Mi estómago se revolvió. No se trataba solo de ver a Giovanni y a Aurora. Ugo me estaba llevando, deliberadamente, dentro de su mundo... y dejándome saber que quería que estuviera allí.

— Está bien — murmuré, sintiendo un calor subir por mi pecho.

Antes de que pudiera girarme para dejar mi maleta, él tomó mi rostro entre sus manos y me besó. Un beso lento, cálido y posesivo. Cuando se apartó, sus ojos estaban oscuros de deseo... y algo más.

— Ahora que eres mía... — Su voz era un susurro cargado de promesas. — Necesito tenerte cerca a cada segundo... incluso por la noche.

Mi corazón latía con fuerza.

— Ugo...

— ¿Qué tal si vamos al apartamento esta noche? Podrías pasar la noche allí. — Pasó el pulgar por mi barbilla, estudiando mi expresión. — Así, puedes evaluar si la propiedad realmente te interesa para alquilarla.

Sabía que no esperaba que evaluara nada. Solo quería pasar la noche conmigo. Y yo deseaba lo mismo.

Asentí, dejando escapar una sonrisa antes de entrar al cuarto para guardar mis cosas y tomar los regalos que había comprado. Cuando regresé, Ugo tomó la bolsa sin decir nada y bajamos juntos.

Pero entonces... todo cambió de repente.

En el instante en que llegamos al vestíbulo, Ugo se detuvo bruscamente. Su cuerpo se tensó como una cuerda a punto de romperse, y sus dedos soltaron los míos de inmediato.

Seguí su mirada... y entonces vi el motivo.

Una mujer estaba arrodillada frente a Giovanni, junto al muro de la casa. El niño lloraba, sus pequeños hombros temblando por los sollozos. Aurora estaba junto a él, intentando apartarlo de la mujer, su expresión dura y angustiada.

Mi corazón vaciló... porque reconocí a esa mujer del álbum de fotos, sosteniendo a Giovanni cuando era bebé.

¿Camila?

Tenía el cabello de un rubio oscuro, en capas largas y onduladas. Su postura era elegante, pero un tanto fría. Sus ojos estaban fijos en Giovanni, cargados de desprecio mientras sus manos hacían gestos para que el niño no la tocara.

— *Mamma*... — la voz frágil y quebrada de Gio me golpeó en el estómago.

El mundo a mi alrededor se congeló. Miré rápidamente a Ugo, y lo que vi me erizó la piel: su rostro estaba sombrío. Furia ardía en sus ojos, su mandíbula tan tensa que un músculo saltaba en su sien. Parecía a punto de explotar.

Entonces se movió. Caminó rápidamente hacia su hijo, el cuerpo entero tenso de ira. Tomó a Giovanni en brazos, apartándolo de la mujer sin siquiera mirarla.

— ¿Qué carajo haces aquí, Valentina?! — Su voz tronó con odio. — ¡Te dije que te mantuvieras lejos de mi hijo!

La mujer palideció, sus labios se separaron levemente.

Esa no era solo una visita indeseada.

Parecía el comienzo de una tormenta.





CAPÍTULO 25

Ugo entró en la casa con Giovanni en brazos, el niño aún sollozando contra su hombro, cerrando la puerta detrás de sí sin siquiera mirar atrás. Mi pecho se encogió ante la escena y la manera protectora con la que sujetaba a su hijo, tratando de mantenerlo alejado de cualquier cosa que pudiera hacerle daño.

La mujer permaneció allí, inmóvil, la mirada helada clavada en la puerta cerrada. Y entonces, como si en ese momento notara mi presencia, giró lentamente la cabeza en mi dirección.

Su mirada era gélida y cargada de algo que me provocó un escalofrío en la espalda.

—¿Eres la nueva sustituta? —Su voz sonó casi aburrida—. ¿El nuevo juguetito de Ugo?

Tragué saliva, pero elegí mantenerme en silencio. No porque no supiera qué decir, sino por un sexto sentido que me advertía que cualquier palabra sería un desperdicio.

Ella sonrió de lado, inclinando la cabeza.

—Deberías tener cuidado... —Su tono ahora era venenoso—. Nunca se sabe cuándo Ugo podría decidir matarte también.

Mi respiración se detuvo.

—¡Basta, Valentina! —La voz cortante de Aurora resonó en el patio antes de que pudiera siquiera reaccionar.

Valentina giró el rostro hacia la matriarca de la familia Romano, quien se acercaba con la postura erguida y los ojos chispeando de rabia.

—Solo estoy dando un consejo, *nonna*... —cruzó los brazos, con esa sonrisa burlona aún en los labios.

—¡No soy tu *nonna*! —cortó Aurora con voz dura—. No tienes ningún derecho aquí. Y mucho menos sobre Giovanni.

La sonrisa de Valentina se desvaneció por un instante. Una sombra cruzó sus ojos, como si por un breve momento la máscara hubiera caído. Pero luego alzó la barbilla y soltó una risa suave.

—¿Ah, sí? Bueno... ya veremos por cuánto tiempo.

Mi estómago se revolvió con esa frase. Valentina lanzó una última mirada hacia la casa, y entonces sus ojos encontraron los míos otra vez. Había algo en ellos que me hizo sentir como si estuviera frente a un depredador. Una advertencia silenciosa... o una promesa de que esto no había terminado.

Pero no me dejé intimidar.

Me analizó una vez más y, finalmente, se dio la vuelta y se alejó en dirección a la posada, el sonido de sus tacones resonando en el patio de piedra hasta desaparecer por completo.

Aurora soltó un largo suspiro y luego se volvió hacia mí.

—Ven conmigo, *cara mia.*

Parpadeé, saliendo del trance en el que me había sumido. Mi corazón aún martillaba en mi pecho, pero seguí a Aurora hacia el interior de la casa. Porque a pesar de todo, confiaba en Ugo. Y ahora, más que nunca, necesitaba escuchar la verdad desde su perspectiva.

La casa de los Romano tenía una energía acogedora, pero en ese momento el silencio era casi asfixiante. Mis pensamientos aún estaban atrapados en la mirada helada de Valentina y en la manera en que Ugo entró cargando a Giovanni, encerrándose en su mundo sin siquiera lanzarme una última mirada.

Sabía que había algo muy turbio en esa mujer. Pero también sabía que, pasara lo que pasara, Ugo jamás haría daño a nadie. Mucho menos a su propio hijo.

—Chiara... —Aurora me llamó suavemente, guiándome por el pasillo.

La seguí hasta su habitación, donde se sentó en el sillón junto a la cama, masajeando sus propios hombros con una expresión cansada.

—¿Te duele? —pregunté al ver su gesto automático.

—Siempre. —Sonrió levemente—. La edad llega, cara mia, y el cuerpo ya no nos obedece como antes.

— Te traje algo. — Abrí la bolsa que Ugo había dejado caer sobre el césped y saqué el pequeño frasco del aceite que compré para ella en Ravello.

— ¿Aceite de lavanda? — Los ojos de Aurora brillaron al ver el regalo.

— Sí. — Me acerqué y tomé una silla, sentándome a su lado. — Quiero ayudarte con ese dolor. ¿Puedo?

Ella dudó un momento, pero luego asintió, girándose levemente en el sillón mientras bajaba un poco la tela de su blusa. Vertí unas gotas del aceite entre mis dedos y comencé a masajear suavemente sus hombros y nuca, aplicando la presión justa para aliviar la tensión de los nervios y músculos.

— Ah... tienes manos benditas, Chiara. — Aurora soltó un suspiro largo y relajado.

— Realmente me gusta hacer esto. — Sonreí, satisfecha por poder ayudarla.

— Eso es bueno... — Cerró los ojos por un momento. — Deberías hacer más cosas que te gustan.

Continué el masaje en silencio, sintiendo cómo la tensión de Aurora se disolvía poco a poco. Entonces, su voz llegó baja, cargada de una ternura que me calentó el pecho.

— Sabes... — Giró levemente el rostro para mirarme. — Ugo no deja entrar a muchas personas en su vida. Pero ha abierto las puertas de su corazón para ti.

Mis manos se detuvieron un instante, antes de que retomara el movimiento circular sobre sus hombros.

— No quiero ser invasiva. Sé que está pasando por muchas cosas...

Aurora soltó una risa suave.

— Ah, *cara mia*, no te engañes. Mi nieto puede ser terco y de cabeza dura, pero no te dejaría entrar si no lo deseara.

— Aún no me ha contado todo. — Bajé la mirada, sintiendo un calor en el pecho.

— Ugo necesita tiempo. — Aurora cubrió una de mis manos con la suya. — Pero lo supe desde que lo vi mirarte por primera vez, que serías alguien especial en su vida.

— ¿Cómo puedes estar tan segura? — Mi corazón tropezó en el pecho.

— Porque mi nieto está enamorado.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre nosotras.

Tragué saliva, incapaz de responder.

— Dale tiempo, Chiara. — Aurora apretó ligeramente mi mano. — Y cuando esté listo... escúchalo.

Asentí, sintiendo un nudo en la garganta. Continué el masaje por unos minutos más, hasta que sentí su cuerpo completamente relajado bajo mis dedos.

— Ahora descansa un poco, *nonna.*

— Gracias, *cara mia.* — Sus ojos brillaban con un cariño sincero.

Me levanté y salí de la habitación, cerrando la puerta tras de mí. Fue entonces cuando escuché voces al final del pasillo. Seguí el sonido hasta el baño y me detuve frente a la puerta entreabierta.

La ducha estaba encendida y el vapor caliente escapaba por la rendija. Dentro de la bañera, Ugo estaba sentado en el borde, sosteniendo a Giovanni en el regazo, mientras el niño jugaba con la espuma del agua tibia.

— *Papà*, ¡mira! ¡Un barco! — Giovanni recogió un puñado de espuma e intentó darle forma de barco.

— Parece más una nube, *piccolo*. — Ugo sonrió, despeinando el cabello de su hijo.

— ¡No, es un barco! — Gio protestó, riendo.

La risa inocente de él me golpeó directo en el pecho, calentando algo profundo dentro de mí. Ugo se inclinó y le susurró algo al oído al niño, quien soltó otra carcajada contagiosa. El sonido resonó por el pasillo, y por un instante, todo el peso de momentos antes pareció desaparecer.

Podría haberme quedado allí para siempre, simplemente observando esa escena. Pero no quería invadir el momento entre padre e hijo. Así que me alejé en silencio y fui a la cocina.

Ahora es mi turno de cuidar de ellos.

Abrí los armarios y comencé a buscar ingredientes. Quería preparar algo simple, pero que transmitiera consuelo.

Fue entonces cuando encontré una lata de leche condensada al fondo del armario, un bote de cacao en polvo sobre la encimera y tabletas de mantequilla en la nevera. Mi corazón se calentó al recordar a mi madre enseñándome a hacer brigadeiro cuando era casi una adolescente.

Puse una cacerola en la estufa y empecé a mezclar los ingredientes, el aroma dulce pronto llenando el ambiente. Mientras revolvía la crema oscura, mi pecho se llenó de algo nuevo... Pertenencia.

Quería estar aquí. Con ellos.

Y no tenía ninguna duda al respecto.

El olor del chocolate derretido llenó la cocina, envolviendo el lugar en una atmósfera cálida y acogedora. Seguí revolviendo el brigadeiro en la cacerola, el calor emanando de la estufa mientras la crema oscura se espesaba, adquiriendo la textura perfecta.

No tardé en escuchar pasos acercándose por el pasillo.

Levanté la vista justo en el momento en que Giovanni apareció en la entrada de la cocina, su cabello aún húmedo y desordenado por el baño. Llevaba un pijama cómodo, y sus ojitos brillaron al sentir el olor en el aire.

— ¿Qué es eso? — Su voz salió llena de curiosidad y emoción.

Antes de que pudiera responder, Ugo apareció detrás de él, con los brazos cruzados sobre el pecho, observando la escena con una mirada indescifrable. Su cabello todavía mojado y la camisa blanca de algodón marcaban los músculos firmes de su pecho y brazos.

— Parece que alguien fue atraído por el olor. — comenté, lanzando una mirada divertida a Giovanni.

— Huele rico... — El pequeño se acercó más, apoyando las manitas en la encimera para espiar la cacerola. — ¿Qué es?

— Brigadeiro.

— ¿Bri-ga-dé-ro? — Frunció la nariz, intentando repetir la palabra.

Solté una risa baja y saqué una cucharada de la cacerola, soplándola para enfriarla antes de ofrecérsela.

— Prueba.

Giovanni miró desconfiado la cuchara, pero luego abrió la boca y probó un poco del dulce. Al instante siguiente, sus ojos se agrandaron y soltó un sonido de pura satisfacción.

— ¡Está muy bueno!

— Me alegra que te haya gustado. — Mi risa resonó en la cocina.

— ¡Quiero más! — Gio ya estiraba la mano hacia la cacerola, pero Ugo lo sujetó por el pijama antes de que metiera los dedos en el brigadeiro caliente.

— Espera a que se enfríe, *piccolo*.

El pequeño refunfuñó bajito, pero asintió. Fue entonces cuando levanté los ojos y encontré a Ugo aún observándome. No dijo nada. Pero había gratitud en su mirada. No solo por el brigadeiro... sino por el simple hecho de que yo estuviera allí.

Le sonreí, y una comisura de su boca se levantó levemente antes de que tomara cucharas extra del cajón y se sentara a la mesa con Giovanni.

Nos servimos directamente de la cacerola, saboreando el dulce como si fuera un pequeño ritual secreto entre nosotros. Giovanni se ensuciaba los dedos, riendo cuando Ugo amenazaba con robarle su porción, y la escena era tan pura, simple y tan perfecta que deseé congelar el momento para siempre.

Y en ese instante, supe que nunca más quería irme.



La noche cayó silenciosa sobre la casa de los Romano.

Después de que Giovanni comió su última cucharada de brigadeiro y bostezó, frotándose los ojitos, Ugo lo tomó en brazos y me lanzó una mirada intensa.

— Iba a llevarte al apartamento esta noche, pero...

— Quieres quedarte con él — completé suavemente, comprendiendo sin que él tuviera que decirlo.

Ugo asintió, sus ojos recorriendo mi rostro como si esperara alguna reacción.

— Y deberías. Gio te necesita mucho.

— Gracias por entender. — Soltó un suspiro discreto y se pasó la mano por el cabello.

— No tienes que agradecerme.

Ugo me miró un momento más antes de darse la vuelta y llevar al niño dormido a su habitación.

Observé la escena, sintiendo un nudo cálido en el pecho. Miré alrededor de la casa silenciosa y supe que no quería irme. Entonces, sin pensarlo mucho, tomé una manta del sofá y me acurruqué allí mismo, dejando que el calor del tejido y el aroma sutil del perfume de Ugo me envolvieran.

Antes de darme cuenta, el sueño me venció.



Desperté con un suave roce en el rostro. Abrí los ojos despacio y me encontré con un par de ojitos curiosos observándome de cerca.

— ¿Chiara? — La voz de Giovanni era un susurro somnoliento.

— Hola, *piccolo*. — Sonreí, estirándome en el sofá.

— ¿Por qué dormiste aquí? — Inclinó la cabeza hacia un lado.

— Porque estaba esperando que despertaras. — Me reí en voz baja.

— ¿Por qué?

— Porque tengo un regalo para ti.

— ¿Un regalo? — Sus ojitos se iluminaron.

— En realidad, dos. — Me levanté y tomé la bolsa que había dejado sobre otro sillón. Me senté nuevamente y di unas palmadas en el espacio junto a mí. — ¡Ven!

Giovanni subió al sofá y se acomodó a mi lado, moviendo las piernitas con ansiedad. Tomé el primer regalo y se lo entregué.

— ¿Qué es?

— ¡Ábrelo y descúbrelo!

Rasgó el paquete y encontró el pequeño barco de madera pintado a mano.

— ¿Es un barco de verdad? — Sus ojos brillaron al tomarlo, sosteniéndolo con todo el cuidado del mundo.

— ¡Sí! Tu *papà* y yo lo trajimos directamente desde Ravello para ti.

— Guau... — Giró el barco entre sus manos, fascinado. — ¡Es tan lindo!

Mi pecho se calentó al ver la felicidad genuina en su rostro.

— Ahora, el segundo regalo. — Le entregué la bolsa con los materiales para construir una cometa.

— ¿Qué es esto? — Giovanni me miró, confundido.

Le expliqué sobre la cometa, por si no la conocía. Gio pareció fascinado con la idea, lo que aumentó aún más mi expectativa.

— La vamos a armar juntos. Y luego, tu *papà* y yo te llevaremos a la playa para volar tu primera cometa en el cielo.

— ¿De verdad? — Sus ojos brillaron aún más.

— ¡Promesa de meñique! — Extendí mi dedo, y él rápidamente entrelazó el suyo con el mío.

— ¡*Papà*! — Giovanni saltó del sofá y corrió hacia la puerta del salón. — ¡Mira lo que me dio Chiara!

Seguí su mirada y encontré a Ugo recostado en el marco de la puerta, los brazos cruzados, observándonos con una expresión difícil de descifrar. Pero en el fondo, sabía exactamente lo que estaba pensando.

Ugo me estaba aceptando... con su hijo.



La suave luz de la mañana entraba por las ventanas de la cocina, iluminando el espacio con un brillo dorado. Giovanni aún sostenía el barco y la bolsa con los materiales para la cometa mientras caminaba animado a mi lado, parloteando sobre cómo quería que su cometa fuera azul, igual que el cielo.

Ugo fue directo a la cafetera.

Lo observé mientras molía los granos de café con una precisión casi ritual, los movimientos firmes y calculados. Tomó una

prensa francesa y empezó a preparar el café con una concentración que me hizo sonreír.

— Entonces, ¿de esto hablabas... — Crucé los brazos, recostándome en la encimera — cuando dijiste que te gustaba preparar café para relajarte?

Él levantó la vista hacia mí, una media sonrisa perezosa jugando en sus labios.

— ¿Te sorprende?

— No. — Me encogí de hombros. — Solo te hace aún más... encantador.

Sus ojos se oscurecieron levemente y abrió la boca para responder algo, pero fue interrumpido por Giovanni, que subió a una silla y golpeó sus manitas en la mesa.

— ¡Quiero ayudar!

Ugo parpadeó, disipando la tensión sexual entre nosotros y enfocándose en su hijo.

— Está bien, *piccolo.* — Tomó una pequeña jarra de leche y se la entregó al niño. — Vierte esto aquí.

Giovanni sostuvo la jarra con toda la concentración del mundo, la lengua entre los dientes, y vertió la leche cuidadosamente en la taza que Ugo había colocado frente a él.

— ¡Listo! — Sonrió, orgulloso.

— Buen trabajo. — Ugo le alborotó el cabello al niño y me miró. — ¿Quieres probar?

El aroma del café recién preparado llenó mi nariz. Llevé la taza a los labios y probé un sorbo. El sabor era intenso, con cuerpo, con

un ligero toque a chocolate y algo amaderado al fondo.

— Dios mío... — suspiré, cerrando los ojos por un instante. — ¡Es perfecto!

— Te dije que sabía lo que hacía. — Cuando abrí los ojos, Ugo me observaba de una manera que me puso la piel de gallina.

Tragué saliva, sintiendo que mi rostro se calentaba.

Aurora se unió a nosotros en la cocina poco después, y Giovanni corrió a mostrarle sus regalos a la *bisnonna*. La ternura en los ojos de la mujer cuando él explicó sobre la cometa me hizo sonreír.

Después del desayuno, Giovanni insistió en que armáramos la cometa y fuéramos a la playa para que pudiera aprender a volarla. Y eso fue exactamente lo que hicimos.

La mañana pasó entre risas y juegos en la arena, con Giovanni corriendo por la playa, sosteniendo la cuerda de la cometa mientras esta subía cada vez más alto.

Ugo y yo lo ayudamos, y fue imposible no notar las miradas que él me lanzaba cada vez que Giovanni reía fuerte o corría hacia nosotros para celebrar cada pequeño logro.

Los tres nos estábamos convirtiendo en algo.

Y yo sabía que Ugo también lo sentía.

Cuando Giovanni finalmente se cansó, volvimos a casa, donde Aurora nos esperaba con una sonrisa cálida.

— Ven, *bambino.* — Extendió los brazos hacia su nieto. — Vamos a descansar un poco.

Giovanni fue sin quejarse, el cansancio visible en sus ojitos, y Aurora me lanzó una mirada discreta antes de llevarlo al cuarto.

Cuando me giré hacia Ugo, él me estaba observando.

— ¿Quieres salir un rato? — Su voz fue más baja.

— ¿A dónde?

— A la Marina Grande.

Mi corazón dio un salto. Quería llevarme al muelle. Aquel mismo lugar donde, hace unas noches, lo había visto mirando el mar como si buscara respuestas que no podía encontrar.

Sabía lo que eso significaba: Ugo finalmente quería abrirse conmigo.

Respiré hondo y sonreí.

— Vamos.



El sol ya comenzaba a descender en el horizonte cuando llegamos al muelle. Ugo se recostó contra la madera, los brazos cruzados, la mirada fija en la línea donde el mar se encontraba con el cielo.

Yo no dije nada. Simplemente esperé. Sabía que él hablaría cuando estuviera listo. Y entonces, después de largos minutos, soltó un suspiro profundo y rompió el silencio:

— Nunca me has oído mencionar a la madre de Giovanni...

Sabía que este momento llegaría. Pero no imaginaba que sentiría tan profundamente todo el dolor a través del timbre de su

voz. Ugo se giró hacia mí, sus ojos oscuros cargados de algo pesado.

— Necesito que escuches todo, Chiara.

— Estoy aquí. — Tomé su mano y la apreté, mi mirada fija en la suya. — Y te estoy escuchando.





CAPÍTULO 26

La brisa salada de la Marina Grande despeinaba mi cabello mientras miraba el mar, tratando de encontrar las palabras adecuadas para contarle a Chiara todo lo que nunca le había contado a nadie.

Pero, ¿cómo se explica algo tan jodido?

El peso de aquel pasado siempre estuvo allí, atado a mí como un ancla a mi tobillo, arrastrándome cada vez más hacia el fondo. Pensaba que podía ignorarlo, seguir adelante, mantener mi mundo blindado y protegido, sin permitir que nadie se acercara lo suficiente como para preguntar por las cicatrices que no quería mostrar.

Pero Chiara estaba aquí.

Ya había visto los pedazos rotos de mi alma y, de algún modo, aún me miraba como si quisiera quedarse.

Cerré los ojos un segundo, sintiendo el calor suave de su mano sujetando la mía. No había presión en su toque, solo un recordatorio silencioso.

De que ella estaba ahí.

De que no se iría a ningún lado.

El nudo apretado en mi garganta se hizo más pesado, pero respiré hondo y solté la verdad:

—Valentina y Camila... eran hermanas gemelas. —Mi voz sonó baja, casi ronca por forzarla a salir.

Observé cómo el asombro se instalaba en los ojos de Chiara, pero no me interrumpió.

—Conocí a Valentina en la universidad. Éramos compañeros, nos hicimos amigos, y acabé enamorándome de ella. —Solté una risa seca, amarga. —Pero ella nunca me correspondió. Tenía novio, grandes sueños, y yo nunca formé parte de ellos.

Miré al horizonte, donde el cielo empezaba a teñirse de dorado. La luz se reflejaba en las olas como pequeñas hojas afiladas, y por un segundo, así fue como me sentí: cortado.

—Después de la graduación, seguí con mi vida. Volví a Sorrento, a mi familia, y acepté que Valentina solo era el recuerdo de un amor que nunca fue mío.

Hice una pausa, y Chiara se acercó un poco más. Su otra mano se posó sobre mi antebrazo, un gesto simple, pero que hizo que algo dentro de mí se soltara.

—Entonces, años después, apareció aquí. O al menos, eso creía. Se había convertido en modelo internacional y viajaba por el mundo. Pasó un tiempo hospedada en la posada. Y... me permití sentir todo de nuevo. —La bilis subió a mi garganta al recordar lo ingenuo que fui. El idiota que creyó en toda aquella farsa. —Parecía distinta, pero pensé que era por el tiempo, la distancia... Nunca imaginé que algo andaba mal.

A mi lado, sentí a Chiara contener la respiración. Continué:

—Estaba de vacaciones, soltera, y esta vez parecía que realmente me deseaba. Así que me entregué por completo... pero todo era una mentira.

Mi mandíbula se tensó al recordar el sabor amargo de la traición, de haber creído que, por un momento, tenía algo real con Valentina.

—Valentina no era Valentina. Era Camila.

A mi lado, sentí a Chiara contener el aliento.

—¿Qué...? —Frunció el ceño, confundida.

Exhalé despacio, como si eso pudiera aliviar el peso del pasado... Como si fuera posible expulsar del pecho ese dolor que llevaba años cargando.

—Camila era la hermana gemela que Valentina siempre ocultó. Tenían un acuerdo: hacerse pasar la una por la otra cuando les daba la gana. Así fue como Camila me conoció en la universidad. Pero yo nunca supe que Valentina tenía una hermana.

Sentí a Chiara quedarse inmóvil a mi lado, absorbiendo cada palabra, los ojos fijos en mí como si intentara comprender la magnitud de todo aquello.

—Cuando me vio en la posada, decidió hacerse pasar por su hermana otra vez, porque sospechaba de mis sentimientos.

—Dios mío, Ugo... —Chiara se llevó la mano a la boca, los ojos brillando con una mezcla de incredulidad y tristeza.

—Cuando lo descubrí, me enfurecí. ¡Me sentí engañado... como un idiota! —Solté una risa seca, sin humor. —Pero entonces Camila lanzó otra bomba sobre mí: reveló que estaba embarazada.

El viento sopló con fuerza en ese momento, como si la propia brisa supiera cuán devastador era ese recuerdo para mí.

—¿Así fue como te casaste con ella?

La pregunta vino en un tono cuidadoso, sin juicios. Pero aun así, sentí el peso de ella en mi pecho.

—Sí —confirmé, desviando la mirada hacia el mar otra vez, como si pudiera encontrar alguna respuesta allí. Pero todo lo que encontré fueron las olas rompiendo en la costa, exactamente como me sentí en aquella época: siendo arrastrado sin control hacia un lugar al que no quería ir. —Mi abuelo era un hombre tradicional, y sentía que le debía eso. Pero principalmente, no quería que mi hijo creciera sin un padre presente en un hogar desestructurado.

Chiara continuó en silencio, absorbiendo cada detalle de mi historia.

—Terminé casándome con Camila, y aunque intenté al principio, por el bien de nuestra relación y de nuestro hijo, nunca pude perdonarla.

—¿Nunca la amaste?

—No. —La palabra salió como un veredicto. —Quería intentarlo. Pero con la convivencia, me di cuenta de que Camila no era solo alguien que cometió un error. Era... egoísta y manipuladora.

Los recuerdos vinieron como un golpe.

—¿Y Valentina? —preguntó Chiara, con voz vacilante. —¿Cómo reaccionó ante todo eso?

—Cuando Valentina descubrió que había dejado embarazada a Camila, me llamó idiota. —Mis labios se curvaron en una sonrisa

amarga.

—¿Cómo? —Chiara parpadeó, sorprendida.

—Pensaba que yo era un hombre sin ambiciones. Que no era más que un tonto conformista, dispuesto a vivir para siempre en Sorrento. Mientras ella... —solté una risa irónica, sin vida— aspiraba a conocer el mundo y convertirse en alguien importante.

—Valentina nunca te mereció. —La mirada de Chiara se suavizó, y sin dudarlo, entrelazó nuestros dedos.

Aquella afirmación me tomó por sorpresa. Miré a Chiara y vi algo en sus ojos que me hizo creerle. Porque por primera vez en la vida, no me sentía como el hombre que perdió el tiempo amando a la persona equivocada. Sino como alguien que finalmente había encontrado a la persona correcta.

—Después del nacimiento de Gio, Camila dijo que sufría de depresión postparto y desapareció, dejándome solo para cuidar a nuestro bebé. —Hice otra pausa, tragando el sabor amargo que acompañaba esos recuerdos. —Volvía cuando quería, pero nunca se quedaba por mucho tiempo.

El recuerdo de Giovanni, aún un bebé, esperando a la madre que nunca volvía, me hizo apretar los puños contra la madera del muelle.

—Entonces comprendí que Camila no se preocupaba por nadie más que por ella misma. Porque cada vez que mostraba algún afecto por Gio, enseguida lo usaba para chantajearme emocionalmente. Siempre quería algo a cambio... luego se iba y lo dejaba a mi cuidado y al de la *nonna.*

Chiara no dijo nada, pero sentí cuando su cuerpo se inclinó ligeramente hacia mí, un gesto discreto, como si quisiera aliviar ese dolor que todavía estaba allí.

—Giovanni me dijo que ella... murió. —Su voz era cargada de cautela.

—Sí. —La brisa salada de la Marina Grande no lograba disipar el sabor amargo del pasado, ni borrar las cicatrices que dejó. —Hace tres años, huyó y se llevó a Gio con ella.

Chiara abrió los ojos, la boca entreabierta como si quisiera preguntar algo, pero esperó.

— Pasé días buscándolos, desesperado. — Me dolía la mandíbula de tanta tensión al recordar aquella época, las noches sin dormir, el miedo paralizante de no saber si mi hijo estaba a salvo. — Hasta que la policía me notificó sobre un accidente automovilístico. Camila y otro hombre murieron. Pero, por un milagro, Gio sobrevivió.

El silencio que siguió fue denso, como si el propio océano absorbiera el peso de mi confesión.

Entonces lo sentí. El pulgar de Chiara acarició el dorso de mi mano con un gesto lento y tranquilizador. Pequeño. Pero lo suficientemente fuerte como para no dejarme hundir del todo en la oscuridad de mi pasado.

— ¿Y Valentina...? — Su voz rompió el silencio con suavidad.

Mi cuerpo se tensó de nuevo. El veneno que intentaba mantener enterrado volvió a la superficie.

— Vino a Sorrento después de la muerte de Camila. — Mis palabras salieron cargadas de rencor. — Pero no por amor a su sobrino... sino solo para atormentar mi vida.

Chiara no dijo nada. Solo esperó.

— Al principio, creí que quería formar un vínculo con Giovanni. Pero algo siempre se sentía... mal. — Pasé la mano por el cabello, queriendo despejar los recuerdos, y cerré los ojos antes de soltar: — Hace un año, la sorprendí diciéndole a Giovanni que yo no lo amaba.

— ¿Qué? — Chiara dejó escapar un leve jadeo, los ojos muy abiertos de puro shock.

El dolor volvió a desgarrarme el pecho al revivir ese momento.

— Se arrodilló frente a mi hijo y le dijo que no era amado. Ni por mí, ni por su *bisnonna*. Y lo peor... ni siquiera por ella. Porque Valentina se hizo pasar por Camila, haciendo que Gio creyera que ella era su madre.

— Dios mío, Ugo...

— Gio quedó devastado. Tuve que llevarlo al psicólogo. — El dolor de ese recuerdo se mezcló con la rabia sofocante que regresaba cada vez que pensaba en lo que Valentina le hizo. — También contraté a un abogado.

— ¿Lograste alejarla?

— Sí. — Solté el aire pesadamente. — La justicia está de nuestro lado. Tiene prohibido acercarse a mi hijo después de lo que hizo.

Vi cómo los hombros de Chiara se relajaban apenas un poco con esa información. Pero seguía afectada. Estaba procesando todo lo que acababa de contarle.

— Entonces, ayer... cuando la vimos... — Su voz vaciló, los ojos buscando los míos, mezcla de preocupación e incredulidad.

— Estaba violando la orden judicial. — Las palabras salieron duras. — Fue ella quien me llamó el otro día.

— ¿Te refieres a esa llamada... — su voz bajó un poco — el día que volvimos del paseo?

— Sí. Dijo que necesitaba hablar sobre Giovanni. Lo mismo de siempre. Intentando desestabilizarme. — Me pasé la mano por el cabello, dejando escapar una risa amarga. — Valentina no acepta la muerte de su hermana. Culpa a Giovanni por haber sobrevivido al accidente... y me culpa a mí por haber, según ella, arruinado la vida de Camila.

— Eso es... enfermizo.

— Lo sé. — Respiré hondo. — Por eso hablaré con el abogado. Lo que pasó ayer no puede repetirse.

— Ugo... — Ella tocó mi brazo, la preocupación clara en su rostro.

— Giovanni ya ha sufrido demasiado. — Mi voz salió firme, como una promesa que no podía romperse. — Va a terapia una vez por semana. Vi cuánto ha avanzado. Finalmente ha empezado a aceptar que su madre está en el cielo. Pero Valentina... ser idéntica a Camila... todavía no sé cómo explicárselo a mi hijo.

— Él la llama "mamá"... — Vi la comprensión prenderse en los ojos de Chiara.

— Porque todavía no lo entiende — completé por ella, con un sabor amargo en la boca. — Y lo que hizo ayer... No voy a permitir que vuelvan a lastimar a mi hijo.

Mi pecho subía y bajaba de forma descontrolada, como si cada célula de mi cuerpo estuviera lista para luchar y destruir cualquier

amenaza que se atreviera a tocar a Giovanni.

Mi instinto era proteger.

Mi deber era mantener a mi bambino a salvo.

Pero verlo en esa situación, confundido, vulnerable, con lágrimas resbalando por su carita inocente, me hizo sentir un tipo de odio que jamás había experimentado.

Chiara guardó silencio por un momento, pero su mirada ardía sobre mí, intensa y firme. Se inclinó un poco más, y su toque en mi brazo bastó para traerme de vuelta al presente.

— Eres un padre increíble, Ugo. — Su voz fue como un bálsamo, aunque no logró calmar la furia que me consumía. — Y no importa lo que pase, Gio lo sabe. Él sabe que lo amas, que estás ahí para él.

Solté un suspiro pesado, el pecho todavía oprimido, las emociones hirviendo bajo mi piel.

— Gio merece ser feliz, Chiara. — Mi voz vaciló un instante, la rabia dando paso a algo más vulnerable. — Merece una infancia tranquila, sin fantasmas del pasado tratando de arrastrarlo a la oscuridad.

El viento sopló fuerte, revolviendo el cabello de Chiara. Y entonces, hizo algo que me desmontó por completo. Sin dudar, deslizó las manos hasta mis hombros y apoyó su frente contra la mía, cerrando los ojos.

— Y la tendrá. — Su voz fue un susurro contra mis labios. — Porque tú estás aquí para protegerlo. Y ahora... yo también estoy.

Cerré los ojos un instante, dejando que esa promesa se hundiera en mí, sintiendo cómo su tacto disipaba parte de la tensión.

Nunca le había contado esa historia a nadie.

Nonna lo sabía porque vivió conmigo cada una de esas etapas. Marcello y algunos empleados de la posada conocían partes... pero nadie lo sabía todo.

Y ahora, Chiara no solo lo sabía.

Me miraba de ese modo...

Sin juicio.

Sin lástima.

Solo aceptación.

Quise decir algo. Preguntarle en qué pensaba. Pero antes de que pudiera abrir la boca, Chiara se movió. De repente, se lanzó sobre mí, rodeando mi cuello con sus brazos, sus piernas instintivamente ajustándose a mi cintura.

Mi corazón falló un latido.

— Gracias por confiar en mí. — Su voz salió ahogada contra mi hombro.

Instintivamente, sujeté su cintura con fuerza, sosteniéndola contra mí como si temiera que desapareciera. El viento sacudía los mechones de su cabello, y todo lo que podía sentir era su aroma, la calidez de su cuerpo pegado al mío.

— Nunca le conté esto a nadie... — admití, con la voz ronca, cargada con el peso de esa verdad. — Pero contigo...

Contigo, todo se siente diferente.

No necesité terminar la frase.

Chiara se apartó solo lo suficiente para mirarme, los ojos brillando bajo el cielo dorado del atardecer.

— Ya te lo dije, Ugo... — Deslizó los dedos por mi rostro, delineando la línea de mi mandíbula. — No voy a irme a ningún lado.

Mi pecho se calentó. No sabía cuánto necesitaba oír eso hasta que sus palabras salieron de su boca.

Deslicé una mano entre su cabello, sujetando su nuca con firmeza antes de tomar sus labios en un beso lento y ardiente. Chiara suspiró contra mi boca y se aferró más a mí. Cuando nos separamos, nuestros rostros quedaron pegados, las respiraciones mezcladas.

Ya me había entregado por completo a esta mujer... y ya no sentía miedo por eso.

— Voy a pasar el resto de mi vida demostrándote que perteneces a este lugar... — Mis manos apretaron su cintura.

— ¿Quieres atraparme aquí, Romano? — Alzó una ceja, en tono de desafío.

— Quiero darte todos los motivos para que quieras quedarte, cara mia.

Ella mordió su labio inferior, un gesto inconsciente que me volvió loco. Sujeté su rostro y la besé de nuevo, con más intensidad, con más necesidad, y con más certeza que nunca.

Porque sabía que no era solo deseo y atracción.

Era amor.

El más profundo. El más honesto.





EPÍLOGO

UN AÑO DESPUÉS...

Siempre supe que algunos momentos en la vida son imposibles de describir con palabras. Y este era uno de ellos.

Tenía la garganta cerrada, el corazón latiendo con fuerza, y un escalofrío recorría cada centímetro de mi piel mientras caminaba lentamente por el sendero florido de la Posada Romano.

Pero no iba sola. Mi padre sostenía mi brazo con firmeza, sus ojos brillando con la misma emoción que yo intentaba contener dentro de mí.

— Estás preciosa, *bambina* — susurró, apretando ligeramente mi mano.

— Papà... — Tragué en seco, intentando contener las lágrimas que amenazaban con caer. — Aún no puedo creer que hayas venido.

— ¿Dónde más estaría? — Rió suavemente. — Desde que llegaste aquí, supe que algo era diferente. Sorrento siempre fue un lugar mágico, y ahora sé por qué...

Volteé a mirarlo, y me regaló esa sonrisa que siempre hacía que mi corazón se sintiera a salvo.

— Porque encontraste tu hogar.

Las emociones se me atoraron en la garganta.

— Sí. Lo encontré.

Él asintió lentamente, sus ojos llenos de orgullo mientras miraba al hombre que me esperaba en el altar.

Ugo Romano.

El hombre que me enseñó que el amor puede ser intenso y arrollador, pero también seguro y acogedor. El hombre que, por tanto tiempo, creyó estar destinado a la soledad... hasta que el destino —o quizás la propia Sorrento— nos unió.

Vestía un traje blanco impecable, con una pajarita negra que resaltaba aún más su presencia imponente. El cabello ligeramente revuelto por el viento, la barba perfectamente recortada, y esos ojos oscuros clavados en mí como si yo fuera lo único que existía.

Pero lo que terminó de derretirme el corazón fue ver a Giovanni al lado de su padre, con un traje idéntico. Una miniatura perfecta de Ugo, desde los zapatos bien lustrados hasta su postura orgullosa mientras sostenía el cojín de terciopelo azul marino con nuestras alianzas.

Miró a Ugo y le guiñó un ojo, como si compartieran un secreto.

— Despacio, *piccolo.* — Ugo le susurró, pero el niño ya avanzaba con pasitos apresurados.

Cuando llegué al altar, mi padre se volvió hacia Ugo y le extendió la mano.

— Cuida bien de mi *bambina.*

— Siempre. — Ugo le estrechó la mano con firmeza.

Mi padre me sonrió y besó mi frente antes de entregarme al hombre que amo.

Cuando Ugo tomó mi mano, sentí que todo el aire se me escapaba del pecho.

— Finalmente, *amore mio.* — Su voz grave, cargada de sentimiento, me envolvió.

— Creí que ya estabas atado a mí hace mucho tiempo, Romano — murmuré de vuelta, entrelazando nuestros dedos.

La mirada que me lanzó fue devastadora.

— No existe prisión donde hay elección. Y yo te elegiría a ti... siempre. — Las palabras de Ugo fueron directas a mi corazón.

Olvidé todo a nuestro alrededor. La decoración, los invitados, las flores esparcidas por el jardín.

El mundo entero se resumía en nosotros dos.

Apretó levemente mi mano y me atrajo un poco más hacia él, su boca rozando mi oído.

— ¿Estás lista para convertirte oficialmente en mía?

— ¿Estás listo para aguantarme el resto de tu vida? — Mis labios se curvaron en una sonrisa traviesa.

— Mujer... — Rió en voz baja, apoyando su frente contra la mía por un instante. — No podría desear otra cosa.

Giovanni carraspeó a nuestro lado, impaciente.

— Papà... ¡los anillos! — Alzó el cojín, sus ojitos brillando.

La risa suave de Ugo me envolvió como una melodía que quisiera escuchar todos los días de mi vida. Tomamos las alianzas y,

con promesas murmuradas solo para nosotros, las deslizamos en los dedos del otro.

Y entonces, ocurrió.

Giovanni nos sorprendió.

Alzó la vista hacia mí, el cojín ya olvidado a un lado de su cuerpo. Nuestro bambino frunció el ceño, como si estuviera reuniendo coraje, y luego abrió una sonrisa tímida.

— Mamma...

El aire se escapó de mis pulmones.

Las voces de los invitados desaparecieron.

El tiempo se detuvo.

Sentí la mano de Ugo apretar la mía con fuerza, y cuando me giré hacia él, vi el brillo intenso en sus ojos. No lo esperaba. Yo tampoco.

Las lágrimas se acumularon en mis ojos, pero antes de que pudiera reaccionar, Gio se inclinó ligeramente y apoyó los labios sobre mi vientre, en un gesto tan inocente y genuino que toda mi resistencia se vino abajo.

— Ciao, fratellino... o sorellina. — Su vocecita infantil estaba cargada de ternura y expectativa. — Te estoy esperando, ¿vale? ¡Pero no tardes mucho!

El silencio absoluto de la ceremonia fue roto por suspiros y risas conmovidas. Aurora se llevó la mano a la boca, completamente emocionada. Giulia, mi hermana, apretó los ojos, luchando contra las lágrimas, mientras mi cuñado la abrazaba con una sonrisa emocionada.

Y Ugo...

Mi esposo solo me miró, las emociones danzando en sus ojos como un mar revuelto. Entonces, sin darme tiempo de reaccionar, me tomó por la cintura y me atrajo hacia un beso profundo.

Un beso cargado de promesas, amor, y de todo lo que habíamos vivido hasta ahora.

Porque ese momento era más que una ceremonia de boda.

Era la certeza de que finalmente había encontrado mi lugar en el mundo.

